

Cuentos completos
(1957-2000)

Seix Barral
Biblioteca Breve

Juan José Saer

Cuentos completos
(1957-2000)

Saer, Juan José
Cuento completos. — 3ª ed. Buenos Aires : Seix Barral,
2004. 544p; 24x15 cm.
ISBN 950-731-321-4

1. Narrativa Argentina I. Título
CDD A863

Diseño de cubierta: Mario Blanco
Diseño de interior: Alejandro Ulloa

© 2001, Juan José Saer

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para América del Sur:

© 2001, Grupo Editorial Planeta Argentina S.A.I.C. / Seix Barral
Independencia 1668, 1100 Buenos Aires

Segunda edición: febrero de 2002
ISBN 950-731-321-4

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Ninguna parte *de* esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Nota

Las ficciones narrativas que componen este volumen abarcan cuarenta y tres años de trabajo literario: los primeros textos fueron escritos en 1957; los últimos, en el tan mentado año 2000, del que sólo unos pocos hombres sensatos fueron capaces de predecir que no sería ni más ni menos banal que sus predecesores abolidos. Los he ordenado siguiendo una cronología rigurosa pero invertida, que empieza por el libro más reciente y termina por el más antiguo, como ya lo había hecho con mis ensayos literarios. Tal vez de esa manera el lector tendrá del conjunto una perspectiva semejante a la mía.

Un problema de género se plantea con algunas de estas narraciones. Muchos son cuentos clásicos – sobre todos los primeros –, pero otros, a causa de su extensión, se apartan de las leyes del género; algunos son demasiado largos y otros demasiado breves como para ser llamados cuentos. Pero varios de entre ellos también difieren del género porque, considerando que la preceptiva del cuento moderno era demasiado rígida, me pareció que valía la pena explorar, en la ficción breve, formas más libres que las que se recomiendan como clásicas. Lo hice siempre con convicción y probidad, sin olvidar sin embargo que, en literatura por lo menos, esas dos estimables virtudes nunca fueron suficientes para asegurar la calidad del resultado.

De los cuatro textos que forman la sección Esquina de febrero sólo uno ("El camino de la costa") apareció, allá por 1964, en la confidencial y efímera revista Zona; los otros tres son inéditos. Los cuatro estaban destinados a formar parte de Unidad de lugar, pero a último momento, a causa quizás de un exceso de rigor juvenil, quedaron afuera. De "El camino de la costa", que yo había olvidado por completo, un viejo amigo cineasta me llamó por teléfono el año pasado para pedirme los derechos de adaptación, y me mandó el texto por fax, de modo que volví a leerlo, como si fuera de otro, treinta y seis años después de haberlo escrito. Los demás volvieron a la luz por casualidad, porque los encontré como a menudo suelen encontrar sus viejos textos inéditos los escritores: buscando alguna otra cosa. Ignoro el valor literario de estos cuentos, pero mentiría si dijese que, después de tanto tiempo, no me causó algún placer verlos reunidos otra vez en una sección especial de este libro. Tienen para mí un sabor intenso que es, no el de mis meros comienzos literarios, sino el de mi juventud irrevocablemente desaparecida.

JUAN JOSÉ SAER
24 de agosto de 2001

Lugar

(2000)

*... loco
fatto per proprio de l'umana spece.*
PARADISO, I, 56-57

La conferencia

El conferenciante entró jovial. Era en uno de los salones de la Real Academia de Ciencias de Bruselas y, si mis recuerdos no me engañan, iba a tratar el problema de los métodos de verificación de una suma: el conferenciante descartaba a priori la verificación estadística (por x número de personas) y la convicción subjetiva y de buena fe sobre el resultado. Pero tal vez se trataba más bien de lo contrario. Se sentó, desplegó sobre la mesa las hojas de una carpeta y, antes de comenzar a desarrollar su tema, contempló durante unos segundos la jarra transparente, sonrió como para sí mismo, y dijo:

Yo acostumbro a dormir la siesta antes de dictar una conferencia, para tranquilizarme, porque la obligación de hablar en público me pone siempre muy nervioso. Así que hace una hora tuve un sueño. Tres personas diferentes fotografiaban rinocerontes. Eran tres imágenes sucesivas, pero el método que empleaban para sacar la fotografía era el mismo: se internaban en el río hasta la cintura, y fotografiaban de esa manera al rinoceronte, que se encontraba a unos metros de distancia, en el agua. Se trataba de rinocerontes, no de hipopótamos. El último de los fotógrafos era un poeta amigo mío (al que no conozco personalmente). Era mi amigo en el sueño. Este poeta, de fama universal, me explicaba en detalle el procedimiento que se emplea habitualmente para fotografiar rinocerontes. Y, en nombre de nuestra vieja amistad, me regalaba la fotografía que acababa de sacar.

El conferenciante hizo silencio y recogió de entre sus papeles un rectángulo coloreado. Después, antes de comenzar la disertación propiamente dicha, concluyó su relato:

Tal vez ustedes crean que este sueño que acabo de contarles es pura invención. Y bien, estimados oyentes, se equivocan. Aquí tengo la prueba, dijo, y alzó la mano mostrando al público la fotografía en colores de un rinoceronte en un río africano, todavía húmeda, a causa sin duda de la proximidad del agua o del reciente revelado.

El hombre "no cultural"

Si pude dejar el diario y vivir sin trabajar, le escribe Tomatis al Matemático que vive en Estocolmo desde hace varios años, ha sido gracias a la herencia de un tío mío, el único hermano de mi madre, que era viudo y sin hijos cuando murió, de modo que no tuvo más remedio que dejarnos su pequeña fortuna, tres o cuatro casas bien ubicadas aquí en la ciudad y una cuenta en dólares en la Banca Nazionale del Lavoro, le escribe Tomatis. Había sido farmacéutico y un poco excéntrico, le escribe. Antes de jubilarse ya hacía años que no se ocupaba de la farmacia: el idóneo y un par de empleadas despachaban y mi tía Amalia, su mujer, que había hecho los estudios secundarios en la Escuela Comercial, atendía la caja. El, mi tío Carlos, del que heredé también el nombre, se quedaba en su casa a leer en el fondo del patio, bajo los árboles si hacía buen tiempo, o en su estudio bien caldeado por una chimenea en las tardes de invierno. Sé lo que estarás pensando después de leer la frase que precede: que me dejó no únicamente su nombre y su fortuna, sino también ciertas rarezas de comportamiento. ¿Por qué no? Por algunas casas en perfecto estado y bien ubicadas en el centro de la ciudad y una cuenta en dólares, acepto los dos o tres inconvenientes que puedan venir en el paquete. Y Tomatis le escribe al Matemático: desde luego que estoy bromeando, porque se querían mucho con mi madre, a la que le llevaba varios años y, de toda la familia, yo era el único con el que se atrevía a hablar de lo que le interesaba en serio, sin temor de ser considerado un poco chiflado, le escribe.

Si bien sus intereses filosóficos fueron de lo más variados a lo largo de su vida, en los últimos tiempos parecieron concentrarse en un solo objeto o tema, que él llamaba, con un poco de ironía por cierto, le escribe Tomatis al Matemático que vive en Suecia desde hace varios años "la exploración interna en busca del hombre no cultural". A veces comparaba su actividad a la del arqueólogo o a la del geólogo, y en más de una ocasión le oí decir, acompañando su afirmación con una risita satisfecha, que pensaba publicar un opúsculo cuyo título sería: *Manual de espeleología interna*. Decía que los niveles inferiores eran difíciles de explorar, y que los hombres podían ser comparados al planeta en el que vivían, y que en tanto que individuos estaban constituidos, como la tierra, de cuatro niveles diferentes – corteza, manto, núcleo y semilla – y que de los dos últimos, igual que como ocurre con el cascote que nos aloja (la expresión es de mi tío Carlos), sólo conocemos la existencia por algunos efectos indirectos, gracias a alguna ciencia auxiliar como la sismología por ejemplo. Y agregaba que se trataba únicamente de una metáfora, aunque también según mi tío aplicado al globo terrestre ese vocabulario era puramente metafórico, le escribe Tomatis al Matemático.

Su tratado de espeleología interna nunca lo redactó, le escribe Tomatis, pero ponía en práctica con frecuencia sus principios. Era un hombre jovial, le escribe. Caminaba bamboleándose un poco, como si se desplazara siempre en puntas de pie, lo que le daba el aire de estar disponiéndose a sorprender a al-

guien con una aparición inesperada o con alguna broma inocente. Pero era una forma de caminar que, vista desde el exterior, le daba al que lo observaba una impresión de bienestar contagioso, aunque tía Amalia sugería a veces que esa euforia tenue y constante tal vez hubiese podido ser atribuida a la irresponsabilidad. Como al Gato, le gustaba el vino blanco, y hasta en pleno invierno lo tomaba bien helado. Su defecto más notorio — aparte del de importarle lo que se dice un bledo los negocios del mundo — era que tenía teorías para todo, lo cual es bastante frecuente en los que sienten inclinación por la filosofía, pero que en él se agravaba a causa de los estudios más o menos científicos que había hecho para recibirse de farmacéutico. Pero ni opinaba ni aconsejaba, lo cual atenuaba su defecto y lo hacía menos irritante: se limitaba a proferir, como para sí mismo, la explicación de cada hecho y la solución de cada problema y, desinteresándose por completo de lo que podía pensar su interlocutor, pasaba en el acto y con versatilidad a otra cosa. Pero, si por casualidad percibía alguna preocupación en las personas que lo rodeaban, era solícito y generoso con ellas.

De su dichoso "hombre no cultural" puedo afirmar sin demasiada exageración que, por ser el oyente que tenía más a mano, me tocó beber, como se dice, el cáliz hasta las heces: en los últimos años era casi su único tema de conversación. A veces me explicaba que lo que buscaba cuando descendía hacia el fondo de sí mismo, no era un supuesto hombre de Cromagnon ni algún homínido anterior, africano o javanés, sino algo más arcaico todavía, demorado en los límites entre vida y materia que debían subsistir en alguna parte, en el fondo de cada uno de nosotros, el chorro de substancia anterior a la forma en el que las meras reacciones químicas de los elementos combinados de manera aleatoria unos con otros, se encaminaban hacia la opción "vida", "animal", "hombre", "yo", etcétera, la franja incierta en la que, durante un lapso incalculable, la repetición del modelo todavía no había comenzado, y de la que debían sin duda quedar rastros en cada uno de nosotros. Había que pasar, según él, por peligrosas grutas interiores, de la conciencia a la vida y de la vida a la materia, en un descenso interminable y trabajoso, durante el cual un simple resbalón podía mandarnos al más negro y hondo de los abismos.

Cuando hacía buen tiempo, le escribe Tomatis al Matemático, se sentaba en el fondo del patio, a la sombra, en una perezosa de madera blanca, con el respaldo no demasiado inclinado, de modo que el torso y la cabeza formaban con las piernas estiradas horizontalmente un ángulo obtuso y, apoyando la cabeza en el respaldar de lona a rayas verticales rojas y blancas, cubría con la palma de la mano el dorso de la otra, a la altura del bajo vientre, y después de unos segundos de removerse con suavidad para encontrar la posición definitiva, se quedaba completamente inmóvil. No parecía ni respirar. La inmovilidad total podía durar diez o quince minutos, y los que no lo conocían solían pensar que estaba dormido o que todas sus funciones biológicas estaban interrumpidas, pero de pronto abría los ojos, pestañeando un poco y paseando la mirada vaga y remota por lo que lo rodeaba, como sin verlo, durante unos segundos, y después, volviéndolos a cerrar, corregía su posición en el asiento y se quedaba de nuevo inmóvil, le escribe Tomatis al Matemático que tuvo que irse a vivir a Estocolmo hace unos años, cuando los militares mataron a su mujer, y anduvie-

ron buscándolo a él con el mismo fin en la época de la dictadura, aunque él no compartía las ideas políticas de su mujer, pero por lealtad había decidido discutirlas solamente en privado con ella. Era el propio Tomatis el que, un poco menos de treinta años antes, le había puesto el sobrenombre de Matemático, por el que casi todo el mundo lo conocía, cuando se enteró de que, aunque la metafísica y la lógica no le eran indiferentes, estudiaba en realidad ingeniería química. Se quedaba sentado horas en esa actitud, le escribe Tomatis. Las veces que pude observarlo me imaginaba que, olvidado de su envoltura mortal, estaría paseando un doble infinitamente pequeño de sí mismo por las cavernas interiores, en busca de su propio eslabón perdido, el dichoso "hombre no cultural". Me parecía verlo atravesar corredores oscuros, desfiladeros húmedos y rocosos, siempre en declive hacia un fondo inaccesible del que, por mucho que bajara hacia él, durante horas enteras de exploración, no lograba nunca reducir la distancia, le escribe. El mundo exterior ya habría dejado de existir cuando hubiese alcanzado cierta profundidad, desde la que también el "yo" debía darle la impresión de ser un espejismo olvidado, y la conciencia un sueño incoherente y vago, los sentimientos, las emociones y las pulsiones, unas convulsiones imperceptibles y sin motivo, para no hablar de los instintos, semejantes a los deslizamientos de terreno provocados siempre por las mismas causas, allá en la altura remota, cerca de la superficie, le escribe Tomatis. Y realizaba ese descenso peligroso con el único objeto de alcanzar por fin la zona informulada, virgen de todo contacto humano y que sin embargo según mi tío no únicamente subsiste en el hombre y subsistirá mientras el hombre dure, sino que es su fundamento, el flujo prehumano que lo empuja hacia la luz, lo expone un momento en ella y por fin, con la misma energía caprichosa y neutra, lo arroja al centro mismo de las tinieblas.

Y Tomatis le escribe al Matemático: en las tardes de otoño y de primavera, y en las de verano si no hacía demasiado calor, se quedaba sentado en el fondo del patio hasta que anochecía. Algunos parientes afirmaban que estaba loco, pero los que lo conocían mejor y lo apreciaban se encogían de hombros y decían que en boca de mi tío Carlos la expresión "búsqueda del hombre no cultural" era un eufemismo por: "dormir la siesta". Con un aficionado a los enigmas, a los problemas y a las charadas como él es difícil expedirse, le escribe Tomatis. Pero las veces que pude observarlo, su total inmovilidad y la vaguedad de su mirada cuando abría los ojos me aterraban un poco, le escribe. Y cuando en el primer vientito del anochecer se levantaba con expresión satisfecha y se iba a la cocina a ver si la botella de vino blanco que había puesto en la heladera antes de instalarse en la perezosa ya estaba suficientemente fresca, parecía venir de más lejos que del fondo del patio, le escribe Tomatis al Matemático. De muchísimo más lejos, le escribe.

Bien común

Formaban una parejita joven. Se habían casado no hacía mucho y trabaja-

ban para una editorial catalana, vendiendo a domicilio libros de arte, diccionarios, enciclopedias, etcétera. A veces iban los dos de gira; otras veces, uno se quedaba en Madrid, mientras el otro salía de viaje, o si no, trabajaban zonas diferentes al mismo tiempo, en equipos diferentes, etcétera. Ganaban bien pero el trabajo era bastante duro, y les resultaba difícil afincarse, tener hijos, organizarse como una verdadera familia.

Aunque parezca extraño, el trabajo los dejaba insatisfechos, no desde el punto de vista financiero o en cuanto a la dignidad profesional, sino en un sentido ético: no estaban seguros, en ciertos casos, de que incitar a la gente a endeudarse para comprar enciclopedias interminables y costosas, no era una especie de chantaje. Muchos las compraban creyendo que un porvenir brillante o un cambio de situación social se manifestarían con la posesión de esos enormes volúmenes ilustrados, la mayor parte de cuyo contenido les era indiferente y caducaría tal vez mucho antes de que hubiesen terminado de pagarlos. Venderle a quien no tiene muchos recursos lo superfluo, haciéndole creer que le es indispensable, se parece bastante, para ser francos, a una estafa.

Por razones que se volverán comprensibles en seguida, es mejor no llamarlos por sus nombres; basta decir que tenían más de veinticinco años y menos de treinta, o sea que estaban viviendo el último tiempo de la juventud y entraban, como a través de un túnel a la vez vertiginoso y lento, todavía frescos, en la madurez. Ciertos aspectos de lo que podemos ser realmente permanecen ignorados en la infancia, y si a veces se nos revelan, bruscos, en la adolescencia, en muchos casos van mostrándose de a poco, en distintas etapas de la vida, de tal manera que, en sus postrimerías, a causa de tantos cambios súbitos o graduales, podemos descubrir que un desconocido, admirable, repelente o curioso — para el caso es lo mismo — ha usurpado el lugar del que creíamos ser.

Una noche — llevaban un año y medio más o menos de casados — ella volvió de un viaje con cara triste y preocupada y aunque el marido lo notó apenas la vio entrar, únicamente se decidió a preguntarle lo que le ocurría cuando, en la madrugada, los sollozos apagados de ella, que estaba acostada a su lado en la oscuridad, lo despertaron. Y, pidiéndole por favor que no encendiera la luz, la mujer, más desconsolada que culpable, le hizo la terrible confesión: por una singularidad de su modo de ser, cuyos motivos a ella misma se le escapaban, siempre la había atraído, desde mucho antes de conocerlo, la posibilidad de hacer el amor con desconocidos, y si el afecto sincero que sentía por su marido había ocultado durante cierto tiempo esa singularidad, esa semana en que había estado sola en un hotel de Ciudad Real, su irresistible inclinación la había vuelto a atrapar, hostigándola día y noche hasta obligarla a pasar al acto. El deseo súbito que la arrebató, afirmaba la muchacha, había sido como un ataque de locura, o como si, de golpe, hubiese pasado del mundo familiar a otro desconocido en el que únicamente su deseo existía, y todos los vínculos con su verdadera vida se hubiesen borrado. Antes y después de ese arrebató, en el mundo verdadero, era el amor por su marido y la vida en común que llevaban lo único que le importaba, y por esa razón se sentía menos culpable que desconsolada y perpleja.

El hombre la escuchaba aterrado, y esa noche de asco y aflicción se pro-

longó en un mes de pesadilla: recriminaciones y violencias, gritos y llantos, silencios y amenazas, pasaban de uno al otro, día tras día, en un desgarramiento prolongado. Decidían separarse para siempre, y unos minutos más tarde copulaban con rabia y desesperación en la noche insomne y sin fin. En vez de calmarlos, el alcohol los exasperaba, y sentían que el dolor y la furia nunca dejarían de crecer, hasta que al cabo de algunas semanas, el rencor, la tristeza y la impotencia, atenuándose, dieron paso a una calma insensible y gris. Ya no hablaron de separarse pero ella, para pagar de algún modo el precio de su singularidad, se resignó a responder, sin omitir un solo detalle, a los interrogatorios interminables acerca de su brusco arrebató a que él la sometía. Se vio obligada a contestar, una y otra vez, las preguntas más extrañas, relativas a la duración de su acto, a las posiciones en las que lo había realizado, al cuerpo del hombre, a la intensidad de su goce, a las frases que intercambiaron, al aspecto de la pieza donde habían estado, a la iluminación, al orden de los acontecimientos, a la hora. Mil veces las preguntas salían por entre los labios del hombre, que la miraba fijo mientras las formulaba, en busca de nuevos y curiosos detalles o de una sempiterna confirmación, y mil veces ella le respondía con sinceridad exacta y escrupulosa, sin siquiera pensar en lo que esa sinceridad podía tener de hiriente para su marido. Y a tanto llegó esa exigencia de verdad que, cuando la tormenta pareció amainar, y siguieron viviendo en una calma aparente como si no hubiese pasado nada, ella se creyó en la obligación de decirle que no estaba segura de que en el futuro el arrebató no se repetiría.

Él la escuchó en silencio, pero era fácil adivinar en su mirada que ya que no podían separarse le pediría algo a cambio, lo que en efecto sucedió unos días más tarde: él, le dijo, la aceptaba como era, pero no quería que las cosas pasaran a sus espaldas o en su ausencia. Que esos arrebatos de ella, si él los aceptaba, eran un bien común que poseían y que debían administrar juntos. Perpleja y curiosa, y con cierto alivio también, porque esa propuesta la liberaba de sus sentimientos de culpa, la mujer aceptó.

Durante un año y medio más o menos, cuando viajaban juntos, la misma situación se repetía de tanto en tanto; en los hoteles de provincia donde se alojaban, no se inscribían como marido y mujer sino como simples colegas, y dormían en habitaciones separadas pero contiguas. Después del trabajo, recorrían los establecimientos nocturnos, y si la mujer se sentía atraída por algún desconocido —ya que su singularidad exigía que fuese un desconocido y que sirviese para una sola noche— el marido, en su papel de compañero de trabajo, los observaba a distancia, tomando de a tragos pausados su alcohol y haciendo tintinear distraídamente los cubitos de hielo contra el vidrio del vaso. El corazón le latía un poco más fuerte cuando las maniobras comenzaban. Y si las cosas parecían conducir al desenlace previsto, se alejaba en dirección al hotel, adelantándose a la pareja y, tendiéndose en la oscuridad de su cuarto esperaba, alerta y palpitante, que los otros llegaran. Cada ruido que los anunciaba, el ascensor o, si no había, los pasos en la escalera, en el pasillo, el ruido de la puerta al abrirse o al cerrarse, aceleraban los latidos, acrecentaban la ansiedad, reconcentraban la atención. Tendido inmóvil en la negrura, su ser entero estaba vuelto hacia los ruidos que venían de la habitación de al lado —risas ahogadas, murmullos,

suspiros, quejidos, rechinar de metales y crujidos de madera, roce apagado de paños o rumor de seda— y que parecían penetrar en él no únicamente a través del oído, sino de cada milímetro de su cuerpo. Cuando el desconocido se iba, ella venía a la habitación y, en silencio, sin encender la luz ni intercambiar una sola frase (ella arañaba apagadamente la puerta y él iba a abrirle en la oscuridad) hacían el amor y se dormían hasta el día siguiente.

Si en el marido la inclinación por esas noches idénticas iba en aumento, en la mujer en cambio, la frecuencia de sus arrebatos e incluso el deseo de que se produjesen disminuían. Lo que había sido su única libertad, fue transformándose lentamente en una especie de obligación. Tenía la impresión de haber contraído una deuda infinita, que nunca terminaría de pagar. Al mismo tiempo, la voluntad de su marido parecía haber anexado su goce, transformándolo en un apéndice de su propio deseo. Ya no gozaba durante ese ritual repetido, solamente se limitaba a concentrarse en cada uno de sus actos para adecuarlo en forma escrupulosa al deseo de su marido. Una especie de indiferencia se apoderó de ella. Durante cierto tiempo, no logró entender lo que le pasaba y se dejó llevar por los acontecimientos, pero un día en que oyó a su marido, en el colmo de la exaltación, proyectar la construcción de un tabique delgado en su propia casa para que ella pudiese recibir desconocidos y él escuchar con más claridad desde la pieza de al lado, se dio cuenta de que había llegado el momento de intentar sobrevivir, así que sin decirle nada, aprovechando que él estaba de viaje, y dejándole una esquila de adiós, hizo sus valijas y cambió, no únicamente de ciudad, sino incluso de país, de continente y de nombre.

Nieve de primavera

No hace mucho, en Viena, estábamos paseando por la Kettenbrückengasse, una avenida muy larga llena de pequeños y grandes atractivos, como la fachada florida de la Majolika Haus o, a unos pasos más allá, el cuartito en el que murió Franz Schubert (que cada uno decida cuál de esas dos atracciones turísticas es la grande y cuál la pequeña). En el paseo central de la avenida se despliega el Naschmarkt, que las guías señalan como "el mercado más animado de Viena", y que consiste en una doble hilera de puestos estables o ambulantes, abarrotados de mercadería, extendiéndose a lo largo de muchas cuadras.

Era un sábado a la mañana, un sábado de finales de marzo, el primer sábado de primavera para ser más exactos. Desde hacía dos o tres días habíamos andado, mi marido y yo, caminando por la ciudad, visitando parques y museos, y ese paseo por el mercado era uno de los más agradables de nuestra excursión. En todo el occidente cristiano, el sábado a la mañana es un momento exaltante, cuando el comercio exhibe su diversidad colorida, para volver más ilusoriamente festivo el descanso semanal de un día y medio que empezará alrededor de la una de la tarde, y si es cierto que el atardecer del sábado, cuando las ciudades se repliegan y se calman, preparándose para las fiestas nocturnas, es la hora más apacible y benévola, la agitación del sábado a la mañana despierta los de-

seos adormilados por una semana de trabajo, y pone otra vez en alerta máxima a los sentidos.

Somos italianos, no de alguna de esas ciudades que gozan de un prestigio universal y presentan un aspecto demasiado solemne y exuberante de significaciones a sus visitantes, sino de una ciudad exigua de clase media, desconocida para el mundo entero, y ubicada al norte de Verona, en el camino a Trento, a Bolzano, a Munich y a Salzburgo. Mi marido es arquitecto; yo, profesora de alemán. Ahora que los chicos son grandes, podemos escaparnos durante tres o cuatro días adonde se nos antoje. Lo pasamos bien cuando estamos de viaje: sin apuro y sin pretensiones, más afectos al vagabundeo que a la dictadura de las guías turísticas, nos gusta abandonarnos, al azar, a los placeres de nuestra edad, una sorpresa arquitectónica, un jardín florecido, un paseo en tranvía, un museo confidencial, una buena cena.

En la primavera naciente, el clima nos deparó también sorpresas y trastornos, pero al mismo tiempo, gracias a eso, placer y novedad. Lo que en otras partes del mundo son chubascos primaverales, allá eran verdaderas tormentas de nieve, cortas y repentinas, pero tan fuertes que en pocos minutos el cielo, hasta ese momento de un azul intenso y brillante, se ponía negro, y la nevisca brumosa empezaba a caer, remolineando con violencia por espacio de quince o veinte minutos. Los colores animados de Viena se borroneaban en la nevada, la bruma, el cielo oscuro, el agua helada, y el pequeño mundo que había sido hasta ese momento reluciente, íntimo y acogedor, un poco cursi también a causa de su predilección por el mármol y los oros atormentados, se volvía lejano, extraño y fantasmal. En el reverso del despliegue verde, rosa y dorado, parecía flotar un país desconocido, sin lugar propio ni en el espacio, ni en el tiempo, ni en la experiencia. Un mediodía, esa penumbra incolora, que escamoteó en unos pocos minutos la transparencia soleada del aire, trajo a la rastra truenos y relámpagos que hacían vibrar las cosas con un estruendo amenazador, después de haberles otorgado durante unos segundos una palidez verdosa que las volvía todavía más espectrales. Y detrás de ese aluvión precipitado de nieve el sol brillante reaparecía con la misma labilidad repentina con que, unos momentos antes, se había volatilizado detrás de las capas espesas de nubes negras, haciendo destellar el follaje, las estatuas y las extensiones inmaculadas de nieve que cubrían el césped de los parques y de los jardines.

Lo que fue transtorno y sorpresa el primer día, al rato la costumbre lo transformó en broma, en estrategia, en delicia. Al azar de nuestros paseos íbamos alertas, tratando siempre de prever la nevisca y tener a mano el portal, la arcada, el museo o el café al que iríamos a refugiarnos cuando la tormenta se desencadenara. Pero el sábado a la mañana, mientras paseábamos por el Naschmarkt, entre la doble hilera de mariscos y de pescados del Danubio, de naranjas y de frutas exóticas, llegadas el día anterior del Brasil o de Madagascar, de bacalao en salmuera y de pepinos en vinagre envasados en Polonia, de extracto de tomate siciliano y de arenques del Báltico, dejándonos arrastrar por la muchedumbre y atascándonos a veces en los remolinos de gente, la tormenta de nieve fue tan densa, violenta y repentina que, por no tener a mano uno de esos pequeños restaurantes húngaros donde sirven un goulash humeante y una

buena jarra de cerveza por unas pocas monedas, nos metimos en el primer lugar que por decir así se nos presentó y que, como lo ostentaba sin inhibiciones la fachada azul y blanca, resultó ser una taberna griega.

Una música de la misma nacionalidad sonaba discreta, casi inaudible a decir verdad, sepultada bajo el murmullo de las conversaciones que se elevaba de las mesas ocupadas, que eran casi todas las que contenía el local. Divisamos una de las pocas que estaban libres y, después de desembarazarnos de nuestros abrigos salpicados de nieve, nos sentamos a tomar una copa de vino blanco para empujar el yogur con ajo, menta y pepino y el caviar de berenjenas que nos ayudaban a armarnos de paciencia para esperar algún plato caliente. Como habíamos estado caminando toda la mañana, descansábamos olvidados uno del otro, retraídos y silenciosos, observando las mesas vecinas y el ambiente animado que reinaba en el local. No sé en qué estaría pensando mi marido, pero en lo que a mí respecta, dos escenas singulares absorbieron mi atención.

En una mesa que se encontraba a varios metros de la nuestra, de modo que no podíamos oír la conversación, había una joven familia, el padre, la madre, un chico de unos tres o cuatro años y el hermanito menor, que no debía tener más de ocho o nueve meses. Lo primero que me llamó la atención fue la fealdad de la mujer: una serie de azares crueles había acumulado en su cara y en su cuerpo toda clase de desarmonías, de tal manera que el ojo, aunque habituado a la mediocridad sin redención posible del envoltorio humano, registraba de inmediato la evidente exageración de la mujer en un sentido estético negativo. Y, sin embargo, un manejo curioso tenía lugar en ese momento: su hijo mayor, parado sobre la silla, le hacía continuas y desproporcionadas demostraciones de amor que, de tan intensas y absorbentes, le impedían a la madre mantener una conversación normal con su marido u ocuparse del nene que la reclamaba desde su cochecito. El mayor, en puntas de pie sobre el asiento, abrazaba a su madre acariciándola todo el tiempo, apretándose contra ella, besándola en el cuello y en las mejillas, enredando los deditos en sus cabellos, como si la peinara, o cubriéndole los labios con la mano e incluso metiéndole los dedos en la boca para impedirle hablar. Era evidente que quería distraer la atención y acaparar el ser entero de su madre para su consumo personal, y si bien la madre no se abandonaba por completo, al mismo tiempo que trataba de comer y de hablar con su marido, se dejaba acariciar y devolvía de tanto en tanto las caricias al chico que, al recibirlas, se mostraba exageradamente satisfecho, y hacía gestos demasiado ostentosos de arrobos y reconocimiento. Observándolos no pude dejar de pensar lo siguiente: para el niño, la mujer fea era la más hermosa del mundo y, cualesquiera hayan sido sus motivos, egoísmo, sentido histriónico, capricho, odio disfrazado de pasión, por más vueltas que se dieran para examinar la cuestión, la respuesta era siempre idéntica, a saber, que la mujer más fea del mundo era la más hermosa para su hijo, y que la rapsodia infinita de objetos diferentes que constituyen la música del universo, se resumía para la criatura en uno solo.

En una mesa más cercana, lo que me permitía escuchar la conversación, había un viejo que hablaba en voz demasiado alta con un señor maduro que parecía escucharlo con resignación. Era uno de esos viejos locuaces, antipáticos,

y orgullosos del buen estado de salud en el que llegan a la vejez, como si fuese un mérito personal y no una mera consecuencia de la casualidad. Tomando largos tragos de vino blanco y engullendo sin parar enormes bocados de *musaka*, el viejo se burlaba de las celebridades que constituyen la gloria de Viena y atraen a tantos turistas. (De vez en cuando miraba de reojo hacia nuestra mesa, sin darse cuenta de que yo entendía sus palabras, lo cual tal vez le hubiese causado un regocijo suplementario.) Se refería con sarcasmo a Franz Schubert, que había muerto a los treinta y un años, y al hacerlo sacudía vagamente la cabeza en dirección al pequeño museo —el lugar de su agonía— que se encontraba en la misma calle; las treinta y tres operaciones a la mandíbula de Sigmund Freud le inspiraban un desprecio evidente y el destino de Webern, que se había hecho matar de un tiro por un soldado americano un anochecer en que había salido a la puerta de su casa a fumar un cigarrillo, le daba ataques de hilaridad desdeñosa. El viejo afirmaba que tenía ochenta y tres años y que hacía el amor dos veces por semana. Nunca había tenido que operarse; hacía cuarenta y ocho años que no había estado obligado a guardar cama y treinta y cinco que no consultaba a un médico. Su interlocutor parecía ponerse cada vez más deprimido y melancólico, convencido de que ese ser egoísta y desconsiderado, maníaco y locuaz que se pavoneaba en su mesa, lo enterraría. Todo tenía el aire de ser mera jactancia de borrachín, pero en un determinado momento el viejo formuló una norma, un concepto, una convicción sobre el tema que desarrollaba y que podría resumirse de la siguiente manera: *Un minuto de vida en buena salud, vale más que todos los inventos, todas las teorías y todas las reputaciones. Las pretendidas obras maestras de Brueghel el Viejo que conservan los museos de la ciudad y los imponentes monumentos arquitectónicos, no pesan nada en comparación con el sabor de este vino que, en este mismísimo momento, pasa a través de mis labios y se despliega, durante unos segundos, con sensaciones intransferibles y con imágenes fugaces, en la zona clara de mi mente.* Había insolencia, vulgaridad real y simulada, mal gusto y un poco de humor negro, mezclado a una pizca de furor, en esas insistentes declaraciones.

Yo simulaba no escuchar y al rato nomás paró la nieve y mi marido y yo salimos al sol de la Kettenbrückengasse. Me abstuve de comentar lo que había visto y oído, pero ese almuerzo inesperado que nos deparó la nieve de primavera, hizo nacer en mí una convicción profunda: digan lo que digan las guías turísticas, en los cafés de Viena las conversaciones tratarán de empirismo, de positivismo lógico y de muchas cosas más, pero habrá sido, es y será siempre en las tabernas griegas donde se discuta en serio de filosofía.

En línea

a Hugo Santiago

Un domingo de noviembre, a eso de las tres de la tarde (allá en la ciudad debían ser más o menos las once de la mañana) Pichón recibió una llamada de Tomatis. Mientras se dirigía hacia el teléfono, ya que cuando empezó a sonar se estaba preparando un café en la cocina, iba pensando "Como es domingo, por la

hora debe ser Tomatis". Desde luego que no lo pensaba en esos términos, con palabras, sino con esa manera peculiar que tienen de presentarse a la mente ciertos pensamientos, prescindiendo de palabras justamente, y aun de imágenes, con una evidencia inmaterial y fugaz pero clara sin embargo, precisa y brillante: "Por la hora, debe ser Tomatis". Y era él, desde luego.

Es verdad que Tomatis había establecido la costumbre de llamarlo desde allá ciertos domingos, una vez por mes o cada cinco o seis semanas y que él, Pichón, hacía más o menos lo mismo, con una periodicidad semejante, así que hablaban por teléfono quince o veinte veces por año. Al principio o al final de la conversación, el estado del tiempo siempre ocupaba treinta segundos, un minuto, o más incluso si algún fenómeno meteorológico merecía un comentario detallado. El resto eran chismes, noticias o comentarios de actualidad, invitaciones y promesas de viajes, frases ingeniosas, bromas, y, de tanto en tanto, hasta discusiones literarias o filosóficas.

Esa mañana de noviembre, Tomatis pretendía estar en la terraza, a la sombra de un toldo, donde corría un aire fresquito según él, fresca amable de una mañana de primavera que calificó varias veces de "deliciosa": cielo azul, ni una sola nube hasta el horizonte, sol bastante alto ya pero todavía soportable. ¿Y a que no sabía qué estaba haciendo? Mil contra uno que Pichón no adivinaba; ni más ni menos que disponiéndose a prender dentro de poco el fuego y a tirar un pedazo de carne y unas achuras sobre la parrilla. Pero por ahora se ha puesto bajo el toldo para protegerse y refrescarse un poco, porque ha estado tomando sol, desnudo como es su costumbre, desde las nueve y media.

Pichón lo escucha con una sonrisa escéptica y complacida a la vez, parado todavía al lado del escritorio, la mirada que errabundea más allá de los vidrios de la ventana, sin ver a decir verdad ni los árboles desnudos ni las fachadas parduzcas de los edificios en la vereda de enfrente, ni el aire triste y sombrío que destella en la llovizna helada. Desde que conoce a Tomatis, algo más de treinta años ya, un hábito de incredulidad lo mantiene alerta ante muchas de sus afirmaciones, no porque Tomatis diga mentiras, sino porque a veces, en la forma irónica y elíptica, falsamente directa, que tiene de expresarse, ejerce ya sin darse cuenta un estilo paródico del que es manifiesto por lo menos un rasgo común con el hermetismo: la total indiferencia por la capacidad de su interlocutor para captar sus alusiones y aún hasta el mecanismo de su retórica. Pero por más que dude, la fuerza de las palabras, aun llegando desde tan lejos, obtiene el efecto buscado, ya que, mezclándose al escepticismo, la imaginación de Pichón elabora una imagen placentera, proyectándose en ella como lo haría con cualquier otra ficción y, al tiempo que se sienta en el sillón del escritorio, "ve" la mañana luminosa de primavera, el toldo de lona verde que imprime sobre las baldosas rojas de la terraza una sombra benévola y a Tomatis, después de haberse cocinado un rato al sol enteramente desnudo, secándose de su propio sudor al aire fresco, con un vaso de agua en una mano, el teléfono contra el oído y la mirada sonriente y vivaz paseándose a su alrededor mientras habla.

Según Tomatis, el tono de cuya voz expresa más jovialidad que de costumbre, una novedad sensacional ha motivado esta vez la llamada: han encontrado, él y Soldi, y, oyéndolo, Pichón descarta la pertinencia de ese plural atri-

buyendo a Soldi solo el supuesto descubrimiento, ya que le resulta imposible imaginarse a Tomatis hurgando en bibliotecas, en desvanes y en archivos, con el fin de traer a la superficie de la esfera pública algún escrito raro o algún documento revelador, han encontrado, él y Soldi, otro texto de ficción que, todo parece indicarlo, ha sido también escrito por el autor de la novela de ochocientas quince páginas que estaba entre los papeles de Washington, el dactilograma titulado *En las tiendas griegas*, que Pichón ha tenido la oportunidad de examinar brevemente, durante su último viaje a la ciudad, un par de años antes. Según Tomatis, se trata de un texto no muy largo, de unas veinte páginas más o menos, sin título ni nombre de autor, pero que proviene de la misma máquina de escribir en la que fue pasada en limpio la novela, en un papel del mismo formato y de la misma calidad, un poco amarillo en los bordes, y sobre todo con un trazo horizontal casi marrón en medio de la primera hoja, porque el texto estaba doblado en dos y olvidado entre las páginas de un libro. Soldi se había topado con él (en esta parte de la conversación el plural desaparece) haciendo el inventario de los libros políticos en la biblioteca de Washington.

El ruido de los primeros borbotones de la cafetera llega desde la cocina, y Pichón percibe el olor del café que se expande por el aire caldeado del departamento. Pero si sus sentidos se ocupan en captar los estímulos que los excitan en el aura rugosa y bien real del presente, su imaginación se pasea por la terraza roja y soleada, por la mañana, según Tomatis, "deliciosa" de noviembre, y su atención se concentra en las palabras que, a pesar de la distancia desde la que le llegan y del timbre vagamente artificial con que resuenan, como si hubiesen sido descompuestas en sus elementos más simples y vueltas a recomponer sin haber logrado restituirles el sonido humano, haciéndoles perder la inmediatez familiar al transportarlas de un hemisferio al otro a través del espacio lleno de turbulencias magnéticas, interesándose por ellas en su mera calidad de materia sonora, subyugan a la vez su curiosidad y su inteligencia.

Durante las consideraciones preliminares, antes de resumirle el texto propiamente dicho, Tomatis cree necesario hacerle notar que puede tratarse de un fragmento descartado de la novela, ya que también transcurre durante la guerra de Troya, y los personajes son los dos soldados, uno viejo y uno joven, que montan guardia ante la tienda de Agamenón, y que ya en la novela eran los personajes principales, o en todo caso aquellos a partir de los cuales se fijaba el punto de vista de los acontecimientos. A menos, dice Tomatis, que en lugar de tratarse de un fragmento de la novela, sea un texto independiente, tributario del cuerpo principal, y que haya varios del mismo tipo dispersos en las bibliotecas de la ciudad, olvidados también entre las páginas de algún libro, de algún legajo, o sepultados en algún arca o cajón, bajo recortes de diarios, de documentos caducos, de fotografías en blanco y negro con los bordes dentados, ajadas y amarillentas, y de capas y capas de polvo fino y grisáceo. Si se trata de un texto independiente, el hecho de que intervengan los mismos personajes, dice más o menos Tomatis, hace que su autonomía sea relativa, y que la novela siga constituyendo la referencia principal, así que ese texto breve y otros que eventualmente pudiesen existir y fuesen apareciendo, formarían no una saga, para lo cual es necesario que entre los diferentes textos haya una relación cronológica

lineal, sino más bien un ciclo, es decir, dice Tomatis con una pizca de pedantería más teatral que verdadera, un conjunto del que van desprendiéndose nuevas historias contra el fondo de cierta inmovilidad general.

Sombra tenue del toldo verde sobre las baldosas coloradas; Tomatis, sin afeitarse todavía, en calzoncillos probablemente, sentado en el sillón con el teléfono portátil contra el oído y un vaso de agua en la mano libre; el sol que destella arriba, subiendo hacia el cenit, en un cielo de un azul profundo, sin una sola nube en todo el horizonte visible; mañana "deliciosa" de primavera según Tomatis: con una sonrisa blanda y expectante, Pichón escucha sentado ante el escritorio, la cara vuelta hacia la ventana sin ver, a través de los vidrios, los árboles desnudos, ennegrecidos por el fulgor glacial de la llovizna. "El soldado viejo y el soldado joven, que aparecen en la novela", está diciendo Tomatis, pero Pichón no se acuerda bien de ellos, porque él la novela no la ha leído, y no ha tenido de ella más que un resumen oral que le ha hecho Soldi durante un paseo en lancha que hicieron una tarde, de vuelta de la casa de Washington en Rincón Norte, a donde habían ido justamente a echarle una ojeada al dactilograma de ochocientos quince páginas, del que se ignora la fecha exacta en que fue escrito, e inclusive el nombre del autor.

Y la voz de Tomatis, ligeramente modificada por las turbulencias electromagnéticas, le comenta: otra vez, como en la novela, los dos soldados conversan. Para el joven, la que está entre los muros de Troya, no puede ser la verdadera Helena. Jamás según él una esposa griega abandonaría a su mando griego por un extranjero. El soldado viejo pretende no tener ninguna opinión personal sobre el asunto, pero el texto según Tomatis deja entrever, lo que por otra parte el soldado joven capta casi sin darse cuenta, que el soldado viejo prefiere abstenerse de expresar en voz alta lo que piensa realmente, a saber que de una mujer, griega, troyana o egipcia o lo que fuese deben esperarse siempre las reacciones más imprevisibles. El soldado joven insiste: es posible, pero Helena, la más hermosa y casta de las mujeres constituye en forma evidente una excepción y además, de muy buena fuente él sabe que esta Helena que París trajo a Troya, no es más que un simulacro, un espejismo que un rey hechicero, horrorizado por el secuestro de la reina, fraguó en Egipto para engañar al seductor y preservar la castidad de Helena, hasta tener la ocasión de devolvérsela sana y salva a su esposo Menelao. El soldado viejo sigue escéptico, pero se abstiene de objetar que, en las semanas que duró el viaje de Esparta a Egipto, si fuese cierta la castidad de Helena, a París le sobró tiempo para dar cuenta de ella, y el otro, adivinando la objeción ya que él mismo no puede dejar de formulársela en su fuero interno, se aferra al argumento principal: la Helena que los griegos han venido a buscar a Troya para restituir el honor de Esparta y de Menelao, no es la verdadera Helena sino un simulacro fraguado por un rey hechicero, un tal Proteo, que le dio a la pareja hospitalidad en Egipto. Los años han fortificado la incredulidad del soldado viejo: ni una vez sola, en su larga vida, lo invisible ha dejado de ser lo que es, es decir la transparencia vacía del aire y del cielo, y lo visible, la presencia rugosa de la piedra, del árbol ondulante y mudo, del agua fresca y turbulenta, del firmamento incomprensible. Ni una sola vez el más oscuro de los dioses consideró que valiese la pena manifestarse para él, y del trabajo de

adivinos y hechiceros nunca pensó que se tratara de otra cosa que una manera de autorizar, con el pretexto de la magia y de los oráculos, y del pretendido comercio con las fuerzas que rigen el destino, el capricho a menudo sanguinario de los poderosos. El soldado joven, sin desplegar más esfuerzos para hacerle aceptar sus argumentos, promete aportar la prueba de sus afirmaciones: la *muy buena fuente* que le ha suministrado la información acerca de la imagen ilusoria de Helena, es un mercader de Tiro que comercia con los ejércitos griegos todo lo que en este mundo se puede comprar y vender y que, a causa de su profesión, ha estado varias veces en Egipto, donde pudo frecuentar a algunos hechiceros a los que les suministraba ciertos productos raros, traídos de los confines del mundo conocido, que les servían para ejecutar correctamente sus operaciones mágicas. El comerciante le había insinuado que él conocía un medio secreto para determinar con exactitud si una apariencia cualquiera de este mundo era de verdad un ser material o si se trataba de un mero simulacro.

Un silencio inesperado, en el otro extremo de la línea, saca a Pichón de la especie de ensueño en el que ha caído: absorto en el sonido de la voz de Tomatis, ha dejado de entender, o de entender en el círculo claro y consciente de la atención, el significado de las palabras; las comprende, pero más lejanas y vagas que la imagen vivaz en la que se inscriben, y que es el elemento más real del presente infinito, más real que la voz y las palabras por cierto, pero también que el chisporroteo empírico que los estímulos, intermitentes o constantes, sucesivos o simultáneos, que excitan sus sentidos, la imagen forjada sin un solo elemento material, a no ser las dos o tres frases circunstanciales de Tomatis, y que ahora nítida, brillante y férrea, ocupa la totalidad de su mente: el toldo verde al que la luz primaveral le da una transparencia luminosa, y que proyecta su sombra sobre las baldosas coloradas, el cielo azul, sin una sola nube en todo el horizonte visible, y Tomatis sentado en calzoncillos en un sillón de lona, secándose el propio sudor al aire fresco después de haber tomado desnudo un poco de sol, con un vaso de agua en una mano y el teléfono portátil apoyado contra la oreja en la otra, hablando y mirando plácido a su alrededor, para gozar de la mayor cantidad posible de detalles en la mañana "deliciosa". Y Pichón se ha distraído del relato, pensando que las sensaciones imaginarias de Tomatis, de cuya realidad carecerá de pruebas hasta el fin de los tiempos, son para él más fuertes que las propias, que se han vuelto remotas y fantasmales.

— ¿Sí? Hola, hola — dice Tomatis.

— Te escucho — dice Pichón, y su sonrisa blanda se acentúa un poco.

— Pensé que se habría cortado — dice Tomatis, fingiendo malhumor—. No me asombraría que los servicios secretos tengan intervenidos nuestros teléfonos.

— ¿Te parece? — dice Pichón, exagerando su incredulidad.

— Por supuesto — dice Tomatis—. Hoy en día en que el pueblo, la mafia y los gobiernos tienen los mismos ideales, únicamente los artistas siguen siendo peligrosos. Lástima que vayamos quedando pocos.

— No divaguemos — ordena Pichón, más complacido que nunca por los postulados tan arbitrarios como inapelables de Tomatis.

— Escucho y obedezco, oh noble señor, califa de los reinos que se extien-

den de la ceca a la meca, juez magnánimo, verdugo escrupuloso y compasivo, ejemplo y guía de los creyentes —salmodia Tomatis y, simulando carraspear para aclararse la voz, prosigue su resumen del relato, según el cual, durante varias semanas, el soldado viejo, que le había tomado afecto a su compañero de guardia por lo que a veces, en su fuero íntimo, se felicitaba a causa de la paciencia que le tenía, no volvió a oír hablar más del asunto, aunque ciertas miradas, ciertas diligencias misteriosas y ciertas insinuaciones difíciles de desentrañar indicaban claramente que el soldado joven mantenía sus planes y continuaba sus contactos y sus averiguaciones.

Un día lo vio acercarse con paso decidido y expresión satisfecha —el soldado viejo estaba echado bajo un árbol, masticando a duras penas su rancho— y supo que estaba en posesión de las informaciones que necesitaba, y si no era así, por lo menos estaba convencido de haberlas obtenido. Se acuclilló ante él con facilidad, posición que las articulaciones gastadas por leguas y leguas de marcha y años de plantones y de hambrunas ya le vedaban para siempre al soldado viejo y, bajando la voz, después de haber auscultado su alrededor con miradas furtivas y recelosas, le transmitió el resultado de sus diligencias. El comerciante de Tiro, según el soldado joven, le había revelado, después de muchas vacilaciones y a cambio de una buena parte de su salario, que los iniciados a las artes mágicas que había frecuentado en todos los rincones del mundo conocido por tratarse de sus mejores clientes, sabían que existía un único medio, infalible desde luego, para saber si una apariencia de este mundo, animal, vegetal o mineral, era verdaderamente un cuerpo compuesto de materia densa o un mero simulacro, y ese medio consistía en exponer el cuerpo en cuestión a la primera luz del alba, en cierto lugar preciso del espacio, para que un determinado rayo solar, al dar contra él, revelase su verdadera naturaleza. Según el comerciante de Tiro, tratándose de un cuerpo real, de materia compacta, no pasaba nada, el cuerpo imprimía una sombra alargada en el suelo, interceptando el rayo con su masa opaca, pero que si en cambio se trataba de un simulacro, un prodigio se producía sin error posible, a saber que el cuerpo empezaba a tornarsolarse adquiriendo un aspecto fuertemente luminoso e, igual que una pompa de jabón, se volvía translúcido, transparente, se desvanecía en el aire hasta que el rayo que lo había tocado, a causa del movimiento del sol, pasaba de largo y entonces el cuerpo recobraba su apariencia engañosa.

Con la mirada baja, clavada en su comida que los pocos dientes que le quedaban apenas si lograban masticar, el soldado viejo lo escuchaba tratando de disimular, por cortesía quizás, su escepticismo, aunque ya sabía que el otro no estaría dispuesto a abandonar hasta no haber llevado a cabo la experiencia. Adivinando sus pensamientos sin siquiera darse cuenta, el soldado joven seguía hablando: todo el mundo sabía en el campamento que Helena, a la madrugada, mientras los troyanos dormían, tenía la costumbre de pasearse por las murallas, mirando en dirección de las naves griegas y del campamento y suspirando por su tierra natal. Había quienes pretendían que varias veces incluso había tenido a esa hora discreta conversaciones con algunos jefes griegos, Ulises sobre todo, con el que conspiraba para precipitar la ruina de los troyanos. Esos encuentros tenían lugar en la oscuridad pero, según el soldado joven, Helena a veces se

quedaba hasta el momento en que empezaba a aclarar, para no correr el riesgo de ser descubierta volviendo a su palacio en la oscuridad, simulando haber salido a dar un paseo con la primera luz del alba. En razón de todo eso, el soldado ya había elaborado un plan: a la noche siguiente, en lugar de echarse a dormir, irían a ver si Helena se presentaba o no en la muralla.

Unos meses después de esa conversación telefónica, Soldi, como otras veces, hará una copia del dactilograma y lo mandará por correo, lo que le permitirá a Pichón examinarlo con detenimiento, y casi en cada una de sus páginas y de sus frases, que desde luego difieren muchísimo de las que escuchó por teléfono en un domingo de noviembre, porque lo oral y lo escrito son dos medios diferentes, como el aire y el agua, y lo que respira en uno a veces se asfixia en el otro, la voz de Tomatis resonará en su memoria trayendo consigo la imagen del propio Tomatis, sentado en calzoncillos bajo el toldo verde, secándose a la sombra del toldo que hace resaltar el color rojo de las baldosas, y el cielo azul liso y profundo, sin una sola nube hasta el horizonte, la voz que trae cifrada en ella la mañana "deliciosa". Parece salir hasta de la tipografía pareja impresa en las hojas blancas que recibió por correo, en un sobre grande de papel madera, con unas líneas manuscritas de Soldi, y el autor desconocido del texto revive en la voz grave, un poco deformada por las turbulencias magnéticas en su viaje casi instantáneo de un hemisferio al otro. Es como si ese personaje misterioso que siembra sus escritos en bibliotecas ajenas, en cajones olvidados, en desvanes y en recovecos secretos, de escritorios, de dormitorios o de galpones, desde el polvo ignorado en el que yacen sus huesos, se apropiara de la voz de Tomatis, de las manos de Soldi que los pasaban en limpio, de los oídos, de los ojos y de la atención de Pichón, que era su receptor, para volver a la vida por el tiempo en que las palabras mecanografiadas o impresas saliesen de su sueño polvoriento. Las resonancias magnéticas, electrónicas, eléctricas o lo que fuese que deforman ligeramente la voz, le dan al relato de Tomatis una tenue vibración inhumana, como si otra voz, confinada en el limbo gris y sin salida del pasado, adhiriéndose parasitariamente a la primera, quisiera volver al mundo para respirar, aunque más no fuese durante unos segundos, el aire fresco en la mañana de noviembre, bajo el toldo verde, en la terraza de baldosas coloradas, bajo un cielo azul profundo, sin una sola nube hasta el horizonte. No puede dejar de oír esa voz doble cuando, un par de meses más tarde, en plena noche y en pleno invierno, lee los últimos párrafos del texto que el correo le ha traído esa mañana:

Para no causarle una decepción, el Soldado Viejo acepta el plan de su amigo. Con la paciencia de un padre afectuoso para con un hijo un poco aturdido, quiere que por sí mismo gaste su reserva de ilusiones.

A la madrugada entonces, después del cambio de guardia, en vez de irse a dormir, se encaminan furtivos hacia la parte este de la muralla. El Soldado Joven pretende saber que es a ese sector de la muralla que la reina viene cada madrugada a suspirar por su esposo, por el campamento griego, por las naves inmóviles, y por el lejano y áspero reino de Esparta.

Durante un buen rato, no distinguen nada en la negrura apretada. En la noche sin viento, el frío del sereno los hace tiritar. El Soldado Viejo oye al otro removerse en su sitio, refregarse las manos y darse palmadas en el cuerpo para calentarse un poco. La

arista horizontal de la muralla empieza a recortarse vagamente en la noche. Clavan la vista en ella durante interminables minutos, y el Soldado Viejo ya está por proponer que se retiren a descansar, cuando el muchacho lo disuade de un codazo, tan cargado de energía entusiasta que lo hace tambalear. Negrura más densa que la noche negra y que la muralla, una silueta abultada emerge cautelosa del parapeto y se inmoviliza.

Ahora, susurra el Soldado Joven, basta con esperar. El alba, es verdad, ya no debe estar tardando mucho, el alba y después la aurora, la luz del día que restaura las cosas compactas y coloridas en los prados palpables de lo visible. Los ojos de los soldados no pierden de vista ni un solo instante la forma negra que se recorta en la negrura. Se han olvidado del frío, de la hora, del lugar. Hasta para el Soldado Viejo el sortilegio parece posible, y mientras espera el día, se dice que, después de todo, ese muchacho algo atolondrado por el que ya siente una ternura de padre, ha traído un poco de magia a su vida gastada.

Por fin, la noche empieza a empalidecer, y el ocre de la muralla fosforece en la primera claridad. Únicamente la figura humana, envuelta en el manto negro, la cabeza cubierta por un capuchón, se obscurece en la luz todavía tenue. Cuando el aire se pone más claro la figura gira la cabeza y el rostro, oculto hasta ese momento por el capuchón, se descubre para los dos soldados. Su hermosura al mismo tiempo los exalta y los abruma. La carne casta de Leda, ignorante de su propia sensualidad, combinándose con la blancura y con la lujuria brutal del cisne, han producido esa certidumbre extrahumana, de la que únicamente gozan, con el solo fin de doblegar el mundo a su propio deseo, con inocencia y crueldad, los dioses y las fieras.

Detrás de la muralla y de la reina, que ha vuelto a girar la cabeza en sentido contrario, ocultando otra vez la cara bajo el capuchón, se divisan las torres y las cúpulas de Troya. Del otro lado, en el borde opuesto de la llanura, en la orilla del mar, el campamento griego al pie de las naves. Y a igual distancia de la ciudad y del campamento, los dos soldados, diminutos en el gran espacio vacío.

Hacia el este, el sol empieza a emerger. La claridad rojiza del cielo lo precede, pero ningún rayo todavía, liberándose de la barrera del horizonte, se extiende sobre la tierra. En los cortos minutos que se suceden, sus miradas van sin cesar del horizonte a la muralla. De pronto, algunos rayos rasan el aire y el Soldado Viejo ve la sombra del Soldado Joven alargándose sobre la tierra llana. En la muralla un rayo ilumina la silueta encapuchada que refulge de un modo cada vez más intenso, se tornasola, se vuelve transparente y desaparece.

El Soldado Viejo se inmoviliza de asombro, admirado ante el arte sin par de los magos egipcios. Pero una sorpresa todavía más grande lo espera – grande por su caudal de evidencia y de maravilla. Cuando el sol sube un poco más en el horizonte, al toque del rayo mágico, la ciudad de Troya y el campamento griego, con sus tiendas y sus mástiles, se vuelven manchas luminosas, se tornasolan, vertiginosos, se vuelven transparentes y después se desvanecen. Apenas si pasan unos segundos antes de que al Soldado Joven le suceda lo mismo, víctima del mismo mal luminoso y en apariencia indoloro. Ve su cuerpo familiar, su cara satisfecha y extenuada transformarse en una mancha incandescente y después en un hervor de colores vivos, para volverse translúcida e invisible, mientras su sombra, que durante unos segundos, mientras el cuerpo se tornasolaba, se ha convertido en una larga mancha multicolor, se borra instantáneamente del suelo. Ahora el mundo no es más que un uniforme vacío incoloro, del que hasta el sol ha desaparecido, y gracias al arte sin par de los magos egipcios, parece haber revelado en ese instante su esencia verdadera. El Soldado Viejo estira instintivamente el brazo para rescatar al otro

de la nada en la que se ha desvanecido, pero para no ver su propia mano, que está volviéndose un racimo intenso de luz, cierra los ojos y se queda esperando sin saber bien qué.

No parece pasarle nada, a no ser la impresión de haberse vuelto de pronto liviano, casi aéreo, liberado por fin de la costra de fatiga y servidumbre que se ha ido acumulando sobre él con los años. Pero también lo embargan sentimientos contradictorios: alivio y en seguida remordimiento, pena y al mismo tiempo exaltación. Y le parece que esa confianza tardía que le están haciendo los dioses sobre el valor real de este mundo, empieza a reconciliarlo con ellos.

Un ronroneo de satisfacción, acompañado de una alegría infantil, le hace comprender que, al acecho del alba, a causa de la jornada extenuante que han tenido el día anterior y de la noche de guardia, se ha quedado dormido, parado al lado del Soldado Joven, esperando los prodigios improbables de los magos egipcios. Después de todo, valía la pena haberse amanecido, si el resultado de tantas fatigas ha sido ese sueño feliz. Consciente de su sueño, que debe haber durado apenas unos segundos, sabe también que ya es tiempo para él de volver a la realidad. Y hace varios intentos, cada vez más enérgicos, de despertarse, pero a pesar de todos sus esfuerzos no lo consigue.

Traoré

a Arcadio Díaz Quiñones

Es cierto que basta bajar de un avión en Dakar, en Bamakó o en Abidjean, o incluso en Uagadudu, y dar los primeros pasos al salir del aeropuerto, para que ya los turistas o los hombres de negocios europeos, o los militares blancos enviados a asesorar al gobierno local, se topen con algún vendedor de baratijas, o algún zapatero sobre todo, que también podría curar ciertas enfermedades y llevar un mensaje a la otra punta de la ciudad por unas monedas si alguien se lo pidiese y que, rodeado de un círculo de oyentes inmovilizados por el fluir colorido de las palabras, esté contando por millonésima vez la misma historia: que los griots perdieron todo el poder que tenían sobre los reyes el día de la batalla X o Z —los nombres de lugares y de personas son tan caprichosos, volátiles y ubicuos como las fechas o las razones de la guerra—; que no podía ser de otra manera si verdaderamente había justicia en este mundo, y que ese poder se les había escapado de golpe, porque a alguien, como la batalla era tan recia y tan larga y su resultado tan incierto, se le había ocurrido la idea fatal para llegar de una vez por todas al desenlace. Era la época en que la magnificencia de una corte se juzgaba no por la abundancia de oro, de armas, de reservas de grano, de esposas para el rey y para la nobleza, sino por la cantidad de griots que cantaban a todo momento, hora tras hora, de día y de noche, la genealogía de los reyes que los tomaban a su servicio, el esplendor de su corte, el número y el coraje de sus ejércitos, la fertilidad de sus mujeres y la salud y las promisorias perspectivas matrimoniales de su descendencia.

Es cierto también que, a causa de su omnipresencia, los griots habían adquirido una especie de invisibilidad, y no tenían más existencia que la de los atributos reales que cantaban; e inversamente cada rey, cada notable los había

tomado a su servicio en tal cantidad, que él mismo desaparecía entre el enjambre de juglares que lo precedía, lo rodeaba, y lo sucedía en cada uno de sus desplazamientos, público o privado, de manera que si el rey comía por ejemplo, las cohortes de griots celebraban el banquete en el momento mismo en que estaba teniendo lugar, transformándolo en un hecho legendario que formaría parte de la tradición y que de esa manera seguiría maravillando a las generaciones sucesivas, ya no se sabía si el rey estaba ausente o presente durante el acontecimiento —únicamente el relato de los griots era real para los cortesanos que, sin ver nada a causa de la multitud de cantores ni tener más garantías de que estaba sucediendo que la narración que la describía y los encomios que la ensalzaban, en razón de un protocolo puntilloso estaban obligados a asistir a la comida.

Es cierto además que el mundo parecía estar desapareciendo detrás de todos esos relatos y esos cantos que pretendían substituirlo por una versión más nítida que la que ofrecen los sentidos, más exacta que la que puede extraerse de la experiencia, más intensa que la que se representa la imaginación, más clara y coherente que la que concibe el pensamiento. Es por eso que poco después de producirse la hecatombe, apareció no se sabe bien dónde un refrán, proferido siempre con un tono amargo de amenaza y de cólera, que decía más o menos: *¡Van a terminar como los griots de Niani (o de Kayes, o de Odiené, o de X o Z según las versiones) de tanto querer suplantar al mundo con su canto!*, y que se aplicaba a la gente demasiado ambiciosa que, embriagada por el suceso de alguna actividad, afirmaba que todas las cosas debían ser consideradas a partir de ella. Es cierto que la situación había llegado a esos extremos cuando tuvo lugar la batalla.

Es probable que las cosas hayan sucedido más o menos como en las diferentes versiones que las cuentan, en la Costa de Marfil, en Guinea, en Malí, en Senegal, y en París también, en Barbes y al norte de Barbes, en las inmediaciones de la estación de metro Marcadet-Poissonnières, en las ocupaciones ilegales de la rue Vitruve, o en las cortadas de Charonne algunas de las cuales dan a los fondos del cementerio del Père Lachaise, o en los inquilinatos ruinosos cerca de la Place des Fêtes, o en los hoteluchos detrás de la Gare de Lyon, donde hay un par de estudios fotográficos que, si uno lleva las fotos sueltas, viejas o recientes, en el formato administrativo de cuatro por cuatro o retratos de medio cuerpo o en pie de los años cuarenta, cincuenta y sesenta, reconstruyen una numerosa reunión de familia coloreada con unos delicados tonos pastel, y también en Marsella, o en las bodegas de los barcos o en los camiones frigoríficos donde viajan como ganado para entrar clandestinamente en Europa. Nunca falta alguien para contar la historia que, como por casualidad, siempre ha sucedido cerca de la aldea del que la cuenta, y siempre la buena idea se le ocurrió a uno de su propio clan, o de su propia aldea, un antepasado que gracias a esa inspiración súbita terminó para siempre con el despotismo irrazonable de los juglares.

Es cierto que la historia es más o menos la siguiente: dos reyezuelos al frente de dos tribus, enemigas desde tiempos inmemoriales, rivalizaban también en cuanto a la cantidad de griots empleados en su corte y habían tomado la costumbre de ir a la batalla envueltos en una nube espesa de cantores, de modo tal que no solamente eran invisibles en medio de esa muchedumbre, sino que

también habían llegado a una condición incierta de existencia, difícil de aprehender, a causa de los epítetos innumerables que los describían y de los atributos variados, y a menudo contradictorios que los diferentes versos les adjudicaban. Detrás de ese enjambre de griots, las lanzas no los alcanzaban y las flechas estaban imposibilitadas de llegar a su destino, y a causa de la incertidumbre que había creado esa situación, los hombres que podríamos llamar de la tropa, los guerreros indistintos y anónimos que nadie cantaba, reducidos a la pura desnudez material en las garras caprichosas de lo aleatorio, morían de a montones, empapados en la sal y en los hedores de su sudor, de sus lágrimas, de su sangre, de sus excrementos y de sus vísceras. Es innegable que las floraciones verbales con que los griots envolvían los acontecimientos terminaban volviéndolos borrosos, contradictorios, inasibles, y que la confusión que resultaba de esa situación prolongaba indefinidamente la masacre. Esos griots, por otra parte, eran como parias, entidades vacías que carecían de verdadera existencia; eran transparentes, incorpóreos, sin otra manera de ser en el mundo que la que le otorgaban sus palabras, y casi podría decirse que eran únicamente reales en el momento en que las proferían, ellos y también sus palabras, y cuando empezaron a conservarlas por escrito, dándoles otra vez a quienes las leían la ilusión de seguir viviendo, también los inducían al error desde luego, porque ya no eran más que hueso y polvo desde hacía mucho tiempo. Los soldados creían en sus palabras y morían a causa de esa creencia, porque el sujeto verdadero que las palabras predicaban se había vuelto ya inaccesible a la experiencia, y las hipérbolos que lo celebraban, habiéndolo extraído de lo contingente, lo hacían parecer invulnerable. Hasta que del amasijo chirle de barro, sangre, sudor y lágrimas en el que los soldados chapaleaban, una voz desesperada (y todos los que cuentan la historia pretenden que con el acento de su clan, de su aldea, de su región) propuso, sin mucha convicción, pero jugando su última carta, la alternativa: *¡A los griots! ¡A los griots! ¡No le apunten al rey sino a los griots!* Es indiscutible que, después de una corta vacilación, debida no a los escrúpulos sino al escepticismo, las lanzas y las flechas cambiaron de dirección, atravesando los pechos bien reales de los juglares que, uno a uno, a medida que las puntas envenenadas los alcanzaban, se iban desplomando. Al mismo tiempo que los griots iban cayendo los atributos de los reyes — los dos bandos modificaron su estrategia casi al mismo tiempo — se evaporaban, se desvanecían, y sin nadie para nombrarlos iban dejando a los sujetos otra vez en la desnudez del azar, de cara a la perdición, en el mismo barrial en el que chapaleaban los soldados, y entonces fue fácil alcanzarlos. Un par de flechas bien dirigidas terminaron con sus reinos respectivos, es cierto. Y es cierto también que los pocos griots que quedaron con vida, comprobando que también ellos estaban hechos de carne vulnerable, se dispersaron, y más muertos que vivos, sobreviven practicando las artes subalternas que la gente noble no podría ejercer sin perder de inmediato su prestigio, y sin poner en peligro su existencia e incluso la de todos los miembros de su clan.

Todo eso es cierto a su manera, y ahora flota en la cabeza del barrendero musulmán que, empujando su tarro de basura ambulante, cruza la Place Vendôme en dirección a la rue de la Paix, donde el otro está esperándolo, apo-

yado en la barra de su propio tarro, la barra que sirve para ponerlo en posición oblicua y, tirándolo hacia atrás o empujándolo hacia adelante, permite desplazarlo sobre sus dos ruedas. Basta calcular de una ojeada las dimensiones de la plaza para comprender que ellos solos no podrían barrerla en una jornada de trabajo, y tal vez ni siquiera en una semana, pero después de las barredoras motorizadas que a la mañana temprano lavan las veredas y el espacio empedrado que circunda la columna central, y de las motonetas *junta-mierda* que pasan de tanto en tanto a cumplir la tarea que justifica su apelación, el trabajo de ellos consiste en mantener el lugar limpio durante el día, lo cual da una idea de la importancia de ese espacio vagamente octogonal en uno de cuyos lados principales se levanta el Ministerio de Justicia, y en frente las joyerías, las negocios de productos de lujo de las marcas más reputadas, la banca privada y los traficantes de diamantes, de oro y de piedras preciosas más ricos del mundo. Los millonarios de fresca o de antigua data, provenientes de rincones previsibles o inesperados del planeta, transitan por la plaza, y la municipalidad va casi literalmente barriendo el suelo ante sus pies para incitarlos a dejar en los comercios de lujo, efectuando compras que en el fondo son nuevas inversiones, como oro, diamantes, cuadros que nadie verá nunca, enterrados en la oscuridad discreta de un cofre bancario, algunas de las divisas que acumularon gracias a las concesiones otorgadas para la extracción de uranio o de petróleo, la desforestación salvaje, la especulación bursátil, el tráfico de heroína, las coimas cobradas como intermediarios entre sus estados respectivos y los vendedores de armas, de aviones, las empresas multinacionales de construcción o de comunicaciones. Unos pocos años antes de esta mañana de invierno en que el barrendero musulmán va atravesando la plaza en dirección a la rue de la Paix, donde el otro lo está esperando, el propio ministro de Justicia en ejercicio la cruzaba también de tanto en tanto porque estaba en negocios sucios con una familia de joyeros instalados en la vereda de enfrente del ministerio, donde se desempeñaban también como banco clandestino, y proponían inversiones para préstamos usurarios que el ministro había considerado como un negocio jugoso, transgrediendo por avaricia varias leyes a la vez, sin más consecuencias para su persona que la de no ser confirmado en su cartera un año más tarde, durante una renovación parcial del gabinete. Pero el barrendero musulmán no piensa en eso: no únicamente no lo sabe, sino que además ese lugar que junto con el otro barrendero debe mantener limpio por el sueldo que le paga la municipalidad le es totalmente indiferente, a pesar de su ministerio y de sus negocios de lujo, y lo único que tiene existencia concreta para él en el gran espacio octogonal son los paquetes de cigarrillos retorcidos, los soretitos de los caniches sacados a pasear por sus amos después de la ronda de las motonetas *junta-mierda*, los boletos de metro usados, las cascarras de castañas tostadas y los cucuruchos de papel en que las sirven los vendedores callejeros, o las hojas sueltas de diario que crujen y, sacudidas por el viento, se estremecen sobre el empedrado.

El otro, mostrando una sonrisa satisfecha que irrita todavía un poco más al barrendero musulmán, lo observa aproximarse, apoyado con indolencia en el carrito de metal sobre el que se desplaza el tarro de basura. Aunque no falta mucho para las once, la plaza está bastante vacía, seguro que porque el aire he-

helado y sombrío de la mañana de invierno ha debido disuadir a más de uno de sacar la nariz a la calle. Pero ellos están ahí desde las siete. Aunque son físicamente muy distintos, están vestidos de manera similar, abultados por sus capas sucesivas de vestimentas de lana, ropa interior, camisas, pulóveres, pantalones y medias, una campera gruesa, enteramente abotonada, una gorra con dos bandas verticales que protegen las orejas y se abotonan bajo el mentón, y unos guantes profesionales de lana y cuero suministrados por la municipalidad del mismo modo que el chaleco reglamentario que va encima de todo, cerrado a duras penas con su cierre relámpago a causa de la ropa acumulada alrededor del torso que los hace parecer mucho más corpulentos de lo que son. Si bien una franja ancha que cubre el pecho y la espalda es de un verde claro, fluorescente, destinado a volverlos más visibles para que no se los lleve un coche por delante cuando están barriendo la calle junto al cordón de la vereda, el verde frío, vagamente metalizado del chaleco, es exactamente el mismo con que están pintadas las motonetas y las barredoras motorizadas, el mismo de los uniformes de todo el personal de limpieza de la municipalidad, e incluso de la infinidad de cestos metálicos colocados en distintos puntos de la ciudad, como si los dos barrenderos, a los que tanto separa, al entrar en el servicio municipal de limpieza hubiesen sido obligados, por una obtusa arbitrariedad burocrática, a formar parte del mismo clan, a ostentar contra natura el mismo emblema y los mismos colores, como consecuencia de un sistema cuya racionalidad se les escapaba y que, de tanto parecerles impenetrable y absurdo había terminado por resultarles completamente indiferente. Alto, elástico y, a pesar de haber pasado ya los cincuenta años, oscilando con elegancia y agilidad al caminar, el barrendero musulmán, originario de un región al sudoeste del desierto que por vaya a saber qué red enmarañada de causas ha producido las criaturas humanas más hermosas del mundo, es incapaz de reprimir, cada vez que piensa en el otro o que lo tiene enfrente, una ofuscación desdeñosa que desde luego la inconciencia un poco beata del otro contribuye a aumentar, pero cuya verdadera razón reside en que le es imposible mantenerse a distancia de lo que considera su locuacidad insensata. Desearía ignorarlo, no pensar en él, saludarlo apenas cuando se cruzan en la plaza, haciéndole una seña distante y prosiguiendo como si nada su camino, pero el otro, que parece ignorar por completo su reticencia, imbuido como está del irresistible atractivo de su persona y sobre todo de la alta estima que tiene de sus propias dotes de orador, con su afabilidad envolvente y su buena voluntad ostentosa, lo intercepta húmeda, blandamente, como la selva de la que tal vez proviene, y lo inmoviliza, enredándolo en la telaraña de sus palabras.

Cuando llega a su lado, los ojos rojizos del otro tratan vanamente de captar su mirada, y la sonrisa que se acentúa deja entrever la cavidad rosa de la boca, la lengua ancha que se revuelve un poco en el interior como si, aletargada por el silencio obligatorio en el que la ha tenido sumida su propietario mientras ha estado limpiando un sector de la plaza, ahora, con la aparición de un oyente providencial, estuviese aprestándose para entrar en acción. Y lo que más teme el barrendero musulmán, además del chorro de palabras, es el tufo a alcohol que suelen expeler los labios entreabiertos, única materia viva —la mirada,

aunque intensa y movediza, parece siempre demasiado vidriosa— en su cara cubierta hasta casi los pómulos por una barba escarolada, dura y mineral, salpicada de negro, de óxido y de ceniza. Únicamente un *ñamakalá* puede tener el tupé de jactarse de serlo, piensa el musulmán, con saña secreta y vagamente rencorosa y al mismo tiempo que responde a su saludo se dice como todos los días, que de la casta inferior de los *ñamakalá*, de la que no se sabe bien si originariamente no se formó con esclavos y prisioneros de guerra, y que comprende a los herreros, a los talabarteros y a los griots, los griots son la capa inferior, y que entre los griots, entre los *jèli*, que son cantores y músicos, y los *finá*, que únicamente son capaces de valerse de la palabra, son los *finá* los que están obligados a recibir presentes de los *jèli* sin derecho a ejercer la reciprocidad, y él, quién sabe a través de qué complicados razonamientos que el barrendero musulmán no logra entender, ostenta siempre un orgullo pueril cuando se presenta como *finá Kamara*. Es así como por otro lado se hace llamar cuando actúa en público, en ciertas fiestas de familia y también en algunos espectáculos organizados por asociaciones vecinales, en Saint Denis o en Aubervilliers, tal como el barrendero musulmán ha podido comprobarlo al toparse, en cierto negocio de Belleville, con un cartelito amarillo donde aparecían impresos la foto y el nombre de — ¿qué tal? — Finá Kamara y de dos o tres de sus colegas. Lo subleva ese impudor incomprensible de presentarse como los descendientes de una casta formada por lo más bajo de la sociedad, de la que muchos de sus miembros provienen de los orígenes más oscuros, desde el fondo de la selva, y cuyos antepasados practicaban ritos abominables, respecto de los cuales los ídolos absurdos que adoraban y los signos ridículos que creían percibir en las cosas del mundo representaban ciertamente un progreso. Ignoran al Dios único, al Sol único que alumbra al universo y lo percibe al mismo tiempo en su totalidad y en cada una de sus partes, por ínfima que sea, desconocen al Profeta y a sus descendientes, y son sordos y ciegos ante las palabras del Libro, en el que en cada letra sin embargo el error en el que se debaten y el castigo que los espera están ya previstos desde la eternidad.

A decir verdad, no es aquello en lo que reposa su fe y que lo distingue del otro lo que fomenta su malhumor, sino la remotísima molestia interior que lo asalta cuando se le ocurre que, finalmente, el otro y él no son tan distintos como él cree, y la prueba estaría en el hecho de que al fin de cuentas, esas historias que el otro se siente en la obligación de contar y que, con una satisfacción que linda con la soberbia, va a buscar en los lugares y en las épocas menos evidentes, no son del todo ininteresantes. En el fondo su malestar —y la mayor parte del tiempo ni siquiera se da cuenta de lo que le pasa— viene de la energía que le exige administrar los polos contradictorios de atracción y de repulsión que tiran a la vez, cada uno para su lado. El conflicto lo extenua y lo sumerge en una especie de indecisión, porque el rechazo afirma sus principios y la inclinación los debilita. La vivacidad con que el otro cuenta sus historias, la cantidad de detalles que las adornan, muchos de un mal gusto evidente pero exactos en la caracterización de un personaje, de un lugar o de una escena, hacen vibrar su imaginación a pesar de los esfuerzos que realiza para conservar su inmutabilidad, y por más que quisiera afectar reprobación porque sospecha que la inten-

sidad misma de esos relatos, su movilidad vivida y colorida, denotan la crudeza rústica de los que se ganan la vida contándolos, le es imposible adoptar otra actitud que esa rigidez cortés con que se ha plantado frente al otro, como tantas otras mañanas, y que el otro considera, no sin cierta razón al fin de cuentas, como una incitación a mostrar su habilidad y su oficio. Desde el principio del invierno —las fiestas de fin de año ya pasaron hace casi quince días—, cuando empezaron a trabajar juntos en el sector, en cada cruce, en cada encuentro ocasional, en cada pausa del trabajo, al cabo de un par de frases anodinas el otro encuentra siempre un pretexto para contarle alguna historia, en la que resulta difícil separar lo verídico de la pura mistificación, la verdad de la mentira, el detalle exacto del error o de la exageración, y la historia puede ser corta o larga, cómica o trágica, provenir de tiempos inmemoriales, de antes de la llegada de los blancos, o haber ocurrido según el narrador la víspera o la semana anterior, en alguna aldea al borde del desierto o en plena selva, o en Barbés, en Marsella, en la rue de Charonne o en Place Voltaire, o incluso en el depósito de implementos de limpieza de la municipalidad o en los corredores del metro. Como si fuera poco, el personaje execrable y rechoncho que cuenta esas historias, lleva su ligereza y su desenvoltura hasta un punto tal que se lanza de lleno en su relato, sin tomar la precaución, como lo hacen todos los poetas verdaderos, de invocar al Único, antes de proferir ninguna otra palabra, para implorarlo como está escrito en el Libro: *¡Otórgame la lengua de la veracidad basta los tiempos más remotos!* La casta impenitente, olvidándose de lo que le ocurrió al enjambre de griots durante la batalla legendaria, retoma, piensa el barrendero musulmán, los mismos hábitos locuaces y temerarios que precipitaron su perdición.

Pero el otro ya ha empezado su historia en la mañana sombría: es sabido que, a los que sienten inclinación por contarlas, cualquier pretexto les viene bien para comenzar a hacerlo. Una asociación fugaz, por tenue que sea, una alusión cualquiera, ingenua o intencionada, un relato acabado de oír con el que el suyo pretende tener ciertas analogías, un acontecimiento intrascendente al cual su relato, más clarividente y ejemplar que la realidad misma, vendría según ellos a suministrarle su sentido. Esta vez, la historia es la de un tal Traoré, un vulgar asesino y violador, que salió en todos los diarios y que el que la está contando, como cualquier hijo de vecino, debe haber leído en alguno de ellos, probablemente en el mismo diario lleno de marcas de birome o de lápiz en las páginas de turf, plegado y arrugado hasta volverse una ruina, y que ha debido leer entre dos carreras de caballos, en el bar de alguna agencia de apuestas, en Menilmontant o al fondo de la rue Alexandre Dumas. Saliendo de sus labios, sin embargo, si bien tiene una vaga semejanza con la que apareció en los diarios, es irreconocible, y contada como él la cuenta, ningún diario la publicaría. La manía incorregible de los griots de Niani (o de Kayes, o de Odiené, o de X o Z), piensa, escuchándolo, el barrendero musulmán, de querer suplantar el mundo con su canto, sigue intacta todavía, y los que la padecen ni siquiera sospechan que esa obsesión, igual que a sus antepasados, los va llevando de la mano al abismo.

Pero los detalles que adornan la historia, exactos y vividos (y da lo mismo que sean falsos o verdaderos) son más atractivos que los hechos mismos, que las actas del proceso, que la requisitoria del fiscal, la defensa del abogado, los

informes de los expertos psiquiátricos, los resúmenes periodísticos: en el relato del narrador profesional, las manos de Traoré son como las garras del leopardo, su lubricidad es legendaria, y los ritos que cumple con el cadáver de sus víctimas abominables. El tal Traoré (todo el mundo lo sabe) tiene es cierto la particularidad de ser a la vez cristiano y musulmán, es decir *serere* por parte de madre y *bambara* por línea paterna, y como después de siete generaciones por primera vez un varón resultó el primogénito, y como el matrimonio religioso mixto (otra abominación para el barrendero musulmán) estrechaba los lazos entre dos tribus diferentes, la familia y la aldea al sur de Dakar donde nació lo consideraron como un Elegido. Lo paseaban de pueblo en pueblo y lo iban colmando de regalos. Él mismo decía de sí mismo durante el proceso que era considerado como un *ser aparte* o una *criatura sagrada*, un *presente de Dios*. Pero cuando cumplió tres años ya estaba viviendo con su familia en un tugurio al norte de la estación de metro Barbés-Rochecouart, a los diez ya era un violento y su propia madre lo calificaba de *hijo del diablo*. Cuando cumplió trece años la madre se mudó a lo de un amante, y cuando el padre se fue a Senegal, la madre volvió con la familia pero se trajo al amante a vivir con ella. A Traoré lo enloquecían los celos, no podía soportar que su madre viviese con otro hombre, porque según el griot la *quería para él solo*, y eso porque cuando ella lo llevaba todavía en el vientre un brujo le había echado una maldición dejándolo pegado para siempre a la placenta. También a la madre la habían embrujado según el griot; era violenta como él: una noche había entrado en un garito clandestino de Belleville donde el padre acostumbraba a ir a jugarse el sueldo a los dados, y le había quebrado un brazo. El amante le tenía miedo y no abría nunca la boca; cuando ella se enojaba, el amante empalidecía de terror. Únicamente Traoré según el griot (eso no había salido en ningún diario) le hacía frente, y a veces, cuando él tenía trece o catorce años se iban a las manos hasta hacerse sangrar. Era una especie de gigante y tenía tanta fuerza en las manos que mataba a sus víctimas a puñetazos, y en un primer momento la policía había creído que las golpeaba con un palo de béisbol. A los quince años robaba, se drogaba, vendía droga. Cuando cumplió veinte, el padre, en Senegal, lo llevó a ver a un brujo, el cual le dio un amuleto que, según dijo en el tribunal, fue su perdición. Hubiese querido ser campeón de fútbol, y tenía que contentarse con vender droga en la estación de metro Saint Ambroise; todo el mundo lo había considerado como un enviado de Dios, y resultó ser el hijo del diablo; y para colmo, a causa de ese embrujo que venía debilitándolo según el griot desde los tiempos en que no era más que un feto, y también del *gri-gri* que le dio el brujo cuando el padre lo llevó contra su voluntad a consultarlo, había atrapado el sida en el Senegal. Según el griot, a la primera víctima la mató porque, mientras la estaba violando, ella le gritó en la cara: *¡Imbécil, hubieras podido conseguir lo mismo de otra manera!* Y él, en el tribunal, afirmaba que no había habido violación, porque la violación es un acto sexual y él no se acordaba de haber gozado. Violó a seis o siete mujeres, de las cuales mató a puñetazos a dos o tres, entre ellas a una anciana de setenta años. Pero estaba sereno, sonriente, amable con todo el mundo en el tribunal; les daba consejos paternales y explicaciones pacientes al juez, al fiscal, a los miembros del jurado, e incluso a las víctimas, una de las cuales oyéndolo hablarle con tanta

dulzura después de haberla violado transmitiéndole el virus del sida, había tenido un ataque de nervios y se había desmayado en pleno tribunal. Traoré no reconocía su responsabilidad en los hechos porque consideraba que eran una consecuencia de las múltiples manipulaciones maléficas de que había sido víctima, cuando era un feto primero, y después de su nacimiento durante ciertos ritos vudú, y más tarde porque le habían hecho creer que esa mezcla de religiones era algo positivo cuando en realidad los buenos elementos que componían a las dos se habían corrompido al mezclarse en su persona, y después su madre que lo había *denunciado* como hijo del diablo, y por último el *gri-gri* del brujo del Senegal que resultó ser, según las palabras textuales del griot, *la cerise du gateau* (la cereza del postre). A una de las víctimas la mató en la calle, la cargó sobre sus hombros (eran las cuatro de la mañana) para llevarla hasta su cuchitril en el sexto piso de la especie de ruina en la que vivía, la tendió en el suelo y, después de someterla a una serie de ritos mágicos de los cuales únicamente él conocía el significado, se tendió durante horas al lado de ella a fumar haschís y a tomar gin hasta vaciar a pico dos botellas. ¡Y todo según el griot a causa de ese maleficio, de cuando todavía no era ni siquiera feto, apenas un embrión del que no se sabía lo que iba a salir, si hombre o fiera, el conjuro que le habían echado y que lo había dejado pegado para siempre a la placenta, de tal manera que, anduviera por donde anduviese en el ancho mundo, seguía estando encerrado en el vientre de su madre, o si no, peor todavía, como si esa mujer malvada hubiese aspirado al mundo entero a través de la vagina para encerrarlo con Traoré en su propio vientre!

El otro hace silencio, un silencio conclusivo quizás, o tal vez se trata únicamente de una pausa destinada a estimular el interés de su oyente, un recurso profesional utilizado mil veces, que el auditorio conoce igual que el narrador, y que sin embargo funciona todavía y probablemente seguirá funcionando hasta el fin de los tiempos. Un brillo satisfecho se enciende en los ojos rojizos y vidriosos de *Finá Kamara* cuando apoya el codo en el carrito de la basura e intenta atrapar la mirada de su interlocutor. En la cavidad rosa de la boca que dejan ver los labios entreabiertos y circundados de barba negra, óxido, ceniza, la lengua rosa se ha inmovilizado. El barrendero musulmán está inmóvil también, con las manos enguantadas olvidadas a la altura de los muslos, en el extremo de sus brazos gráciles y largos que la superposición de prendas de lana hace parecer más gruesos de lo que son en realidad. En su imaginación flotan, en un chisporroteo lento, sin acabar nunca de extinguirse, las imágenes vivaces que el relato del otro, a pesar de su resistencia, han ido suscitando en su interior. Pero al mismo tiempo piensa que se trata de niñerías sin pie ni cabeza, y que todos esos detalles tan atractivos no pertenecen a la verdad de los hechos sino a las obsesiones inconfesables del narrador y que sobre todo, a pesar de la aparente multiplicidad de los acontecimientos, una sola historia ha ocurrido en el mundo, y que esa historia estaba ya inscrita en el sol Único antes de haberse transformado en Libro. Como de costumbre, esos sentimientos contradictorios lo paralizan, y lo inducen a adoptar una actitud seria, casi solemne, sin dejar de ser cortés, y a esquivar la mirada del otro que, infructuosa, busca la suya a través del aire helado y sombrío de la mañana de invierno. Aun si el silencio del otro, que

dura desde hace unos pocos segundos, significa que ha concluido, flota entre ellos todavía una especie de indecisión, de incertidumbre, de antítesis complementaria que, en lugar de separarlos, parece haberlos transformado en una pareja antagónica pero de la cual ninguno de los miembros podría existir separadamente.

O tal vez no sea para nada así, y habría que ahondar mucho tiempo para llegar a saber algo sobre ellos. Una sola cosa es segura: la Place Vendôme, con su ministerio y sus negocios de lujo, sus diamantes, sus grandes marcas internacionales, sus dividendos bursátiles, y sus millonarios de antigua y de fresca data, no tiene, para los dos hombres inmóviles que no logran cruzar la mirada, más valor y sobre todo más existencia que un montoncito inadvertido de inmundicia en las juntas del empedrado. Cualquiera de los dos podría de pronto inclinarse distraídamente y, empujándolo con dos o tres movimientos suaves de la escoba, recogerlo en la pauta de metal y después, pensando ya en otra cosa, volcarlo en el tarro de la basura.

Ligustros en flor

a Alejandra y Frederic Compain

Observé largamente mis pies esta noche, y me parecieron más misteriosos que el universo entero. Con ellos, hace algunos años, anduve caminando durante dos horas y cincuenta y cuatro minutos por el suelo polvoriento de la luna. Fue mi segunda misión por esos lados, aunque la primera consistió solamente en un vuelo de circunvalación; unas pocas revoluciones en la órbita lunar, y hasta más ver: de vuelta a casa.

En la segunda expedición, donde Brown y yo alunizamos realmente (Andy Wood nos esperaba girando en órbita en el módulo principal de la nave), el paseo duró un poco más, pero un desperfecto en las cámaras de televisión, semejante al que se produjo cuando la expedición Apolo 12, rebajó el alcance del acontecimiento, y nos ocurrió a nosotros lo mismo que al alunizaje de esa expedición, que por no existir en imagen, se desvaneció también en la realidad y cayó en el más completo olvido. De la expedición Challenger 3, que tuve el honor de dirigir, la indiferencia del público y un olvido casi inmediato fueron el único resultado desalentador, lo que en mi fuero íntimo consideré altamente satisfactorio, porque ya desde antes de haber dado mi paseo por la luna, había decidido que al volver me retiraría para siempre de mi oficio de astronauta. Y hoy por hoy nada me impide considerar como mío el curioso pensamiento de un discutido filósofo austríaco: "¿Puedo siquiera considerar seriamente la mera hipótesis de haber estado alguna vez en la luna?".

El tedio, que desde luego considero más temible que los supuestos peligros desconocidos que acechan al explorador del espacio, fue la causa principal de mi retiro anticipado al que, después de nuestro fiasco, habría que agregar mi

negativa a persistir en el ridículo, ya que no podría dársele otro nombre al hecho de que nuestra expedición, concebida con fines de propaganda, a causa de unas cámaras defectuosas, pasó prácticamente desapercibida para el público mundial. Cuando mis superiores me informaron de que nuestra misión principal, a la que debíamos subordinar imperativamente todas las otras, consistía en clavar en la superficie de la luna y en directo para varios miles de millones de espectadores la bandera de nuestro país, supe de inmediato que acababa de confirmarse la sospecha que venía persiguiéndome desde tiempo atrás: todos los miembros del programa espacial, desde el director general hasta la señora de la limpieza, estaban locos.

Brown debía pensar lo mismo, pero aunque nos estimábamos y confiábamos uno en el otro, me hubiese resultado difícil dismantelar su prudencia que, aparte de la rebelión, es en nuestro país la única arma de que disponen para sobrevivir los miembros de su raza. Probablemente también él, aunque no lo dijese, estaba cansado de ser, de los proyectiles que se lanzan en esas insensatas experiencias de balística que llaman programa espacial, la munición que va adentro. Mientras lo observaba puntear con su palita el suelo ajeno de la luna, como la tierra en que sus antepasados vienen haciéndolo desde hace siglos, no podía dejar de preguntarme en qué momento iba a tirar la pala lo más lejos posible dando fin con ese acto significativo a su carrera de astronauta.

Como lo demuestro en mi estudio inédito *Interés comercial y militar de la conquista del espacio 95 por ciento; interés científico 4,95 por ciento; interés filosófico 0,05 por ciento*, de esos tres aspectos es evidente que es el científico el que puede reivindicar para sí mismo con justicia el colmo del ridículo. El filosófico es inexistente, y el financiero y político-militar, por rastrero que sea, parece corresponder mejor al verdadero nivel moral de la humanidad: y no tengo escrúpulos en escribir lo que antecede, aunque sé que los que creen conocerme a fondo, piensan de mí que, desde que volví de la luna, como si habiendo contemplado a los hombres desde tan arriba hubiese descubierto su tamaño verdadero, he caído en la misantropía.

Para nada: lo que pasa es que allá arriba —adverbio que por otra parte únicamente para nuestra situación singular tiene algún sentido— las sospechas se vuelven, de una vez por todas, evidencia. Cualquiera sabe que el universo es un fenómeno casual que, aunque desde nuestro punto de vista parezca estable, en lo absoluto no es más que un torbellino incandescente y efímero, de modo que allá arriba no es en ese sentido que la evidencia se presenta. Caminando por la semipenumbra polvorienta y estéril, si algo aprendí no fue sobre la luna sino sobre mí mismo. Supe que si el conocimiento tiene un límite, es porque los hombres, adonde quiera que vayamos, llevamos con nosotros ese límite. Es más: nosotros somos ese límite. Y si vamos a Marte o a la luna, las dos o tres cosas más que sabremos sobre Marte o la luna, no cambiarán en nada, pero en nada, la extensión de nuestra ignorancia. No cabe duda de que sabemos un poco más de nosotros mismos cuando, dejando nuestro pueblo natal, vamos a una gran ciudad, y después a otro continente, donde los hombres son un poco diferentes de nosotros, por sus rasgos exteriores, su religión, sus costumbres, pero ese poco más que sabemos no modifica para nada la cantidad de nuestro saber,

en relación con lo que ignoramos, y esto no es una reflexión moral sino un simple cómputo. De modo que el provecho científico de nuestras expediciones es más bien escaso. Que quede claro: como todas las otras, la conquista del espacio es principalmente obra de comerciantes y guerreros, y sus aspectos científicos son puramente logísticos y pragmáticos. Si hubiese hombres en la luna, como los había en África y en América, los reduciríamos a la esclavitud o acabaríamos con ellos. Si los hombres fuesen mejores, tal vez hubiese valido la pena ir a la luna.

Mis valencias turísticas son limitadas. Ver la tierra desde la luna y pasearme por ese suelo polvoriento, oyendo el chasquido de mis zapatos gruesos contra las esférulas y los pedruzcos de piroxena, olivina y feldespato, chirriar la materia vitrificada y muerta bajo las suelas, no me produjo mayor entusiasmo que mis visitas (un poco obligadas por los hábitos de la época, como mi carrera de astronauta lo fue en cierto sentido por un padre militar) a las cataratas del Iguazú o al desierto de Gobi. No digo que no me haya producido ninguno sino que el que experimenté fue de lo más módico. Tal vez la única maravilla auténtica de mi paseo haya sido que las huellas de mis zapatos quedarán impresas en ese polvo pardo durante millones de años, pero también eso tiene su lado negro, porque en las noches de insomnio, o en las mañanas indecisas y turbias en las que mi situación parece sin salida, la forma estriada y ancha de esas huellas, obcecada y autónoma, insiste en venir a estamparse, nítida y excluyente, durante horas e incluso durante días, en la zona clara de mi mente.

El fragmento de mundo que hollábamos, Brown y yo, igual que la tierra paciente que nuestra especie había desfigurado con sus pasos, dejaba intacto el infinito. (Sé que los llamados hombres de ciencia consideran que el universo es finito, pero si eso es cierto, lo es en una escala diferente a aquella en que se sitúan los que han formulado la hipótesis.) Saber algo sobre la luna: tal era nuestra ilusión, ya que confundíamos experiencia y conocimiento. Encerrados en las cápsulas de nuestros trajes espaciales, deambulábamos en la penumbra grisácea, indiferentes a la esfera azul que flotaba, fantasmal, a lo lejos, en el firmamento negro, mientras esperábamos que el módulo principal de la nave, con Andy Wood adentro, después de dar el número previsto de revoluciones en la órbita lunar, pasara a recogernos para llevarnos de vuelta a la tierra.

Presentía a Brown encapsulado en su piel negra, igual que yo en la mía, y tuve la impresión, mientras dábamos nuestros pasos torpes y lentos, punteando aquí y allá con nuestras palitas especiales, unos cilindros metálicos que clavábamos en el suelo y retirábamos llenos de materia lunar, que estábamos aislados uno del otro por una serie de envoltorios y de cápsulas que nos volvían mutuamente desconocidos y remotos. ¿Para qué ir tan lejos a develar misterios si lo más cercano —yo mismo por ejemplo— es igualmente enigmático? La yema de los dedos y la luna son igualmente misteriosos, pero los cinco sentidos son más inexplicables que la totalidad de la materia ígnea, pétreo o gaseosa, de modo que excavar la luna, sondear el sol o visitar Saturno, como han dado en llamar caprichosamente a esos objetos sin nombre apropiado y sin razón de ser, no resolverá nada.

Tales son mis pensamientos tenues cuando me paseo por las calles, tan

polvorientas como las de la luna, pero en las que mis huellas se desvanecen, fugitivas, casi en el mismo momento en que las imprimo, de mi pueblo natal. La vejez y lo que sigue me ha dado cita para uno de estos días en alguna de sus esquinas desiertas. Es inconcebible que la luna exista, casi tanto como que exista yo. Que haya un universo es por cierto misterioso, pero que yo esté caminando esta noche de primavera en la penumbra apacible de los árboles lo es todavía más. Así como ver la esfera azul desde la luna permitía poseer un punto de vista suplementario pero no volvía las cosas más claras, haber estado en la luna no me reveló nada nuevo sobre ella y, a decir verdad, me gusta más verla desde aquí, redonda, brillante y amarilla. Allá arriba, la proximidad no mejoraba mi conocimiento, sino que la volvía todavía más extraña y lejana. Desde acá sigue siendo un enigma, pero un enigma familiar como el de mis pies, de los que no podría asegurar si existen o no, o como el enigma de que haya plantas por ejemplo, de que haya una planta a la que le dicen ligustro y que, cuando florece, despida ese olor, y que cuando se la huele, es el universo entero lo que se huele, la flor presente del ligustro, las flores ya marchitas desde tiempos inmemoriales, y las infinitas por venir, pero también las constelaciones más lejanas, activas o extintas desde millones de años atrás, todo, el instante y la eternidad. Y sobre todo que, gracias a ese olor, por alguna insondable asociación, mi vida entera se haga presente también, múltiple y colorida, en lo que me han enseñado a llamar mi memoria, ahora en que al pasar junto a un cerco, en la oscuridad tibia, fugaz, lo siento.

Las pirámides

Sollozando despacio en la cama para no despertar a su mujer, el hombre, que ya está despierto del todo, sigue sin embargo enredado en la pesadilla horrible que acaba de tener. En la oscuridad, siente las lágrimas calientes humedecerle las mejillas. El asco, la culpa, el horror, la desesperación lo asaltan y lo sobrecogen. Le parece que el universo entero se ha manchado para siempre con la vergüenza infinita que le da su sueño. El mundo ya no será nunca más el mismo después de haberlo tenido.

Es un comerciante egipcio próspero, importador de ciertas máquinas europeas. Ingeniero electrónico de formación (estudió en Londres), prefirió aplicar sus conocimientos al comercio siguiendo la tradición familiar, con el buen olfato de relacionarse más bien con industriales franceses que ingleses, encontrando de ese modo una competencia menos seria, lo que le permitió al cabo de una década acrecentar y sobre todo afirmar la fortuna familiar. Asociado con su hermano mayor y con su cuñado, el marido de su hermana, logró constituir la firma más importante del ramo no únicamente en el país, sino quizás en todo los países de la región. Y ahora está en el dormitorio de su casa, confortable sin ostentación, en uno de los barrios residenciales de El Cairo, tratando de sofocar su llanto para no despertar a su mujer, que duerme a su lado en la penumbra.

El mes anterior cumplió cuarenta y siete años. Hubo una gran fiesta de

familia, a la que asistieron también muchos amigos. Sus dos socios le regalaron un coche nuevo, francés, que habían obtenido a un precio ventajoso gracias a sus relaciones con los medios industriales y comerciales de París. La noche de su cumpleaños, cuando los invitados se retiraron y sus dos hijos ya se habían ido a dormir, hizo el amor con su mujer —se llevaban muy bien, y aunque la frecuencia de sus relaciones sexuales había disminuido mucho con los años, él le era enteramente fiel— y después, antes de dormirse, pensó un rato en sí mismo, en sus antepasados, en su familia actual, en sus negocios, y durante unos pocos y raros minutos de exaltación austera, se dijo que tal vez había realizado plenamente su vida.

Y esta noche, un mes más tarde, como culminación de los acontecimientos desagradables de las últimas semanas, él, que no sueña nunca, acaba de tener esa pesadilla que lo ahoga de vergüenza, de pena, de desprecio de sí mismo. Acaba de soñar que sometía a Yussef, su hijo mayor, de diecisiete años, a una serie de repugnantes vejámenes sexuales. No solamente lo hacía, sino que lo divulgaba con cinismo, aunque en secreto ya empezaba a sentir vergüenza por los actos que había cometido, y tenía miedo de encontrarse con el muchacho, en quien, en el sueño, sentía haber causado daños irreparables. Su conducta no tenía en apariencia ninguna motivación sensual, sino un odio desmesurado y gélido, y es ese odio quizás, junto con las imágenes abominables del sueño, lo que lo ha hecho despertarse aterrado y lloroso hace unos minutos, sin que el sentimiento de alivio al comprobar que esas escenas penosas no eran más que una pesadilla, se haya, piadoso, presentado todavía. Al contrario: a medida que va saliendo de él, tiene la impresión de que, por la misma grieta por la que él ha vuelto a la realidad, el sueño también se ha filtrado en ella y ahora contamina el universo entero.

El hombre cree saber la causa de ese odio, pero es eso justamente lo que aumenta su desconcierto y su pena. ¿Cómo es posible —piensa— que alguien sea capaz de experimentar esos sentimientos, ignorando lo que lo acecha en los rincones oscuros de su propio ser? Todo empezó tres o cuatro días después de su cumpleaños, cuando encontraron el coche nuevo desbarrancado en una cuneta. Desapareció una noche y la policía, que había sido alertada en seguida, lo encontró unas horas más tarde en esa zanja profunda, con los faros delanteros rotos, una parte de la carrocería toda abollada y la dirección descalibrada. Él había decidido no entrarlo al garage esa noche, para poder salir más rápido hacia el aeropuerto a recibir a unos clientes que llegaban desde el extranjero a la mañana temprano, y como había una ronda de guardias privados en el barrio, se había ido tranquilo a la cama. Pero cuando salió a buscarlo a la mañana, el coche ya no estaba, así que llamó a la policía y salió para el aeropuerto.

A eso de las seis de la tarde, la policía se comunicó con él para decirle que habían encontrado el coche y pedirle que pasara por la comisaría para cumplir con dos o tres formalidades. Cuando llegó y vio el estado del coche estacionado en la puerta, una cólera hiriente puso durante unos segundos su mente al rojo blanco, como si hubiesen volcado detrás de su frente una palada de cal viva, de modo que cuando insistió para que la policía prosiguiera su búsqueda hasta encontrar a los culpables, no le atribuyó ningún sentido preciso a la expresión

un poco confusa del funcionario que lo atendía, y que, aunque no parecía atreverse a contradecirlo, lo hizo esperar unos minutos para hacerle firmar una denuncia escrita que un secretario redactó en la pieza de al lado.

Al día siguiente, el funcionario lo llamó al negocio y le preguntó si no molestaba pasar a verlo porque lo que habían descubierto era demasiado grave como para ser comunicado por teléfono, así que media hora más tarde, sentado frente a él del otro lado del escritorio y evitando mirarlo a los ojos mientras hablaba, el funcionario le dijo que uno de los guardias privados del barrio residencial había visto a su hijo Yussef manejando el auto la noche del robo. Después de eso, tuvo que volver a declarar con su hijo a la comisaría, pero Yussef negó con tanta obstinación, que él terminó por ponerse de su parte, diciendo que haría echar al guardia que lo había denunciado. La expresión confusa del policía no se borraba de su cara mientras tenían lugar esas denegaciones, y al cabo de tantos tironeos, amenazas, interrogatorios y discusiones, el funcionario declaró que de todas maneras la justicia estaba en condiciones, gracias a ciertos métodos científicos infalibles, de encontrar la solución. Un pánico repentino se apoderó del adolescente, que se echó a llorar y reconoció que él era el autor del robo.

Desde ese momento, para el padre, el mundo simple y claro en el que vivía se ha desplomado. Poco tiempo después de la noche de su cumpleaños, en la que durante unos minutos le pareció haber alcanzado la plenitud de su vida, las fuerzas confusas de las que él desde hacía años había olvidado hasta la existencia, brutales, lo alcanzaron. En las semanas que siguieron trató de obtener sin ningún resultado alguna explicación de Yussef. Era su hijo preferido: un poco callado y retraído, pero serio en sus estudios (lo que para el hombre era una prueba de su valor), y aunque no manifestaba demasiado sus emociones ni sus afectos, correcto y calmo en sus relaciones familiares. El padre estaba educándolo para que lo sucediera en la empresa y pensaba mandarlo a París a terminar sus estudios. Había tenido que humillarse yendo a pedirle disculpas al guardia privado que había querido hacer echar de su trabajo.

Y ahora, hace unos minutos, acaba de tener esa pesadilla horrible. Mientras trata de detener sus sollozos o de volverlos inaudibles, piensa que el odio que ha revelado su sueño es desproporcionado en relación con la falta que ha cometido el adolescente. Aunque el robo del auto unas semanas antes ya había despertado no pocas dudas, abriendo algunas grietas en su conciencia satisfecha, el sueño que acaba de tener le confirma, inequívoco, que ya no es o que quizás no lo fue nunca, el que durante tantos años ha creído ser. Su desesperación aumenta cuando, entrando poco a poco en la vigilia, se acuerda de que su hijo está de viaje, acompañando en una excursión a los hijos de unos hombres de negocios, y que vienen bajando el Nilo desde el sur para visitar los monumentos antiguos. Una imagen empieza a obsesionarlo: los tres muchachos diminutos, indefensos, al lado de la mole aplastante de una pirámide, cuyas piedras arcaicas, carcomidas por la erosión del desierto, flotan en el presente como evidencias enigmáticas de un pasado que creemos familiar, porque nos lo representamos siempre con las mismas imágenes simplificadas, pero que en realidad nos es desconocido y remoto.

Lágrimas calientes corren por sus mejillas, por los bordes de la nariz, le mojan los labios, se deslizan por las mandíbulas. Los sollozos mudos lo agitan en la penumbra. Las imágenes del sueño más nítidas que el sol ardiente y rugoso, y tan absorbentes y obstinadas que el universo entero se borra en su presencia, le causan un dolor sin límites, y cuando, al cabo de unos minutos, el dolor se empieza a atenuar, lo invade la idea extraña de que lo que ha soñado es la única realidad de su ser, y que no debe dormirse de nuevo todavía, para mantener despierto el dolor y castigarse de ese modo en la vigilia por haber tenido ese sueño.

Copión

...y podemos considerar que, a pesar de evidentes fluctuaciones, y a causa del carácter repetitivo de las mismas, el estado del paciente es estacionario y no requiere internación. Una visita semanal a su consultorio pareciera ser suficiente por el momento. En todo caso, estimado colega, créame que aprecio su dedicación escrupulosa a nuestro paciente, y estoy seguro de que el ponerlo en sus manos y en las de ningún otro especialista ha sido una decisión atinada de mi parte, que la familia ha aprobado con entusiasmo. Las actuales rarezas de comportamiento pueden ser consideradas como "normales", en el mismo sentido en que son normales los temblores de fuerza decreciente que suceden a un terremoto. Ya no pueden hacerle demasiado daño: podríamos decir que, igual que con el paisaje devastado que deja un terremoto, no queda casi nada por destruir, pero después de las terribles perturbaciones que constituyeron el clímax, los leves disturbios que lo suceden podrían ser calificados —no sin cierta ironía desde luego— casi de satisfactorios. Por paradójico que parezca, para el caso que nos ocupa, como se lo anticipé telefónicamente el mes pasado, el paroxismo consistió en la inmovilidad total, más allá de la apatía y del estupor, en ese estado que, si me permitiese describirlo con una imagen, compararía con la inmovilidad glacial de un lago helado, salvo que, para nuestro paciente, bajo la capa de hielo exterior, el agua seguía hirviendo convulsivamente hasta el fondo.

Ese ostracismo pasajero, que duró un par de semanas sin embargo, y que nos obligó a alimentarlo con una sonda para que no se debilitara en forma irreversible, fue consecuencia de una larga serie de sacudidas emocionales y mentales a partir de la adolescencia, y que a los treinta y cuatro años produjeron, como podía preverse, el derrumbe. En casos similares, tratados a lo largo de tres décadas de práctica hospitalaria, me ha sido posible observar una evolución semejante, con una temática delirante muy afín, pero el derrumbe, felizmente pasajero, que culmina el proceso, se presenta en muy pocas oportunidades: la agitación disminuye hasta la apatía, y poco a poco el enfermo se adapta a la situación y se resigna a vivir mansamente con el acervo de sus ideas fijas y de sus rarezas. (Es, *mutatis mutandis*, la situación del paciente en la actualidad.)

Desde muy joven la pasión política se transformó en él en un verdadero frenesí reformador, y podemos considerar que, a partir de los veinte años más o

menos, sus ideas empezaron a tomar un giro ligeramente extravagante. Aunque su familia era de origen bávaro, con ramificaciones austríacas, H. nació y se crió en Berlín, donde realizó sus estudios de derecho, con la intención de hacer carrera en la administración alemana o como funcionario internacional, pero cuando obtuvo los diplomas necesarios, con notas realmente brillantes, ya la enfermedad mental estaba comenzando a hacer estragos en sus ideas y a pervertir su comportamiento. Por suerte, la situación económica de su familia, más que desahogada, permitió postergar la búsqueda de un empleo y afrontar los gastos inevitables de un tratamiento a fondo.

H. tenía diez años cuando construyeron el muro de Berlín. Algunos años más tarde, el sistema político que imperaba del otro lado del muro, extendiéndose con mayores o menores variantes locales hasta el extremo oriente, fue su mayor preocupación, y predicaba una verdadera cruzada contra las ideas que imperaban en esos vastos territorios. Pero al mismo tiempo consideraba que los gobiernos occidentales no eran lo bastante enérgicos en sus acciones ni lo bastante lúcidos para juzgar la gravedad de la situación. Hasta ese punto, sus ideas políticas corresponden en general a las de la mayor parte de sus compatriotas, salvo que en su caso se expresaban con más vehemencia y que, en el momento de proponer soluciones, mostraban su carácter delirante. Por ejemplo, la queja corriente de los ciudadanos de cualquier país acerca de la inepticia de sus dirigentes, asumía en él aspectos grotescos y aun inquietantes, porque se transparentaba en ellos un fenómeno corriente en las crisis de demencia, sobre el cual usted ha escrito por otra parte dos artículos brillantes: la aparición en el sujeto de elementos arcaicos en sus sentimientos y en su conducta. El pasado prehumano, los olvidados matices salvajes y luctuosos de la especie que con designios inescrutables nos ha depositado en nuestro presente esquivo y confuso, empiezan a resurgir en sus ideas y en sus actos. H., por ejemplo, en sus momentos de crisis, pretendía que se infligiese a los gobernantes occidentales (con particular fijación en el presidente de los Estados Unidos, en los vistosos Windsor y, quién sabe a través de qué alambicados pseudorazonamientos, en los inocuos monarcas belgas) la humillación de una ejecución capital transmitida en directo por la televisión mundial, o la sodomización ritual del papa por miembros de las tres religiones reveladas con el fin de obtener el perdón para la iglesia católica, aunque, como también usted habrá podido comprobarlo, estimado colega, recomendar vejámenes al sumo pontífice parece ser el rasgo común de todos los presuntos reformadores que se internan en la selva de la demencia. (Con mucho mejor criterio, durante su derrumbe mental definitivo de 1888, Nietzsche recomendaba el fusilamiento del Kaiser y de los antisemitas, y al entrar en el asilo declaró: "Exijo una *robe de chambre* para una redención completa", que únicamente podría parecer un dislate a quienes ignoran que en uno de sus aforismos había comparado el hecho de ser europeo a una vestimenta demasiado ajustada.)

Pero toda la energía mórbida del paciente se concentraba en un solo punto: su desconfianza, su temor, su agresividad, su odio, convergían hacia esos territorios casi infinitos que se extendían al este del muro y que, en su imaginación desquiciada, suscitaban los fantasmas más caprichosos y más extraños.

Parecía que, tal como él las concebía, las muchedumbres orientales hubiesen perdido todo atributo humano, transformándose en un hervor, viviente por cierto, pero de especies marginales que hubiesen seguido una evolución independiente de la nuestra, dando como resultado criaturas irreconocibles y equívocas, como esos seres que, en los orígenes de la vida, plasmaron en formas ilógicas y absurdas, transitaron un tiempo ciertas ciénagas confusas, y después desaparecieron. Le advierto que estas imágenes y estas comparaciones son del enfermo y no mías, y provienen de las muchas conversaciones que, en los períodos más calmos de su enfermedad, mantuvimos regularmente, y cuyas versiones resumidas figuran en la historia clínica que mi secretaria está preparando para hacérsela llegar. Estos detalles muestran en él una cultura literaria y científica muy superior al término medio, en la que sin embargo, a causa del terreno favorable de una particular excitabilidad y de un temperamento razonador propenso a la idea fija, la propaganda desenfrenada de los dos campos enfrentados a lo largo del siglo causó estragos irreparables.

Pero pasemos a la fase mórbida sobre la que usted me ha pedido detalles más amplios mientras espera tener en sus manos la historia clínica. Esa fase singular, vista desde el exterior tiene en apariencia contactos con la catatonía, pero ya sabemos que la catatonía propiamente dicha ha prácticamente desaparecido de la nosografía psiquiátrica gracias a los tratamientos neurolépticos, y además, si resultaba imposible indagar los estados de conciencia, si los había, en el sujeto catatónico, en el caso que nos ocupa, con la regresión de los síntomas, fue posible obtener del enfermo numerosas precisiones sobre esos estados.

La locura es como un alcohol violento: es obvio que esas criaturas dudosas que para su imaginación dislocada poblaban el más allá sombrío que se extendía del otro lado del muro, eran entidades enemigas y en constante acecho, munidas de las más elaboradas técnicas para observarnos en detalle y espiar cada uno de nuestros actos, por insignificante que fuese, y aun cada una de las intenciones, ni siquiera formuladas en voz alta, que los motivaban. El fracaso repetido de sus pretensiones reformadoras, de las que no le quedaba más remedio que admitir que no producían ningún efecto en la realidad, lo fue llevando gradualmente a un verdadero delirio persecutorio. De acuerdo con su propia lógica, la falta de cumplimiento por parte del bando al que pertenecía de los sacrificios propiciatorios que proponía, apuntalaba necesariamente la prosperidad de nuestros enemigos. Un período de agitación intensa siguió a esas conclusiones, donde intentó varias acciones desesperadas, como interponerse en ceremonias oficiales, penetrar en el Parlamento de donde fue expulsado por la fuerza pública, que tuvo como consecuencia un período de internación en un asilo de Bonn, o incluso, después de haber sido dado de alta, interrumpir un programa de televisión en directo, proclamando la gravedad de la situación, y exigiendo de las autoridades la aplicación inmediata de una serie de medidas que proponía. Debo confesar que, personalmente, siempre me ha intrigado en ciertos enfermos mentales el hecho de que, a pesar de que su mente parece haber sido acaparada enteramente por el delirio, conserven la ingeniosidad necesaria que les permite sortear los obstáculos racionales con que las personas supuestamente sanas pretenden defenderse de lo imprevisto. La perseverancia con la que H. era capaz

de burlar todos esos obstáculos, le ganó cierta popularidad en nuestra región, y aun en el ámbito nacional, transformándolo, durante un par de semanas, en una especie de héroe que con su astucia demostraba la inepticia arrogante de los poderosos, pero esa euforia popular, pasajera por cierto, ignoraba la desesperación que inducía a nuestro paciente a actuar de esa manera y, por supuesto, se olvidó por completo de él cuando sobrevino el inevitable derrumbe.

Recién seis meses después de la crisis, cuando médicos y familiares alimentamos durante algunas semanas la ilusión de una recuperación completa, el paciente accedió por fin a la confidencia, permitiéndome completar la historia de su delirio. La inmovilidad corporal en la que se mantuvo durante casi dos semanas, tan completa que le era imposible realizar sus funciones vegetativas sin el auxilio de un enfermero, y que nos obligó a alimentarlo por sonda a partir del segundo día, tenía desde su punto de vista un motivo justificado, que era el siguiente: en Berlín Este, un individuo designado por la policía secreta, remedaba cada uno de sus ademanes, gestos, movimientos en el momento mismo en que los efectuaba. Esta convicción, que comenzó de manera esporádica, se fue afirmando cada vez más, hasta convertirse en una verdadera obsesión. La sospecha se volvió certeza y la certeza, de intermitente que era, se hizo continua, y en cada uno de los instantes de la vigilia lo habitaba la conciencia de que el acto que se encontraba realizando (servirse un vaso de agua por ejemplo) o que pensaba realizar, era o sería ejecutado en forma simultánea por el otro, con una finalidad que nuestro paciente desconocía, pero de la que por supuesto daba por descontado que era de esencia maléfica. Durante cierto tiempo, cuando la impresión se presentaba a su mente, trataba de imaginar diferentes estratagemas para burlar el remedo del otro, aminorando o acelerando la velocidad de sus movimientos, o simulando iniciar una acción para derivar bruscamente hacia otra, y aun hacia su contraria, y si durante cierto tiempo creyó que esas maniobras bastaban para engañarlo, de un modo gradual lo fue ganando la convicción de que el otro poseía la habilidad necesaria para captar al milímetro sus intenciones y adecuar a ellas sus propios movimientos. Los miembros de su familia, con natural inquietud, lo veían realizar muecas y gestos de lo más extraños, por ejemplo comenzar a responder afirmativamente a una pregunta con un movimiento de cabeza, y en medio del movimiento cambiarlo de signo y transformarlo en negación, o bien adoptar expresiones incomprensibles, que no figuraban en ningún repertorio de expresiones complementarias del lenguaje en nuestros sistemas de comunicación, o que eran antitéticas respecto de la situación a la que debían aplicarse, como por ejemplo afectar repugnancia cuando comía sus caramelos preferidos o satisfacción cuando alguien lo contrariaba.

Todos tememos que alguien copie nuestras ideas, nuestras ocurrencias, todo aquello que constituye el conjunto diferencial de nuestra persona, pero esa situación afirma más nuestra supremacía que nuestra dependencia; pero que un ser fantasmal remede, como en un espejo, cada uno de nuestros actos cotidianos, de nuestros automatismos, de todos los signos exteriores, conscientes o inconscientes, con los que la materia viviente de nuestro cuerpo y la movilidad aérea de nuestra mente nos guían por la substancia translúcida del mundo, un personaje confuso y malvado, es desde luego muy diferente, y resulta evidente

que si se prolonga, esa situación puede desplazarnos, desde el umbral en el que generalmente acampamos, hasta el centro mismo del infierno: con otras palabras, es más o menos esto lo que transmitió el paciente en el momento de sus confidencias, cuya transcripción casi literal le estamos enviando por correo separado.

La inmovilidad forzada lo fue ganando hasta que se hizo total. Pero en esos días en que hubiese querido volverse piedra, las más ínfimas manifestaciones de su cuerpo, como la palpitación involuntaria de un párpado, por ejemplo, le causaban tanta angustia, tanto pánico, que el dolor ocasionado era semejante al que inflige en la carne viva la saña del tormento. Esos movimientos mínimos eran según nuestro paciente los últimos vestigios de vida que salían al exterior, y si el otro los captaba absorbería a través de ellos las últimas defensas de su víctima. Hasta que una mañana, bruscamente, sintió que el peligro había pasado y empezó a moverse otra vez. Debo decir que esa brusca extracción del ostracismo en el que había caído resulta para mí, desde un ángulo estrictamente científico, bastante problemática, induciéndome a no descartar del todo la hipótesis de una simulación, tan larga y minuciosa que ya en sí sería una prueba de demencia grave, y que sus supuestas confidencias sean una prolongación de la misma. Pero esto, estimado colega, es desde luego una simple hipótesis. Existe una elevada probabilidad de que, en el momento de la crisis, el tormento haya sido bien real.

Teniendo en cuenta que sus rarezas continúan, y aunque es posible hablar en su caso de un estado estacionario, la posibilidad de una nueva crisis no debe ser descartada, razón por la cual hemos decidido, la familia y yo, ponerlo entre las manos expertas de usted y sus reconocidos colaboradores. Por el momento podemos decir que, a pesar del desequilibrio tenaz, ya casi orgánico, de su personalidad, y gracias tal vez al tratamiento químico severo que se le administra, el enfermo se encuentra bastante bien. Su estado de ánimo actual, aparte de los disturbios periódicos sobre los que le informaba más arriba, parece tolerar cierta dosis de jovialidad que, como ocurre a menudo con los enfermos mentales, puede ser producto de un obcecado solipsismo, y no siempre se manifiesta en la situación apropiada. Pero una prueba de su inteligencia, que hubiese hecho de él en circunstancias normales un individuo valioso para sus semejantes, pero sobre todo de la singularidad de su carácter, es la manera en que durante una de sus últimas visitas me comentó la caída del muro y la reunificación de nuestro país. Confieso que me ha dejado un poco perplejo, incapacitándome a formular un diagnóstico seguro sobre su estado actual, lo que, como se lo he anunciado por teléfono, estimado colega, me indujo a solicitar su colaboración. Más que nadie, usted está al tanto de la ambigüedad esencial de todo discurso, que se vuelve aún mayor cuando a ese discurso es la locura quien lo profiere, impidiéndonos a veces distinguir la seriedad de la ironía, la prudencia del dislate, el delirio de la simulación.

Según nuestro paciente, al mismo tiempo que se aceleraban los contactos entre el este y el oeste, se multiplicaban las mutuas sospechas, las maniobras subterráneas, los golpes bajos de ambas partes, lo cual mantenía en estado de alerta a los servicios secretos respectivos. La supuesta apertura y el llamado

deshielo en las relaciones eran pura fachada, ya que los intereses del este y del oeste seguían siendo divergentes, y mientras se intercambiaban mensajes y delegaciones, las actividades más sórdidas del espionaje, rumores calumniosos, propaganda y desestabilización continuaban febrilmente.

Uno de los primeros signos de apertura fue el intercambio de delegaciones escolares que venían a visitar durante un día entero el lado de la ciudad opuesto a aquel en el que vivían. Apenas empezaba el buen tiempo, colectivos llenos de niños se cruzaban en la puerta de Brandeburgo pasando al este y al oeste, y los niños que realizaban las visitas eran recibidos por personalidades oficiales, instituciones, lugares de esparcimiento, etcétera. Poco a poco, los servicios secretos, según nuestro paciente, empezaron a sospechar que esas excursiones servían de pretexto para ciertas actividades de espionaje. Agentes dobles de los dos campos recibían información confidencial a través de esas visitas, pero todos los esfuerzos para descubrir el método de que se valían o descifrar los códigos que utilizaban resultaban infructuosos. Los colectivos, los guías y aun los niños eran minuciosamente registrados en la frontera pero, aunque ningún elemento anormal se ponía en evidencia, las informaciones confidenciales y los mensajes ultrasecretos seguían circulando de un lado al otro del muro. Nuestro paciente me reveló que él, después de haber reflexionado largamente sobre el tema, había encontrado la solución: los espías, a través de organizaciones escolares, federaciones de padres, mutuales, etcétera, les suministraban a los niños remeras de colores diferentes, con los más variados dibujos y leyendas, que, según un código que habían creado especialmente, combinaban de muchas maneras para formar un sistema de comunicación que les servía para transmitir toda clase de mensajes: colores, dibujos y leyendas en los torsos inocentes de los niños, constituían un verdadero alfabeto de la traición. Según nuestro paciente, los mensajes enviados al este de esa manera precipitaron la caída del muro. Pero sus supuestas revelaciones dejaron entrever al final un interrogante que, en tanto que psiquiatra, me parece más adecuado a su historia clínica: los espías del este, incorregibles, habrían adoptado el mismo método y, simulando haber perdido la partida, multiplicando al infinito el número de remeras, es decir de signos, van persuadiendo, con los discursos sibilinos que profieren, en silencio, los pechos infantiles, a sus supuestos vencedores, de aceptar la ineluctable invasión.

La tardecita

al ingeniero Saer

La historia, aunque a decir verdad los hechos escasos y simples que la constituyen, desde el punto de vista de las leyes del melodrama que imperan hoy en día en lo que podríamos llamar el mercado persa del relato, no alcanzarían a formar una historia, es más o menos la siguiente: un domingo a la mañana Barco, que acababa de cumplir cincuenta y dos años, buscando algún texto corto para leer antes del almuerzo, encontró una versión de *La ascensión del monte Ventoux* de Petrarca, y se instaló a leer en su estudio de abogado, en un sillón ubicado estratégicamente cerca de la ventana que daba al patio, para aprovechar al máximo la luz natural, de la que Barco era como se dice partidario ferviente cuando se trataba de lectura, aunque a causa de su trabajo únicamente de noche le quedaba tiempo para leer un rato antes de irse para la cama. El texto de Petrarca hacía años que no lo leía y si lo eligió fue más bien a causa de su extensión, para poder terminarlo antes de mediodía, porque Tomatis estaba en Buenos Aires y se había anunciado en Caballito para el almuerzo, con el fin de traerle su regalo de cumpleaños y presentarles, a Miri y a él, su nueva pareja una chica arquitecta que, según el sarcasmo de Miri, "por suerte gracias a su profesión podía hacer cosas un poco más constructivas que ponerse de novia con Tomatis", aunque Miri se olvidaba de que, treinta años atrás, Tomatis había estado enamorado de ella y ella, durante un par de semanas estuvo a punto de dejarse tentar por la cosa.

Lo cierto es que Barco se sentó esa mañana de domingo a leer a Petrarca. San Agustín —o, a estar con algunos, el colectivo publicitario de la iglesia primitiva que conocemos con el nombre de San Agustín— pretende que fue escuchando un sermón de San Ambrosio que se convirtió al cristianismo, lo que es igual que si hubiese sido leyéndolo, porque hasta entonces sólo se leía en voz alta, de modo que un sermón era una simple lectura comentada, semejante a lo que hoy llamaríamos una conferencia, y hay que reconocer que casi todas las grandes iluminaciones, exaltaciones, conversiones o revelaciones de los tiempos modernos provienen de la lectura. Pareciera ser que, en el estado actual de nuestra especie, siempre es necesario que lo poco que nos pasa de esencial le haya pasado primero a algún otro, de manera que sólo comparativamente podemos llegar a sentirnos, gracias a una lucidez pasajera, y muy de tanto en tanto, con fugacidad fragmentaria, lo que creemos ser o lo que tal vez somos.

A los pocos minutos de haber empezado a leer, Barco tuvo una experiencia semejante, pero no le advino ni un éxtasis ni una revelación, sino algo más íntimo y más querido: un recuerdo. Petrarca, que tenía desde hacía cierto tiempo la intención de escalar el Ventoux, cuenta que uno de los dilemas que se le presentaban era la elección de una compañía que fuese al mismo tiempo útil y agradable, y que después de haber vacilado entre varios de sus amigos, decidió llevar a su hermano menor, por el que sentía mucho afecto, pensando que la sabida, que no era a decir verdad más que un paseo largo y fastidioso, y no una verdadera aventura, le daría al muchachito a la vez instrucción y placer. Y, gra-

cias a las imágenes que, mientras avanzaba en la lectura, iban formándose en la parte más clara de su mente, el recuerdo, desde la oscuridad sin nombre y sin extensión o forma definida en la que yacía arrumbado o en la que derivaba desde hacía más de cuarenta años, nítido y entero, constituido de mil detalles hormigueantes y vivaces, hizo su aparición instantánea. Petrarca, y su hermano menor escalando la ladera polvorienta y atormentada del monte, se asociaron de un modo explicable pero inesperado, con un viaje que su hermano mayor y él, que tenía en ese entonces alrededor de diez años, habían hecho una tarde de otoño.

Existe siempre durante el acto de leer un momento, intenso y plácida a la vez, en el que la lectura se trasciende a sí misma, y en el que, por distintos caminos, el lector, descubriéndose en lo que lee, abandona el libro y se queda absorto en la parte ignorada de su propio ser que la lectura le ha revelado: desde cualquier punto, próximo o remoto, del tiempo o del espacio; lo escrito llega para avivar la llamita oculta de algo que, sin él saberlo tal vez, ardía ya en el lector. De modo que después de atravesar en un estado más bien neutro las informaciones del prólogo escrito por el traductor que había vertido el texto del latín al castellano, a los pocos minutos de empezar el relato propiamente dicho, Barco alzó la vista del libro y, con los ojos bien abiertos que no veían sin embargo nada del exterior, la fijó en algún punto impreciso de la habitación y se quedó completamente inmóvil, lleno hasta rebalsar del recuerdo que la lectura había suscitado:

un atardecer de Semana Santa, un miércoles al final de la tarde para ser más exactos porque, para aprovechar al máximo las vacaciones habían decidido lanzarse a la aventura el mismo miércoles al salir de la escuela, sin esperar hasta el día siguiente, con el fin de ganar la noche del miércoles y la mañana del Jueves Santo en el pueblo en el que pasaban todas sus vacaciones, de verano, de otoño, de invierno o de primavera. Casi todos sus tíos, tías, primas y primos vivían en el pueblo o en los pueblos vecinos y para Barco, hasta los 16 o 17 años por lo menos, el pueblo ése tirado en medio de la llanura, el puñado de manzanas geométricas dividido en dos por las vías del ferrocarril, había sido una especie de paraíso: ninguna otra felicidad podía igualarse a la que lo asaltaba ante la perspectiva de ir a pasar en él unos días. Y era justamente a causa de la impaciencia que se apoderaba de él que se habían encontrado, él y su hermano mayor, que le llevaba cuatro años, en esa situación, o sea caminando los dos al atardecer en medio de la llanura vacía, por el camino de tierra de unos quince kilómetros, que unía al pueblo con la ruta de asfalto donde los había dejado el colectivo de Rosario.

Al bajar del colectivo, habían esperado en el cruce una media hora sin que pasase un solo auto, y como se acercaba la noche, habían decidido empezar a caminar por el borde del camino de tierra, y a medida que se alejaban del asfalto la llanura se iba volviendo más desierta y más silenciosa. Como avanzaban hacia el oeste, en el fondo del camino recto y grisáceo, el disco rojo del sol, enorme y llameante, flotando no lejos del horizonte, parecía estar esperándolos con la intención de impedirles seguir adelante. Había llovido mucho la víspera, y el camino era un magma barroso en muchos trechos, donde algún vehículo,

tirado a motor o a sangre, se había atrevido a pasar, formando huellas profundas de las que únicamente los bordes rugosos se habían resecado un poco. El estado en que había quedado el camino después de la lluvia explicaba la ausencia inusual de coches, aunque en aquella época los autos y los camiones no eran demasiado frecuentes en el campo, y de todas maneras la situación en la que se encontraban había sido prevista por sus padres, ya que la madre había querido oponerse a que viajaran esa tarde, argumentando justamente que había llovido y que la noche podía sorprenderlos en el camino, pero el padre, que tenía cierta predilección por su hermano mayor (o por lo menos Barco así se lo imaginaba en aquel entonces y seguía imaginandoselo en la actualidad, aunque su padre había muerto hacía treinta años y su hermano el año anterior), había dicho que gracias a la prudencia y al sentido de responsabilidad de su hermano no iba a sucederles nada malo —de todos modos, en ese punto o en cualquier otro, bastaba que su madre tuviese una opinión para que su padre formulase exactamente la contraria, y lo mismo sucedía, pero al revés, cuando era su padre el que argumentaba en primer término.

La cuestión es que avanzaban, ansiosos por llegar pero lentos a causa del barro, por el camino solitario, hacia el gran disco rojo que, como se dice, ensangrentaba el cielo en el oeste. Las nubes que se arremolinaban en la altura no interceptaban el disco rojo vivo, como si, inmóviles y asumiendo las formas más diversas, se hubiesen apartado igual que cortesanos respetuosos para no ocultar, con sus masas fofas y toscas, la perfección circular y ardiente de su presencia misteriosa. A cambio de esa discreción reverente, el sol las teñía de sus tonos innumerables, encendidos, claros y brillantes en las inmediaciones del disco, y que iban haciéndose cada vez más oscuros y más fríos —naranja, rojo, rosa, violeta, azul— cuando iluminaban los copos algodonosos suspendidos hacia el este, en la porción opuesta del cielo. En el otoño ya avanzado, los campos de maíz parecían ruinas, con los tallos quebrados y grisáceos y las hojas color beige desgredadas, secas y colgantes, sugiriendo un ejército innumerable y fijo, aniquilado en una batalla reciente y del que hubiese vuelto a este mundo la muchedumbre de espectros, retomando el hábito de alinearse en orden para formar una teoría de almas en pena muda y amenazante. En un campo cercano, un rebaño de vacas negras había dejado de pastar, y los animales, orientados todos en sentido opuesto a la caída del sol, la cabeza un poco levantada como si estuviesen tratando de capear una señal remota, completamente inmóviles, todos en la misma actitud como si se tratase de la misma imagen plana reproducida cuarenta o cincuenta veces, le sugerían a Barco, en el momento en que estaba recordándolas, esas manadas que aparecen en las pinturas rupestres, más misteriosas por la extraña vida interior que emana de los animales que por las intenciones de los hombres fugitivos que los dibujaron en la piedra. Durante unos minutos de marcha únicamente oyeron el ruido de sus propios pasos, vacilantes y demorados, buscando suelo firme entre los trechos removidos de barro blando y los charcos de agua lisa que enrojecía el anochecer, hasta que, de algún punto lejano de la llanura un ganado invisible empezó a mugir, sacando al que tenían a la vista del sopor en el que parecía haber caído e incitándolo a seguir tascando en silencio. La inminencia de la noche cuya llegada, pata precipitar mi

mundo en la negrura, parecía ir acelerándose, oprimía el pecho de Barco y le anudaba el vientre, de modo que para que no se pusiese a temblar, hundió la mano libre — en la otra llevaba una valijita — en el bolsillo del pantalón.

Al cabo de un rato de marcha, a la izquierda del camino, a unos cien metros adelante, divisaron el cementerio. Por temor de percibir en él el mismo terror apagado que empezaba a invadirlo, Barco no se animaba a mirar a su hermano, ni siquiera de reojo, y fue en ese momento en que se dio cuenta de que la llanura, en ese lugar que había atravesado decenas de veces, idéntico por otra parte a muchos otros en sesenta o setenta kilómetros a la redonda — camino de tierra, alambrados, maizales, campitos de pastoreo, redondel rojo enorme al atardecer, cuadrado de muros blancos del cementerio y cipreses negros sobrepasándolos —, de habitual que habrá sido hasta ese momento, se estaba volviendo irreconocible y extraño. Era incapaz de formularlo así en ese entonces, pero una luz cintilante, ultraterrena, transfiguraba el espacio y las formas que lo poblaban, poniendo a la vista, del paisaje familiar, su pertenencia a un lugar desconocido en el que, hasta ese momento, ignoraba que había estado viviendo. Durante años sentiría el malestar de esa revelación hasta que, gradualmente, capas y capas de experiencia, como sucesivas manos de pintura sobre una imagen odiosa, terminarían por hacérsela olvidar, hasta que esa mañana la lectura de Petrarca la trajo de nuevo a la luz viva del recuerdo.

El chasquido de los pasos en el barro estallaba apagadamente y se dispersaba en el aire que ya empezaba a volverse azul, mientras que del disco enorme que interceptaba el camino en el horizonte ya no era visible más que el semicírculo superior, y desde hacía unos minutos las nubes multicolores de un rato antes ya se estaban poniendo negras. El muro blanco del cementerio, por encima del cual, aparte de los cipreses, emergían las cúpulas y las cruces de cemento de algunos panteones, fulguraba a causa de esa luz que no era de este mundo, y del semicírculo rojo incrustado al final del camino, una turbulencia ígnea, de un rojo en fusión, barnizaba todo lo visible con una substancia fluorescente en la que el rojo y el negro parecían neutralizarse mutuamente produciendo una luminiscencia insólita y glacial, una harina estelar, a la vez impalpable y magnética, de la que también ellos, su ropa, sus cuerpos, sus órganos internos, y hasta sus deseos y sus pensamientos hubiesen sido espolvoreados. Aunque únicamente esa mañana, cuarenta años más tarde, era capaz de formularlo de esa manera, Barco tenía la impresión atestar en el lugar remoto de un mundo cuyo centro podía estar en un punto malquiera del espacio, y que si en ese punto se encontrara el sentido de la totalidad, aun orando fuese contiguo al que estaban atravesando, e incluso el mismo por el que en ese momento caminaban, para ellos sería siempre inaccesible y remoto. Por primera vez sentía, sin saber que lo sentía, experimentando el terror de sentirlo sin gozar de la clarividencia resignada de cuarenta años más tarde, que el mundo no estaba fuera de ellos, sino que eran ellos los que le eran exteriores, y que el paisaje familiar en el que había nacido y que consideraba semejante al paraíso, era una lisura sin accidentes que toleraba un momento que la atravesaran hasta que, de golpe, se los tragaba sin dejar de ellos en la exterioridad neutra y distante la menor huella de su paso. El terror que se apoderó de él ignoraba esa evidencia; el carecer de nombre lo mul-

tiplicaba, y ya estaba a punto de aullar y de salir corriendo cuando, con suavidad, la mano tibia y un poco húmeda de su hermano se apoyó en su cabeza, en un gesto cuya intención se le escapaba un poco, en razón de esa relación peculiar que suele existir entre hermanos, íntima y distante a la vez.

—Me parece que oigo un motor— le dijo. Y era verdad: rateando, dando bandazos, el camioncito de la Liebre, el quiosquero, que había ido hasta el asfalto a buscar los diarios de la tarde y las revistas semanales que le llegaban por el colectivo de Rosario, frenó al cabo de unos minutos junto a ellos, y la cara rojiza de la Liebre apareció por la ventanilla, ostentando una sonrisa vagamente burlesca en los labiecitos fruncidos que le habían valido el sobrenombre, y sin decir palabra, con un movimiento jovial de la cabeza los invitó a subir.

Apenas oscureció, el camino se volvió todavía más dificultoso. La Liebre conducía concentrado y tenso, y esa noche, su hermano contaría, durante la cena, en medio de la risa general, cómo la Liebre, agarrándose firme del volante, inclinado hacia el parabrisas para auscultar mejor el camino e ir previendo los peligros, frenando y acelerando todo el tiempo, mientras ellos no se atrevían a desviar la vista de la luz de los faros que iluminaban el camino barroso, se hablaba a sí mismo en tercera persona, lanzándose advertencias, insultos o amenazas a cada resbalón o bandazo demasiado violento que desviaba al coche de la dirección que llevaba y daba la impresión de que iba a mandarlo a la cuneta o a volcarlo: "Tené cuidado, Liebre. No boludiés. Afloja con el acelerador, Liebre. Ojo que hay un pozo adelante". Y así durante la hora que le pusieron para recorrer diez o doce kilómetros. Pero Barco no le prestaba atención: se iba calmando de a poco, como cuando al despertar de una pesadilla, cuesta un buen rato todavía convencerse de que se ha vuelto a la vigilia y que la substancia opresiva del sueño se ha disipado. En la entrada del pueblo, por fin, lo familiar se restableció: era otra vez él, él, Horacio Barco y estaba llegando al pueblo con su hermano para pasar las vacaciones de Semana Santa. Pero esa vez no era felicidad lo que sentía, sino únicamente alivio. Cuando empezaron a rodar por la arboleda exterior que unía al camino con el pueblo, ya era noche cerrada desde hacía un buen rato. De las casitas pobres de las afueras, salían gritos, risas, ladridos de perros alertados por el motor del camioncito, música y voces que mandaba la radio, y por las ventanas, proyectándose sobre los patios, las paredes, las veredas de tierra o de ladrillos, las copas de los árboles, colgando en los cruces de las primeras calles, luces débiles pero cálidas, insignificantes en relación con la negrura sin fin de la llanura, pero amistosas, próximas, fragilísimas, y nacidas, como él, que las estaba viendo pasar, en ese mundo y en ningún otro, aunque a partir de ese día le quedara por averiguar, y seguiría intentándolo, sin conseguirlo, hasta el momento de su muerte, qué clase de mundo era.

Gens nigra

Las criaturas oscuras que observo todos los días desde mi oficina —trabajo

en el sector administrativo de los ferrocarriles nacionales — dan la impresión de haber reglamentado al milímetro no únicamente su funcionamiento biológico, sino también su vida imaginaria. Parecen atrapadas en el círculo vicioso de sus costumbres, de sus creencias irrazonables, de sus fantasías. Las he bautizado para mí mismo la *gens nigra*, a causa como es obvio de su común aspecto exterior, pero también de las muchas afinidades que saltan a la vista cuando comparo sus diferentes comportamientos.

El verano pasado, alrededor de mediodía, a la hora del aperitivo, que tomaba en la terraza de una pensión modesta en una playa del Mediterráneo, me gustaba seguir con la mirada desde mi perezosa el vuelo de una gaviota que, todos los días a la misma hora, recorría tres o cuatro veces el perímetro en semicírculo de la bahía, para ir a asentarse después en la misma roca, desde la que organizaba, planeando lento y bajo esta vez, expediciones de pesca por los alrededores. Esas expediciones cortas y casi siempre exitosas eran imprevistas y variadas, impuestas por algún estímulo exterior, la aparición de una presa por ejemplo o algún movimiento o brillo del agua que podía dar esa impresión, y su carácter aleatorio resaltaba todavía más comparado al vuelo circular con el que recorría el perímetro de la bahía, a una altura constante e impulsándose con un aleteo tan regular que daba la impresión, ese aleteo, de ser el motivo principal del vuelo, como si se tratase de un ejercicio deliberado. Parecía una reina recorriendo todos los días sus dominios para verificar, menos con el fin de exhibir su poder que con el de experimentar una exaltación íntima, que cada uno de los elementos que los constituían seguía estando en su lugar.

Si en esta gran ciudad de Europa occidental en la que vivo (su nombre es secundario) algunos miembros de la *gens nigra* actúan en forma similar, no debemos engañarnos: no se trata para nada de casos idénticos. La *gens nigra* es más complicada; puede ser que la voluntad de poder y el éxtasis como fin en sí la tienten de vez en cuando, pero siempre llegarán hasta ellos por trayectos atormentados.

Vale la pena describir el paisaje que tengo el privilegio de contemplar todos los días desde mi oficina: aunque es considerada como una de las ciudades más hermosas de Europa, por la acumulación justamente de edificios y de conjuntos armoniosos que la componen, conservados de los siglos pasados, y cuya antigüedad puede llegar a veces hasta más allá de la Edad Media, el barrio en el que se encuentra mi oficina, si bien está en pleno centro, es una isla de líneas rectas, de torres de veinte, treinta y hasta cuarenta pisos, en las que predominan el aluminio, el vidrio, la sucesión interminable de verdaderas y de falsas ventanas, las superficies blancas que ennegrecen o están recubiertas de un curioso verde metalizado, todo dispuesto alrededor de una gran estación de ferrocarril (lo que explica la presencia de mi oficina), de un rascacielos administrativo, de un centro comercial, y de un hotel de lujo de treinta pisos. En el límite este, el conjunto que estoy describiendo termina brusco contra una avenida del siglo diecinueve y hacia el oeste, en una plaza amplia y circular, ventosa y desolada, más vieja por su aspecto que los barrios medievales aunque apenas si tiene una década de existencia, y que con sus falsas columnatas integradas a los frentes, sus dinteles dóricos añadidos caprichosamente como pretendidas citas clásicas,

muestran la verdadera finalidad de la estética postmoderna, que es convencer a concejales mareados por la argumentación, de la necesidad de poner dinero en costosas obras públicas, asegurándoles que lo clásico y lo moderno se armonizan lo más bien, para hacerles perder, con esos argumentos, el miedo a las vanguardias supuestamente dogmáticas y turbulentas.

Mi oficina es un punto privilegiado de observación: desde mi ventana puedo ver, del otro lado de la calle ancha, el hotel internacional que, con su torre de treinta pisos de un blanco deslumbrante, aplasta el centro comercial, los restaurantes y los bares que, a la altura de la planta baja, se abren a sus costados a todo lo largo de la cuadra. En ese rascacielos blanco de renombre mundial en el que se alojan temporariamente reyes, estrellas de cine y jugadores de fútbol, grupos de turistas japoneses y grandes industriales, vive aunque parezca mentira una pareja de cuervos, tan renegridos como blanco es el edificio que los cobija. Me es difícil descubrir en qué lugar exacto del edificio está el nido, pero es en la altura, cerca del techo, donde se los ve más seguido, intensidad negra y en movimiento recortándose allá arriba contra los planos inmóviles y blancos del hotel, tan grandes y tan negros, con su pico amarillo y su vuelo singular, merodeando por las salientes geométricas del rascacielos, y tan perfectos en su género que, más que verdaderos cuervos, parecen esquemas de cuervos, el arquetipo ideal que presidió, antes de la repetición injustificada y demente de individuos más o menos idénticos, durante millones y millones de años, las diversas tentativas de la materia y las variaciones imperceptibles que se produjeron hasta dar con la forma definitiva. (Es evidente que en lo que llaman naturaleza, algún mecanismo empezó a funcionar mal a partir de cierto momento, y ese desperfecto es la única explicación más o menos racional de la sempiterna y superflua repetición de lo idéntico que practica.)

Pues bien: esa pareja de cuervos, instalada a espaldas y casi podríamos decir a costillas de las luminarias mundiales del espectáculo y de los autores de *best-sellers* planetarios, efectúa todas las mañanas, más o menos a la misma hora que, como por casualidad, entre las doce y la una, es la del aperitivo, el mismo vuelo circular de la gaviota, sacudiendo las alas con un ritmo regular y a velocidad constante, abarcando un perímetro bastante amplio que engloba, con exactitud maniática, todo el espacio ocupado por la edificación reciente, monoblocs administrativos, instalaciones y jardines de la estación, parques simétricos, canchas de tenis rojizas y rectangulares, circunferencia postmoderna declamatoria y desolada. El resto de la ciudad, con sus así llamados tesoros arquitectónicos de los siglos evaporados, no parece interesarles. Tal vez los colores claros de la arquitectura reciente son un estímulo sensorial que, en medio del océano de pizarra y de fachadas grises desplegado a su alrededor, motivan su expedición cotidiana de reconocimiento, o quizás adivinan, por la posición del sol en el cielo que a nosotros, seres horizontales, nos es indiferente, que algo esencial sucede en el universo y ellos, a su modo, con su vuelo solemne, lo celebran. Lo cierto es que rigurosamente puntuales no según el convencional tiempo humano, sino el más férreo del cosmos, los cuervos realizan un par de veces su vuelo circular. Aun cuando su perímetro pudiera explicarse por los estímulos sensoriales específicos de la edificación moderna, queda todavía por explicar

la razón de la hora y, sobre todo, la renovación cotidiana de la ceremonia, detalles que no parecen presentar el menor fin utilitario, ya que para alimentarse tienen varios jardines vecinos a su disposición, que no se abstienen de visitar, ruidosa e incluso brutalmente, a cualquier hora del día. Tales son, entre otros, los comportamientos crípticos de la *gens nigra*, y es obvio que la ciencia ornitológica debe tener para explicarlos una serie de argumentos inconvincentes pero razonables.

Otros miembros de la *gens nigra* no son menos extravagantes: un jardincito de tres por cinco, en el sentido figurado y literal del término, ya que es un espacio rectangular de quince metros cuadrados, enmarcado por un cerco de arbutos bien recortados, con una alfombra de pasto y un círculo de rosales en el centro, recibe varias veces por día la visita de una pareja de mirlos, él de un negro renegrido, ella tirando a marrón. Vienen a comer con una aparente urbanidad burguesa, pero de tanto observarlos me parece haber detectado en ellos una ligera perversión.

Un gato del lugar, color noche cerrada, miembro eminente de la *gens nigra*, sin domicilio fijo, nacido en algún rincón discreto de los jardines de la estación, viene a darles caza, varias veces por día, pero *únicamente cuando no están*: en ausencia de los mirlos, el micifuz despliega todas las artes, todas las astucias, todas las mímicas y todas las actitudes del felino que rastrea, acecha, y salta por fin, sin error posible, sobre su presa, reptante, cuadrúpeda o alada, hasta que por fin, un poco melancólico por lo superfluo de su representación, con la misma indolencia aparente con la que ha llegado, se retira, no sin evocar esa comprobación corriente entre los teólogos, según la cual cuando el demonio exagera de un modo teatral, para darnos miedo, su propia ferocidad, podemos considerar su conducta como un signo inequívoco de impotencia. Durante semanas realiza una y otra vez su expedición fantasmática, cuando no hay ningún ser viviente en el rectángulo verde. Pero apenas se ha retirado, digamos entre cinco y diez segundos más tarde, la pareja de mirlos, como si no hubiese advertido nada, salida quién sabe de dónde, aterriza con displicencia y gracia en el pasto desteñido y raleado por el invierno. Ese ir y venir dura desde hace tiempo, pero más allá del aparente aire casual que adoptan los acontecimientos, me parece que, como sucede con cualquier hijo de vecino, para los miembros de la *gens nigra* espacio y tiempo, deseo y objeto, error y esperanza, desdén y crueldad, tienen la misma esencia problemática de todo aquello que, por capricho o indiferencia, nos pierde o nos salva.

Con el desayuno

a Juan Carlos Mondragón

Goldstein tenía 21 años en 1943, cuando lo deportaron a un campo de concentración, por el triple motivo de ser judío, comunista y miembro de la Resistencia. No lo mataron, porque es sabido que los campos nazis eran en principio

campos de trabajo, y los alemanes pretendían ganar la guerra gracias al trabajo de los más vigorosos de sus enemigos. A los que no les servían, enfermos, chicos, ancianos, los asesinaban inmediatamente, pero a los más jóvenes los hacían trabajar. En cierto sentido los campos nazis, por la manera en que se había organizado el trabajo de los prisioneros, piensa Goldstein, representan un ejemplo *avant la lettre* de lo que podría llegar a ser la última etapa de la llamada desregulación del mercado laboral. Por lo tanto, Goldstein está convencido de que fue su condición de mano de obra barata lo que le salvó la vida.

Los nazis estaban a punto de fusilarlo por tentativa de evasión, cuando justo llegaron los aliados (que no encontraron ni un solo soldado alemán en todo el campo), de modo que esta mañana, mientras desayuna en el bar Tobas, en Córdoba y Pueyrredón, tiene setenta y seis años y todavía sigue yendo a la librería, más para distraerse que otra cosa, ya que cinco años atrás le dejó el negocio a sus dos empleados, que le pasan una renta mensual. Su mujer murió hace tres años. Su hija mayor, que tuvo que irse del país con el golpe de estado del 76, se casó con un catalán y se quedó a vivir en Barcelona. La menor, que es psicoanalista, tiene poco tiempo libre los días de semana, así que únicamente ciertas noches y a veces ciertos domingos pueden verse para comer juntos, pero de todos modos, a causa de algunas diferencias políticas, sus relaciones con ella son un poco más difíciles que con la mayor. Los jueves a la noche tiene una reunión en la Mesa de Derechos humanos, y los viernes, su partida de poker semanal. Es por lo tanto el día, desde la mañana bien temprano cuando se despierta hasta que anochece, lo más difícil de llenar.

Después de la vacilación matinal, ante las interminables horas que se aproximan, el desayuno que, como incluye la lectura del diario, dura un buen rato, es un momento de actividad, sobre todo interior, ya que la memoria y la inteligencia, reverdecidas por las horas de sueño y por la ducha tibia que relaja el cuerpo atenuando los pequeños dolores óseos y musculares que lo tironearán durante el resto del día, se concentran con mayor facilidad y acogen con nitidez imágenes y pensamientos. El desayuno es, desde hace unos doce años más o menos, siempre el mismo: café con leche azucarado, jugo de naranja, dos medialunas, y un rato más tarde, después de haber leído buena parte del diario, un cafecito solo, concentrado y amargo, y un vaso de agua. La mesa es casi siempre la misma; entrando, a la derecha, la última junto al ventanal que da a Pueyrredón. Cada mañana, al entrar en el local, saluda al dueño que está detrás de la caja y se encamina a su sitio, sentándose en el rincón de cara a la entrada, bajo el televisor apagado.

—¿Siempre apechugando a la matina, don Goldstein? —le dice el mozo catamarqueño, depositando las medialunas y el jugo amarillo sobre la mesa, sin esperar el pedido mientras el dueño, detrás del mostrador, ha empezado a prepararle el café. Media hora más tarde más o menos, bastará una seña casi imperceptible de Goldstein en dirección a la caja para que el cafecito cuidadosamente preparado, acompañado por el vaso de agua, aterrice sobre la mesa. Por ahora, desplegando el diario, le responde al mozo con jovialidad distraída y con el ligerísimo acento de los viejos judíos aporteñados del Once y de Balvanera.

—Qué querés, Negro, me opio si no en la cama.

El jugo fresco, recién exprimido, ácido y dulce a la vez, le da una pequeña sacudida de optimismo cuando toma el primer trago, lo que podría probar, puesto que el efecto energético de las vitaminas no ha tenido tiempo de actuar todavía, que el placer en sí mismo es un estímulo en la vida. Sopar las medialunas en el café, absorbiéndolo poco a poco, le dificulta la lectura del diario, lo que lo incita a engullirlas rápido, menos por avidez que porque quiere tener las manos libres para poder manipular con más facilidad las grandes hojas de papel impreso que se pliegan y se despliegan, indóciles y ruidosas. Por fin las domina y se concentra en las noticias políticas nacionales e internacionales, en las páginas de economía y en las de cultura, echa una ojeada a las novedades deportivas y al estado del tiempo, para terminar con las historietas y los programas de televisión. Después vuelve atrás y lee con atención los artículos de fondo de los columnistas, a algunos de los cuales conoce personalmente porque son clientes de la librería, las cartas de los lectores y los editoriales. De tanto en tanto ha ido tomando un trago de café con leche o de jugo, hasta terminarlos, y por último, cuando ya no le quedan más que unos pocos minutos de lectura, hace una seña para que le traigan el cafecito y el vaso de agua.

Esa ceremonia que se repite todas las mañanas desde hace tantos años es en realidad el preámbulo a los minutos de meditación que le suceden. Pero tal vez es una licencia poética llamar a ese estado una meditación, porque una meditación presupone cierta voluntad consciente de pensar sobre temas precisos, y en su caso sólo se trata de mecanismos asociativos autónomos, casi mecánicos que, todas las mañanas, después del desayuno, se instalan en su interior, y lo ocupan por completo durante un rato. Visto desde fuera, es un anciano apacible y limpio, vestido con sencillez y que, como tantos otros habitantes de la ciudad, toma su desayuno en un café de Buenos Aires. Por dentro, sin embargo, cada mañana, durante unos pocos minutos, a causa de esa asociación inconsciente a cuya repetición puntual ya se ha resignado después de tantos años, se dan cita, en la zona clara de su mente, todas las masacres del siglo. Él las contabiliza y a medida que se producen otras nuevas las va agregando a la lista, de tal manera que cuando las evoca y las enumera, no puede evitar que le vengan a la memoria los versos de Dante:

*...venía si lunga tratta
di gente, ch'i' non averei credutto
que morte tanta n'avesse disfatta.*

Tal cantidad de gente, que nunca hubiese creído que la muerte deshiciera a tantos: y de esa muchedumbre de fantasmas, estaban excluidos los que habían muerto en los campos de batalla, o por accidente, o de enfermedad, o se habían suicidado, o incluso habían sido ejecutados por los crímenes que habían cometido. No: contabilizaba únicamente todos aquellos que habían sido exterminados no por su peligrosidad, real o imaginaria, sino porque, por alguna razón que ellos solos consideraban legítima, sus asesinos decidieron que no debían vivir: los armenios para los turcos por ejemplo (1.300.000), o los judíos (6.000.000), los gitanos (600.000) y los enfermos mentales (cifra desconocida) para los nazis. En Rwanda, los tutsis (800.000) para los hutus. Para los nortea-

americanos, los habitantes de Hiroshima y Nagasaki (300.000), los opositores de Suharto en Indonesia (500.000) O los irakíes durante la guerra del Golfo (170.000). Para Stalin, que percibía la totalidad de lo Exterior como una amenaza, varios millones de los espectros que, según en él, lo acechaban en ella. Y después esas masacres locales, en las que, en una tarde, en una semana, varias decenas, o centenas o miles de personas morían en manos de sus verdugos quienes, por razones inexplicables, en los que ningún interés razonable entraba en juego, no los toleraban en este mundo: indios, negros, bosnios, serbios, cristianos, musulmanes, viejos, mujeres (un asesino en serie había matado cerca de sesenta en Estados Unidos, todas rubias, de cierto peso, cierta silueta, cierto peinado, entre veinte y treinta años de edad). Bien mirado, todos eran crímenes en serie, puesto que las víctimas siempre tenían algo en común para los asesinatos, y era por eso que las mataban: para los turcos, los armenios eran todos armenios y sólo armenios, y sólo porque eran armenios los exterminaban, del mismo modo que el asesino en serie norteamericano mataba rubias y únicamente rubias, y únicamente porque eran rubias las mataba.

Aunque se definía a sí mismo como ateo y materialista, y se jactaba con frecuencia de serlo, Goldstein pensaba también que los dioses no salían indemnes de ese carnaval que desfilaba en su mente todas las mañanas, con el desayuno, y en la mayoría de los casos, ya sea que sus fieles estuviesen en el campo de las víctimas o de los verdugos, que muchas veces cambiaban de papel según las circunstancias, los dioses sufrían los efectos perversos de esa carnicería. Muchos desaparecían o, con los cambios de sus adoradores, cambiaban designo, perdiendo su identidad o sus atributos más importantes, y otros revelaban aspectos ocultos en los que hasta ese momento nadie había reparado. Era probable que muchas veces hayan huido aterrados, lo que hubiese sido casi deseable, porque la indiferencia con la que abandonaban sus creyentes a la crueldad de sus verdugos, era a decir verdad abominable. En otros casos, cuando los asesinatos los invocaban como pretexto para sus masacres, o bien los tergiversaban o bien los desenmascaraban: no había otra explicación posible. Por otra parte, con cada serie que desaparecía —tal tribu del Matto Grosso por ejemplo, en manos de los grandes propietarios—, montones de dioses, que habían concebido, engendrado y organizado el universo para ofrecérselo como regalo a los hombres, se borraban para siempre con el universo que habían creado y con las criaturas que lo habitaban. Y si los sobrevivientes, después de lo que le había sucedido a la inmensa mayoría de la serie a la que pertenecían, seguían adorando a los dioses que habían permitido que tales cosas sucedieran, no solamente profanaban la memoria de los que habían desaparecido, sino que se ridiculizaban y, por esa misma razón, también volvían ridículos a sus dioses.

"¡Que no haya eternidad, y si hay, que no haya, al menos, en ella, asociaciones!", empezó a repetirse en secreto Goldstein, en los primeros meses en los que esa asociación inconsciente y autónoma, cuya causa precisa (el primer término de la asociación) no podía descubrir, se apoderaba de él todas las mañanas, con el desayuno, y no lo abandonaba hasta que salía a la calle y, mezclándose al tumulto del presente, se dejaba envolver por el rumor de las cosas. La asociación mental como infierno: para Goldstein, en esos primeros meses, esa

expresión hubiese debido ser el título de un imprescindible tratado. Los cálculos más absurdos agitaban sus pensamientos, y consideraba todos esos crímenes no desde el punto de vista de la compasión o de la ética, si no en cuanto a la cantidad de víctimas en relación con la extensión en el tiempo de las masacres, como si se tratara de un problema de álgebra. Pero tantos meses, tantos años, duró esa posesión obstinada, ese odioso teatro matinal, que se fue acostumbrando a su presencia, hasta gastar la angustia que la acompañaba, y una buena mañana terminó por comprender, resignado: "el primer término de la asociación es mi vida". A la angustia de los primeros tiempos, la suplantó una impresión extraña, que persiste todavía y cierra el episodio cada mañana: la increíble sensación de estar vivo, ante el interminable desfile de fantasmas. El hecho le parece improbable, ficticio, fragilísimo, y su precariedad misma hace bailar, durante una fracción de segundo, al universo entero en el filo del abismo.

Los dos años que pasó en el campo de concentración, si bien fueron en su momento una intolerable pesadilla, al poco tiempo de salir, Goldstein, aunque parezca mentira, empezó a considerarlos como un azar favorable en su vida. Su argumento es el siguiente: a los 21 años, tenía una visión demasiado optimista del mundo. Si al final de la guerra se hubiese encontrado sin esa experiencia, sus prejuicios optimistas hubiesen seguido distorsionando su percepción de la realidad. El crimen, la tortura, las masacres, definían mejor a la especie humana que el arte, la ciencia, las instituciones. Ante sus interlocutores perplejos, Goldstein (que algunos consideraban un poco excéntrico en sus opiniones, por no decir ligeramente chiflado) afirmaba que, en tanto que hombre, su cuerpo y su mente habían sufrido en el campo de concentración pero que, en tanto que pensador, esos dos años representaban para él su diploma "con felicitaciones del jurado" en antropología.

Cuando termina el café y pliega el diario, Goldstein deja sobre la mesa dinero suficiente para el desayuno y la propina, y lanzando un "¡Hasta mañana!" afable y general, sale al sol de la esquina y al estruendo de las dos avenidas que se cruzan: para los clientes de paso, que lo observan con curiosidad fugaz, es un viejo limpio y jovial, bien conservado a pesar de los años, representando probablemente menos de los que tiene, y a quien a juzgar por su aire enérgico y satisfecho, no parece haberle ido tan mal en la vida.

Nochero

El hombre, de unos treinta años, se ha detenido hace un momento ante la vidriera de la confitería: parece absorto en la contemplación de las golosinas, acomodadas con meticulosidad para hacer resaltar cierta combinación de gustos, formas y colores. Los bombones, alineados sobre bandejas plateadas, envueltos en papel metálico verde, azul, colorado, según el relleno tal vez, o si no sin envoltorio ninguno, ocupan, en profusión ordenada, el centro de la vidriera; masas cuidadosamente colocadas dentro de unas bandejitas de papel blanco, duro y acanalado, cuyos bordes, terminados en una especie de puntilla gruesa que recuerda vagamente una prenda interior femenina, escoltan, alineadas alrededor, el centro ocupado por los bombones. El hombre fuma: la mano izquierda, metida en el bolsillo del sobretodo de cuero rígido y brillante, que parece recién comprado, roza, sin que el hombre sea consciente de ello, los dos o tres billetes plegados unos dentro de los otros en el fondo del bolsillo.

En realidad, los ojos del hombre no miran las golosinas de la vidriera, sino el perfil de la nena que está casi pegado al vidrio. La nena, que por alguna razón se ha demorado a la salida de la escuela, ya que el delantal blanco se le divisa por debajo del ruedo del tapadito y lleva un portafolios de tela en la mano, tiene nueve o diez años y su mirada recorre, más como si estuviese haciendo un inventario imparcial que con verdadera avidez, el orden rococó que se despliega ante ella, detrás del vidrio. En la cara del hombre, limpia y bien afeitada, comienza a dibujarse una sonrisa imprecisa, un poco torpe, y se ve bien que está preparándola con anticipación para cuando la nena se dé vuelta, o tal vez piensa recorrer, de un momento a otro, sobre la vereda gris, los pocos pasos que lo separan de ella con el fin de dirigirle la palabra. La gente pasa, apurada, en el anochecer helado, por la vereda y por la calle, cerrada al tránsito todavía, sin prestar la más mínima atención a la escena discreta que transcurre junto a la vidriera de la confitería. Hace demasiado frío; el día nublado se hunde ya en la noche sin estrellas, y dentro de pocos minutos los negocios empezarán a cerrar, de tal manera que las escasas personas que se han visto obligadas a salir a la calle se apresuran con el fin de llegar lo antes posible a sus casas para comer algo rápido antes de que empiecen los primeros programas nocturnos en la televisión.

Únicamente el Gato presta atención a la escena: sentado a una mesa junto a la vidriera del bar Gran Doria, en la vereda de enfrente, sin que nada en su expresión o en sus gestos traicione su interés, el Gato observa lo que está pasando junto a la confitería mientras su mano, distraída, hace girar sobre la mesa el vaso de aperitivo rojizo del que ya se ha tomado más de la mitad. Un cigarrillo a medio consumir humea en la muesca del cenicero amarillo, triangular, en cada una de cuyas caras exteriores está inscripta la publicidad del vermouth Cinzano. El Gato lo recoge y le da una pitada profunda antes de aplastarlo en el cenicero, y a través del humo que sale en chorros espesos por sus labios entreabiertos, ve ahora que el hombre recorre la distancia que lo separaba de la nena

y le dirige la palabra. Casi en seguida, el hombre señala con la mano la vidriera y la nena, sin dejar de sonreír, sacude la cabeza. Pero el hombre insiste, y después de una resistencia blanda y no demasiado larga de la nena, el Gato los ve entrar en la confitería y dirigirse a una empleada de guardapolvo blanco que comienza a sacar bombones de la vidriera y a meterlos en una caja. En todo el campo visual del Gato, la confitería es el punto más iluminado: todo en su interior es nítido, brillante, ordenado, pulido, y verlo a través de los dos vidrios lo vuelve irreal, visible pero incorpóreo, quizás como un decorado teatral o como un sueño, o, mejor aún, como un espejismo. Ahora que han salido de nuevo a la vereda y se han vuelto a parar, de espaldas a la vidriera esta vez, el Gato, con la imparcialidad esterilizada de un jefe de laboratorio observando el comportamiento de dos ratas en el interior de un laberinto transparente, se pregunta cuál será el próximo paso que habrán de dar. No ha terminado de formularse la pregunta que ya la acción empieza a materializarse: el hombre de sobretodo de cuero, que llevaba la caja de bombones, la extiende hacia la nena que, después de vacilar unos segundos, con la misma blandura un poco avergonzada con que ha recibido la primera invitación, termina por aceptarla. El hombre le dice algunas frases discretas, rígido, sin inclinarse hacia ella, tratando de no llamar la atención, y después empiezan a caminar, lentos, el hombre ligeramente vuelto hacia la nena, como si la vigilara para impedirle arrepentirse, con su solo mirar férreo clavado en el perfil diminuto y en apariencia indiferente de la nena. Se desplazan contra el fondo iluminado de la confitería y el Gato, que los observa desde el Gran Doria, los sigue con la mirada hasta que desaparecen de su campo visual. Durante un momento, queda la vereda vacía, y si bien nadie pasa por la calle, detrás de las vidrieras iluminadas de la confitería, en el local iluminado, se inmovilizan las empleadas de guardapolvo blanco que, en la luz intensa que las favorece, parecen frescas y sanas aunque un poco fantasmales.

Después de darle la última pitada al cigarrillo y aplastarlo en el fondo del cenicero, el Gato se ha inmovilizado, siguiendo a la distancia los acontecimientos sin ningún sobresalto o emoción. Como si hubiese sido una máquina cuyo funcionamiento se limitase a percibir y a comprender, ha registrado la escena con una claridad semejante a la del interior de la confitería, en la que, si bien hay un elemento remoto y fantasmal, nada interfiere el brillo, el orden y la transparencia. Ahora que se lleva el vaso de aperitivo rojizo a los labios y se toma un largo trago, su cuerpo, como si fuese de acero macizo por dentro, no manda ningún latido, ninguna palpación, ninguna señal. Cuando ve reaparecer al hombre de sobretodo de cuero, en dirección contraria a la que llevaba al alejarse con la nena, marchando a paso rápido por la vereda de la confitería y desaparecer otra vez doblando la esquina sin darse vuelta, y uno o dos minutos más tarde a la nena en compañía de una mujer que visiblemente es su madre y que, entrando en la confitería, empieza a interrogar con vehemencia a las empleadas, el Gato se desentiende de la acción. Aunque, tal como se ha producido, el final no estaba previsto, mientras vacía de un trago su vaso, el Gato ya ni recuerda los minutos que acaban de transcurrir: es un hombre rubio, de unos treinta años, que está sentado a la mesa de un bar en un anochecer de invierno y que, habiendo terminado de un solo trago su aperitivo, empieza a levantarse

con la intención de ponerse el sobretodo de cuero plegado sobre el respaldo de la silla, antes de salir a la calle porque, en algún barrio oscuro, en un punto alejado de la ciudad, unos amigos lo esperan para la cena.

Deseos múltiples

En nuestro país, antes de la caída del dictador, se le atribuían todos los males del mundo a él y a su familia; después, fue fácil comprender que, en el tren de desgracias que viene arrollándonos desde hace siglos, la familia y la camarilla del dictador eran únicamente una plaga suplementaria. Antes de su llegada las cosas no iban mucho mejor, y mis compatriotas suelen atribuir esa persistencia de lo adverso a los componentes dispares de nuestra nacionalidad, tracios, dacios, romanos, judíos, eslavos, teutones, turcos, etcétera. A un habitante de esta región le cuesta siempre decidirse a aceptar como predominante uno de esos rasgos, y el único que llegó a elegir algo unívoco, el conde monomaniaco de Transilvania, tan inexplicablemente célebre en el mundo entero, debió resignarse, para expiar su deseo original, repetitivo y excluyente, a llevar una existencia de cadáver. Estas reflexiones me ha inspirado el caso de un paciente del que vengo ocupándome desde hace algún tiempo.

Pero mejor me presento: soy la doctora Sofía Irinescu, psiquiatra, profesión que a muchos les parecerá sospechosa si agrego que hice una buena parte de mi carrera en los hospitales, en una época en la que encerrar a mucha gente en el psiquiátrico era una manera de aplicar, contra quienes emitían críticas razonables sobre el régimen, el odioso argumento *ad hominem*. El gran Conducator estaba tan convencido de su infalibilidad que, según él, únicamente a un enfermo mental se le hubiese ocurrido objetarla. Debe reconocerse sin embargo que también terminó siendo víctima de una confusión lógica, por no decir de un sofisma, de acuerdo con esa distinción de Aristóteles según la cual ciertos argumentos son verdaderos y otros únicamente lo parecen: los jueces del Conducator, que eran en su mayor parte sus ex colaboradores, le hicieron creer la opinión pública que, del hecho de mostrar por televisión el juicio sumario y la inmediata ejecución capital del dictador y de su esposa, debía inferirse la legalidad y la justicia de esos actos. Estas reflexiones generales por parte de un psiquiatra pueden parecer superfluas, pero quiero mostrar con ellas que mi vida profesional, ya que la íntima no viene al caso, transcurrió bajo regímenes políticos muy diferentes, de modo que más de una vez las circunstancias me llevaron a preguntarme si los trastornos mentales poseen una estructura propia, invariable e indiferente a lo exterior, o si sus manifestaciones cambian con los cambios de gobierno. ¡Cuántos colegas, al leer las frases que preceden, pondrán indignados el grito en el cielo!

Los ejemplos que me dispongo a exponer son sin embargo de lo más su-

gestivos. Durante la dictadura, muchos de mis pacientes presentaban síntomas inequívocos de apatía. Poco a poco los iba agostando, hasta volverlos casi inexistentes, durante años, el desgano. Todo objetivo les parecía, más que inalcanzable, inútil o superfluo. Al principio atribuían esa incapacidad de acción a algún gusano misterioso que los iba royendo desde dentro, pero cuando el mal, por decirlo de algún modo, maduraba en ellos, creían encontrar la causa no en su propio ser, sino objetiva y general, ineluctable, en el mundo. El esfuerzo que cuesta siempre la satisfacción de algún deseo, el mundo, según ellos una pobre chafalonía sin brillo, no se lo merecía. Como consecuencia, la fábrica de apetitos en su interior se había detenido, transformándose en una ruina recóndita, herrumbrada y polvorienta. Más aún, como hasta para sondearse a sí mismo hace falta el estímulo de algún deseo, ocupados como estaban en deplorar la nada gris del exterior, ya ni siquiera se asomaban hacia adentro, olvidando hasta la existencia misma de esa fragua escondida entre las cenizas.

Como eran escasos los días en que un paciente de esa clase no se presentara en el hospital y como, si bien es cierto que a veces los disturbios mentales pueden ser contagiosos, los fundamentos de la doctrina que practico me prohíben atribuir esa abundancia a una epidemia, mis investigaciones se orientaron hacia otras causas posibles, y al cabo de cierto tiempo me pareció vislumbrar una solución que, desde luego, menos por temor de una repercusión política que por el de desacreditarme ante ciertos colegas, me abstuve de comentar en público: en nuestro país, regido por planes quinquenales y por campañas masivas de propaganda y de movilización, era por aquel entonces el gobierno el que administraba los deseos de sus habitantes. Los proyectos colectivos volvían innecesarios los individuales. El desarrollo de la petroquímica, el rendimiento agrícola, la revolución cultural, debían imantar la personalidad entera de los individuos, orientando todas sus energías y sus esperanzas en ese sentido. Un hecho significativo es que el Partido y el gobierno suprimieron en las universidades la carrera de psicología, y restringieron severamente en todo el territorio de la nación el uso de la máquina de escribir. Parece evidente que, a fuerza de proponer planes comunes, el gobierno terminó por convencer a una buena parte de los ciudadanos de que los proyectos personales eran innecesarios, lo que originaba en ellos ese intenso desapego de sí mismos y del mundo que los inducía, al cabo de cierto tiempo de inmovilidad a requerir, como última carta, mis servicios.

Fue el caso de un joven que la familia me trajo una mañana. Aunque estábamos en la misma pieza, él parecía ausente, como si habitara un lugar remoto y gris, enterrado vivo bajo lo pliegues rocosos de su apatía. Como tantos otros que había examinado durante años, refractarios a los tratamientos químicos, a las exhortaciones morales, a los discursos vitalistas, su caso me pareció a primera vista sin salida, y fue con cierto asombro que al cabo de algunos meses de visitas infructuosas, empecé a notar en él cierta mejoría. Varios colegas me informaron de que les sucedía lo mismo a muchos de sus pacientes, y como en todos ellos la indiferencia universal incluía también, lo que resulta obvio, la indiferencia política, al principio no se me ocurrió relacionar la mejoría con el hecho patente de que el país estaba viviendo las últimas semanas de planifica-

ción voluntarista que le venía imponiendo desde hacía décadas el optimismo táctico del Conducator. Otra cosa que impedía establecer una relación causal entre los dos hechos era que el joven, a pesar de su evolución positiva que lo llevó en pocas semanas a un restablecimiento completo, era impermeable a lo que sucedía a su alrededor. Se mostraba dispuesto según sus propias palabras, las de un discurso breve aunque un poco exaltado que pronunció el día que lo dimos de alta, a vivir plenamente su vida, pero resultaba claro que lo que ocurría a su alrededor, el derrumbamiento de algunas estatuas y la erección de otras que vinieron a ocupar el lugar de las primeras, no le interesaba para nada. Desde la ventana de mi consultorio, lo vi alejarse con paso firme, lleno de proyectos, eufórico y decidido, por las veredas arboladas del hospital. Un año más tarde, la familia lo volvió a traer.

Eran tiempos difíciles para la medicina pública. Al exceso de gobierno del pasado lo suplantó un desorden comprensible. La unidad ilusoria de la patria, predicada hasta la náusea por la propaganda del régimen depuesto, se descompuso en la variedad hormigueante de sus componentes. Los individuos eran los mismos, pero tal vez no era únicamente el oportunismo lo que los hacía adoptar posiciones que estaban en total contradicción con las que habían sostenido unos meses antes. La masa omnipresente del partido único se fragmentó en una infinidad de grupúsculos que reivindicaban hasta los más contingentes particularismos, y eso hacía que resultara difícil formar un gobierno estable cuyas autoridades expresaran en todos sus matices las apetencias del público. Mi reputación profesional no varió de un régimen al otro porque, a diferencia de muchos colegas que fueron destituidos o trasladados a oscuros hospitales de provincia, fui no solamente confirmada en mi puesto, sino incluso ascendida a las esferas dirigentes del hospital: tal vez el ejercicio imparcial y desinteresado de la ciencia y del arte sea en nuestra época la única forma de probidad policial.

Mi paciente me había preparado una sorpresa. Desde hacía dos o tres meses, la misma imposibilidad de actuar de los tiempos pasados había vuelto a apoderarse de él. Pero esta vez, me explicó un miembro de la familia ante la indiferencia vagamente doliente del muchacho, no era la ausencia de deseo lo que lo inmovilizaba, sino su abundancia. Mil imágenes, mil esperanzas, mil proyectos, se presentaban a la vez, hirviendo en su interior, y un huracán parecía soplar sobre la fragua del deseo, avivándola más y más, transformándola en un incendio creciente y continuo del que le resultaba imposible dominar la violencia de las llamas. Al principio, una agitación permanente lo llevaba de un lado a otro, y antes de haber satisfecho algún deseo, ya había un segundo, un tercero, un cuarto que se manifestaba, y entonces ninguna satisfacción llegaba a su término, lo cual era motivo de una ansiedad constante. A veces sus deseos podían ser, si no idénticos unos a otros, por lo menos afines, pero la mayor parte del tiempo eran contradictorios y, o bien daban lugar a conflictos dolorosos o bien, lo que terminó siendo peor, se anulaban mutuamente. El paciente era como un campo de batalla que sus deseos, que por ser tantos y tan dispares parecían ajenos, recios, se disputaban. Crecían y morían imprevisibles y efímeros, como hongos venenosos, o aparecían de pronto, viniendo desde la oscuridad ubicua y sin fondo que parece engendrarlos, siempre perseguidos por la jauría

de los de su misma especie en la que cada uno de los miembros quería develarlos, o se desprendían de la hoguera que se había avivado, súbita, en su interior, como chispas que brillaban una fracción de segundo en la negrura y de inmediato se desvanecían otra vez en ella. La agitación del principio, según el familiar, se había ido calmando, y al cabo de cierto tiempo lo venció el desapego de antes y adoptó el mismo aspecto exterior de la época en que me lo habían traído por primera vez, cuando todo deseo lo había abandonado: derrumbado en una silla, se pasaba el día entero inmóvil, mirando por la ventana, sin hablar, resignándose a cumplir en forma mínima con el ritual cotidiano —higiene, convivencia, alimento y sueño a horas más o menos fijas— para volver después a su inmovilidad que, pensaba el familiar no sin cierta pertinencia, en el fondo no era más que aparente, porque en su interior debían seguir bullendo los deseos, o atravesando ardientes la oscuridad con un chisporroteo incesante, igual que el cielo negro de verano las estrellas fugaces, es decir semejantes a una luz atraente y viva que es imposible poseer porque cuando alzamos la mano para atraparla ya se ha desvanecido. Lo cierto es que esa multiplicidad de apetitos, tal como había sucedido durante la ausencia de ellos, lo arrumbaba en la inacción con un peso todavía más inhumano, y lo había hecho declinar, de manera evidente, del entusiasmo a la apatía. El familiar, perplejo, me confesó que él ya no entendía más nada.

Me abstuve de explicarle.

De un fin de semana

En una ciudad del Middle West, en América del Norte (Estados Unidos), la policía descubrió, un lunes a la mañana, los cadáveres de un matrimonio joven en una casa burguesa del barrio residencial. Los miembros de la Brigada de Homicidios, con la ayuda de los "super genios del laboratorio", como solían llamarlos en su jerga intralaboral, no tardaron en reconstituir los hechos: la esposa había ido a pasar el fin de semana a la casa de sus padres, a unos cien kilómetros al norte de la ciudad, y al volver el domingo a la noche, sin darle ni siquiera tiempo de descargar el auto, el marido le infligió diecinueve puñaladas con un cuchillo de cocina, y después subió a ahorcarse en el desván. Pero si los indicios eran elocuentes el motivo, en cambio, parecía inexplicable.

Amigos, parientes, compañeros de trabajo y vecinos, horrorizados por la tragedia, coincidían con energía en un único punto: casados desde hacía siete años, los esposos se llevaban muy bien, y mucho más aún, seguían tan enamorados como el día en que se habían conocido. Representaban para todos la pareja modelo. Habían franqueado no hacía mucho la treintena y eran hermosos, inteligentes y, desde un punto de vista profesional, estaban en plena ascenso: ella dirigía una agencia bancaria relativamente importante, y él era ejecutivo en

una empresa de computadoras. Si no habían tenido hijos hasta ese momento, era porque habían querido obtener primero cierta independencia económica y profesional pero, justamente (dos o tres amigas íntimas de la mujer lo sabían), desde hacía un par de meses habían decidido por fin tenerlos, y la esposa había abandonado los anticonceptivos. Les gustaban los viajes, el deporte, los productos de marca, la buena mesa. Eran rubios, sanos, esbeltos, amantes de la música, clásica y popular. Esa imagen paradigmática de felicidad inculcó a los que los conocían y los apreciaban la tesis, del doble asesinato, pero las conclusiones de "los supergenios del laboratorio" fueron inapelables: con un cuchillo de cocina, el marido había como se dice cosido a puñaladas a su mujer, y después había subido al desván poco menos que corriendo para colgarse de un travesaño. Pero aunque los hechos eran claros seguían faltando, como mascullaba el inspector Queen, que estaba a cargo de la pesquisa, "las putas razones".

Cuando el médico forense y los diferentes expertos en indicios materiales redactaron sus conclusiones, el inspector consultó a tres psiquiatras que después de estudiar el caso en detalle, sacaron por separado la misma conclusión, expresada en términos tan idénticos que Queen llegó a preguntarse si los psiquiatras, de los que cada uno ignoraba que los otros dos habían sido consultados, no se habían puesto de acuerdo a sus espaldas. Pero no había ocurrido nada de eso: los tres dictaminaron un caso de demencia repentina, motivada según ellos por el hecho de que, al encontrarse solo durante un fin de semana, el marido, habituado al apoyo emocional de su mujer, había perdido de golpe el sentido de la realidad, y con él las referencias identificatorias, sociales, afectivas, morales, etcétera. Ese fenómeno psíquico era según los psiquiatras más frecuente de lo que la gente se imaginaba. El hombre no había matado a su mujer ni se había ahorcado a sí mismo, simplemente porque las nociones de "matar", "mujer", "sí mismo", habían sido barridas de sus representaciones, dejando al desaparecer del lugar que ocupaban una especie de agujero blanco y árido, igual que un pozo de cal viva. Una coincidencia tan asombrosa en los tres informes convenció de inmediato al inspector de que "las putas razones" eran justamente que no las había, de modo que un mes más tarde el caso estaba archivado.

Ahora que policías, psiquiatras y hasta amigos y parientes se han olvidado de lo ocurrido, se podría tal vez tratar de explicar cómo ocurrieron los hechos. En realidad, varias coincidencias asombrosas originaron el drama. Cuando la esposa se fue, el viernes a la noche, el marido se quedó tranquilamente en su casa, esperando que su mujer lo llamara para asegurarlo de que había llegado sin problemas a lo de sus padres, porque los viernes a la noche hay demasiados autos en la ruta, y los accidentes son por desgracia demasiado frecuentes. El marido se sirvió un bourbon (tomaba con moderación) y se instaló frente al televisor a mirar la retransmisión de un partido de béisbol. Cuando la mujer lo llamó, se fue a la cama y, recogiendo de sobre la mesa de luz un libro voluminoso que arrastraba desde hacía meses y que eran las memorias de un ex presidente, de las que no sabía bien si le interesaban o lo aburrían, leyó un rato hasta que se durmió. Tuvo un sueño confuso y atravesado de sobresaltos sensuales, del que se olvidó por completo al despertarse a la mañana siguiente. Antes del desayuno corrió una hora y trabajó un poco, tomando algunas notas para la re-

reunión de los lunes por la mañana con los otros ejecutivos de la empresa. A la hora del almuerzo llamó a la casa de los suegros para hablar con su mujer, de modo que los suegros confirmaron a la policía que hasta ese momento todo parecía normal. Para la policía el misterio empezaba a partir del sábado a la tarde, y fue imposible reconstituir las actividades del marido desde el mediodía del sábado hasta el momento del crimen, el domingo por la noche.

Aunque parezca increíble, las cosas sucedieron de la siguiente manera: como consecuencia del sueño olvidado, el marido, al atardecer, empezó a sentir una ligera excitación sexual. A la noche fue a comer solo a un restaurant francés del centro que acababan de inaugurar, y al que iba por primera vez, donde no lo conocían, y como fue sin reservar y pagó en efectivo, y no se encontró con ningún conocido, no dejó ninguna huella de su paso. A la salida, como la excitación aumentaba, decidió, con una sonrisita interior condescendiente para consigo mismo, ir a los barrios turbios en busca de algún estímulo suplementario. Iba sin proyecto definido, porque las relaciones con su mujer lo satisfacían plenamente, o por lo menos así lo creía, de modo que había no poca ironía y gratuidad en su comportamiento, que justificaba diciéndose que estaba yendo de un modo vago a la pesca de *otra cosa*, sin saber con exactitud qué. Indiferente a las prostitutas que lo llamaban, aterrizó por fin en un *sex shop* y, después de pasear un rato entre las estanterías y los mostradores abarrotados de objetos, de cassettes, de libros y de revistas, sacó al azar un viejo video que estaba en una canasta de saldos y se lo llevó a su casa para verlo con tranquilidad desde la cama. Tenía también la intención, para que se divirtieran un poco, de mostrárselo a su mujer la noche siguiente, cuando ella volviese de lo de sus padres. De modo que cuando llegó a su casa se lavó los dientes, tomó un gran vaso de agua fresca y se metió en la cama a mirar el cassette.

Ahí fue donde se pusieron de manifiesto todas esas coincidencias asombrosas. Unos meses antes de conocerlo, su mujer había pasado una temporada en Los Angeles, buscando trabajo para terminar de pagar sus estudios, sin mucho resultado. Cuando las cosas se volvieron demasiado difíciles, una amiga la convenció de trabajar como *call-girl*, con clientes de mucho dinero que buscaban acompañantes hermosas, jóvenes, y con la que ellos consideraban que era cierta cultura, para fines de semana en hoteles de lujo en Las Vegas, en Nueva York, e incluso en Méjico City. Uno de sus clientes, que era productor de películas pornográficas, le propuso actuar en una, asegurándole que sus películas eran para distribución exclusiva en Extremo Oriente, y prometiéndole que jamás sería exhibida en Estados Unidos. Como le proponían una suma importante, la muchacha aceptó y el productor cumplió su promesa, pero, unos años más tarde, un negociante tailandés, que compraba por kilo los saldos de los negocios en quiebra, exportó una partida a los Estados Unidos. Entre los seis mil cassettes que mandó, había un solo ejemplar, que alguien había puesto en un cajón equivocado, del film en el que intervenía la muchacha, y ese ejemplar fue el que, pescándolo a ciegas del canasto, compró el marido la noche del sábado. Hay que aclarar que, después de actuar en ese único film, la mujer se retiró de su oficio de *call-girl*, y, al mismo tiempo que terminaba sus estudios comerciales, consiguió empleo en un banco.

Echado en la cama, con su vaso de agua fresca en una mano, el comando a distancia en la otra y una sonrisa irónica en los labios, alrededor de medianoche, el hombre empezó a mirar el film. A los pocos minutos ya había encontrado, como había estado diciéndoselo irónicamente a sí mismo unas horas antes, "otra cosa". Durante toda la noche pasó y repasó el cassette, viendo a su mujer en compañía de otras mujeres, de un hombre, de varios hombres. Todavía despierto al alba miró infinidad de veces las mismas imágenes hasta que, exhausto de incredulidad, de sufrimiento y de asco, terminó por dormir un par de horas. A eso de las diez de la mañana tiró el cassette al tarro de la basura y, empajado por la costumbre, cumplió con media hora de gimnasia enérgica y abstraída. Se dio una ducha y fue a almorzar a un Mac Donald's un big mac, una porción de papas fritas y dos coca colas. A la tarde se entretuvo mirando por el cable la difusión diferida de la semifinal de Wimbledon. A las seis y media afiló el cuchillo grande de la cocina y preparó el nudo corredizo con el que pensaba ahorcarse. A las nueve y diez, cuando oyó que su mujer estacionaba el coche en la entrada del garage, sabiendo que como de costumbre entraría por el patio trasero, fue a esperarla a la cocina y cuando ella estuvo dentro, en silencio, sin darle ni pedirle explicaciones, la mató a puñaladas. Después subió las escaleras casi corriendo y se colgó, no sin trabajo, de un travesaño en el desván. Esa misma noche los basureros se llevaron el cassette que, debemos repetirlo, era el único ejemplar que había vuelto a los Estados Unidos y, sin siquiera sospechar su existencia, lo hicieron desaparecer para siempre de la faz de la tierra.

La olvidada

a Jean-Luc Pidoux-Payot

No se asusten: esta vez la historia termina bien. En lo que a mí respecta, fui testigo ocular únicamente a partir del clímax. Por una de esas casualidades unas horas más tarde también presencié, en un bar a orillas del mar, dichoso, el desenlace.

Yo había bajado del Talgo Montpellier-Valencia, a eso de las seis de una tarde caliente de verano, y estaba esperando en la vereda de la estación a unos amigos que tenían que pasarme a buscar en auto para ir a un pueblito de la Costa Brava, cuando unas voces rugosas de catalanes que discutían en español me hizo volver la cabeza. La violencia desesperada del tono me turbó, y la agitación del grupo que discutía, más parecida al pánico que a la amenaza, me indujo a acercarme con discreción para tratar de entender lo que pasaba. Tan concentrados estaban en el debate, que ni siquiera se enteraron de mi presencia. (Mi objetivo en la vida es pasar desapercibido en tanto que individuo, puesto que soy editor de obras clásicas de filosofía, que otros han escrito, o traducido, o anotado, y que yo me limito, en el más riguroso anonimato, a sacar a luz en la ciudad de Lausana.)

Eran cuatro personas: un adolescente, una pareja de ancianos, y un señor de edad indefinida que parecía estar tratando de calmar los ánimos, y que debía ser sin duda un empleado de la estación. La mujer se limitaba a lloriquear y a retorcer entre sus dedos atormentados por la artrosis un pañuelito blanco con el que de tanto en tanto se secaba las lágrimas. Enseguida comprendí que los viejos eran los abuelos del adolescente.

Es imposible imaginar un contraste mayor en el aspecto del abuelo y del nieto, que eran los que discutían con aspereza. El viejo limpio, calvo y bronceado, llevaba una camisa impecable, gris perla y de mangas cortas y unos pantalones de verano recién planchados, mostrando una vez más esa sencillez en el vestir tan agradable que suelen practicar los españoles. El adolescente, en cambio, tenía puesto encima o arrastraba consigo todo lo que la moda mundial destinada a estimular el consumo en esa etapa de su vida lo inducía a comprar, a causa de uno de esos imperativos universales que no se sabe bien quién los dicta, y que reducen a los miembros de la especie humana al papel de meros compradores ya desde cuando están en el vientre de sus madres: no bien se han instalado en el óvulo que ya hay alguien que, descubriéndoles una supuesta necesidad, tiene algo para venderles. A pesar del despeñamiento del anciano y de la abundancia barroca de su cueto (gorra americana con la visera al revés, en plano inclinado sobre la nuca, remera blanca con leyendas en inglés bajo una camisa abierta y demasiado amplia, color *kaki*, pantalones que caían en acordeón sobre unas espesas zapatillas deportivas de suela de goma, su walk-man cuyo casco pendía alrededor del cuello, sus numerosas pulseras y collares y su cinturón ancho con compartimentos diferentes para guardar dinero, llaves, documentos, pasajes, cigarrillos, etcétera) y a pesar también del antagonismo obstinado que los oponía en la discusión que iba haciéndose cada vez más exaltada y violenta, un innegable parecido físico, no exento de comicidad, con las variantes propias de la edad de cada uno, delataba su parentesco. En pocas palabras, el problema era el siguiente: el chico, que debía tener unos quince o dieciséis años, y que venía desde Francia a pasar las vacaciones en lo de sus abuelos, se había olvidado a la hermanita dormida en el tren. Así como suena: se había olvidado en el tren a una nena de cinco años, la hermanita que, diez años después de su nacimiento y de su reinado absoluto de hijo único, sus padres, por accidente o con premeditación, habían decidido traer al mundo. La criatura gordiflona y rosada, de lindo pelo cobrizo a causa de sus antepasados catalanes, atiborrada de masitas, gaseosas y chocolate, se había dormido hecha como se dice un ovillo en el fondo de su asiento y el chico, al darse cuenta de que el tren llegaba a Figueras, con la cabeza perdida en un archipiélago imaginario de conciertos monstruo de salsa, y en proyectos de aprendizaje acelerado de *planche à voile*, poco habituado a viajar con otra compañía que la de sus padres o la de los profesores del secundario, los cuales tomaban por él todas las decisiones, había cargado su mochila y, atravesando el pasillo a toda velocidad, había saltado a tierra encaminándose hacia la salida. Cuando el abuelo, después de saludarlo, le había preguntado por la hermana, el Talgo Montpellier-Valencia, que el chico se había dado vuelta para mirar un poco aterrado, ya había salido de la estación y, con la previsibilidad estúpida de las cosas mecánicas inventadas por los

hombres, rodaba despreocupado hacia el sur. Y en medio de la discusión recia y amarga que siguió, entré yo en escena.

Si los abuelos daban la impresión de estar muy preocupados, el muchachito, en cambio, parecía más bien apesadumbrado y perplejo, e incluso vagamente indignado. ¿Cómo diablos —parecía insinuar su actitud— podía haber cometido semejante dislate? La falta enorme era desproporcionada a su capacidad de culpa, y en su fuero interno una vocesita insistente que él trataba de no oír, le susurraba que era a la nena a quien le incumbía la responsabilidad de lo que había sucedido, que no debía de haberse quedado dormida, oronda y displicente, acostumbrada como estaba a que todo el mundo revoloteara a su alrededor para ocuparse de ella. Una rabia intensa comenzaba a cegarlo: quedándose dormida en el tren, la nena demolía sin delicadeza todos sus proyectos y sus ensoñaciones. Dejando vagar la mirada del otro lado de la calle, más allá de la parada de taxis, por la sombra espesa de los plátanos adensándose en el crepúsculo que parecía expandirse desde la plazoleta triangular, hubiese querido en ese momento que su hermanita fuese castigada como se lo merecía, para que aprendiese de una vez por todas las consecuencias que los otros debían sufrir a causa de su egoísmo monstruoso. Pero a pesar de sus sentimientos contradictorios (*Siempre soy yo, yo, el que paga los platos rotos*), únicamente un observador imparcial y exterior, un editor suizo de obras filosóficas por ejemplo, hubiese podido percibir algo más que pánico y real preocupación en su mirada. Como la discusión, cada vez más ardua y estéril, se prolongaba inútilmente, el empleado de los ferrocarriles, dispuesto a la acción, desabrochó el teléfono portátil que llevaba en la cintura y, elevándolo hasta la oreja derecha, salió corriendo hacia las oficinas de la estación, justo en el mismo momento en que el coche de mis amigos estacionaba a mi lado, sacándome de mi ensimismamiento con un bocinazo discreto.

Un relato —una vida— no sé compone solamente de elementos empíricos, así que, viéndolos esa noche, felices, en el barde la costa, revolotear otra vez alrededor de la nena que devoraba un sandwich y una naranjada con la crueldad desdeñosa de una diosa que acepta, imbuida de su propia importancia, sacrificios humanos, deduje de inmediato que al salir corriendo con el teléfono contra la oreja, el empleado de la estación había llamado directamente al tren para advertir al guarda de lo que pasaba y sugerirle bajar a la nena en la estación siguiente, adonde algún miembro de la familia fue a buscarla en auto. Así que ahí estaban: los abuelos, una pareja mucho más joven (los tíos sin duda), la nena y el muchachito, comiendo sandwiches y tapas de papas fritas y de calamares, tomando gaseosas o cervezas, aliviados por el reencuentro y por el desenlace provisoriamente feliz de la historia. La pequeña emperatriz rubia y regordeta, con los ojos entornados, devoraba con aplicación su interminable sandwich, empujándolo de tanto en tanto con un trago de naranjada, indiferente a la protección excesiva que los otros le prodigaban, bajo la mirada neutra y furtiva de su hermano mayor, como si de ella dependiese su supervivencia. Estaban todos inscriptos, nítidos y vivos, en mi campo visual y yo, distrayéndome de la conversación cortés y un poco irónica que reinaba en mi propia mesa, los contemplaba fascinado, moviéndose como estaban en ese espacio ambiguo, al

mismo tiempo inmediato y remoto, en el que lo familiar se transfigura y empieza a parecerse a lo desconocido.

Recepción en Baker Street

para Jean Didier Wagneur

La lluvia es tan densa que, al cabo de unos minutos de rodar por la estación, el colectivo de Buenos Aires se vuelve borroso, tragado por las masas de agua grisácea, tan ruidosas que hasta la vibración del motor se ha vuelto inaudible a partir del momento mismo en que retrocedía desde el andén, maniobrabrevemente rumbo hacia el sur, y se alejaba a poca velocidad para salir de la terminal. Nula lo contempla perderse en dirección a la avenida del Puerto, porque ya a treinta o cuarenta metros se ha vuelto invisible, excepción hecha de los dos puntitos rojos de las luces traseras. Un relámpago terrible y prolongado lo restituye en su instantánea verdosa durante unos segundos, imagen fantasmal inserta en el fragmento fantasmal de ciudad que la enmarca, y casi al mismo tiempo, un trueno interminable, consecuencia de ese relámpago o de alguno anterior — tanta es la rapidez con que se suceden — hace vibrar los ventanales, los andenes, el esqueleto entero de la estación de ómnibus, de la que todas las luces vacilan unos instantes para seguir por fin, como por milagro, prendidas. Prefiriendo que el viento disminuya un poco antes de arrancar, lo que sucede casi de inmediato cuando se larga la lluvia, el chofer ha salido con diez minutos de atraso, obligando a Nula a esperar con aire solícito en el andén, “por cualquier cosa”, que la partida se produzca. Y puesto que la salida del colectivo con el gerente de ventas de *Amigos del Vino* a bordo es un hecho consumado, y que hasta los puntos rojos de las luces traseras han desaparecido en las profundidades gris-verdosas de la lluvia, Nula se da vuelta y entra en el gran vestíbulo de la estación casi desierto a esa hora — no falta mucho para medianoche — y se encamina despacio hacia la entrada principal.

Han sido dos días arduos de los que, al fin y al cabo, Nula sale satisfecho. En medio de un calor matador, anormal a fines de marzo, ha ido ayer a esperar al gerente que llegaba en el avión de la mañana y, aparte de las pocas horas de sueño de la noche anterior, ha estado en su compañía todo el tiempo hasta que, con la salida del colectivo que ya debe estar rodando por la avenida del Puerto en dirección a la de circunvalación, ha podido quedarse otra vez a solas consigo mismo. El programa, ambicioso, bautizado *El tiempo del vino*, aludiendo a la llegada del otoño, si bien resultó un tanto anacrónico con un clima tan caluroso, fue cumplido religiosamente, paso por paso, a partir del cuartel general instalado en el hotel Iguazú, lugar obligado de todas las operaciones promocionales que se realizan en la ciudad: reuniones de trabajo el primer día con los representantes de las zonas más importantes del litoral, que culminaron con una ce-

na, y apertura al público durante el día transcurrido — un coloquio sobre el vino y la salud— más un banquete en el salón Premier del Iguazú con personalidades locales, políticos, deportistas, profesionales, estrellas de la televisión, etcétera, que todavía no ha terminado y del que él ha tenido la suerte de salir antes del final para traer al gerente al colectivo de las once y media, pensando ahora, mientras atraviesa el vestíbulo bajo el estruendo de la lluvia, que la tormenta sería tal vez un excelente pretexto para no volver.

En su vida, las cosas siempre ocurren demasiado temprano, y cuando las posee, al tiempo se da cuenta de que ya no las desea, o más incluso: que siempre ha perseguido la posesión de cosas que, en el fondo, no deseaba. Interpretada de esa manera, su corta vida — recién está por cumplir veintiocho años —, es una mezcla de responsabilidad y de fuga, igualmente agobiantes y secretas, que le da la impresión de vivir en varios mundos simultáneamente, y a la cual se adapta bien el corretaje de vino, que le permite ganarse la vida y a la vez gozar de muchas horas de tiempo libre, de soledad y de vagabundeo. A los diecinueve años empezó a estudiar medicina; a los veintitrés, se pasó a la filosofía, y al cumplir los veintiséis, como ya se había casado y tenía un hijo de un año y el segundo estaba en camino, se vió obligado a trabajar, y un seminario de iniciación a la enología en el mismo hotel Iguazú al que, si paraba la lluvia, no iba a quedarle más remedio que volver, lo lanzó al comercio del vino. "Va mejorando", comentó distraídamente Tomatis cuando alguien le describió una vez su evolución. Pero Nula, que gana un poco de dinero para no depender de su mujer, y que aprecia el tiempo libre de que dispone, no llegaría a la misma conclusión si tuviese que formular una apreciación imparcial de su existencia.

El estruendo de la lluvia retumba en el gran hall semidesierto, las masas gruesas, pesadas, de agua ruidosa, han sacudido la somnolencia de las pocas personas que se pasean, acercándose a los ventanales para ver la tormenta, o se incorporan en los bancos de metal, donde se habían recostado contra sus bultos y valijas para esperar los colectivos de la madrugada o de la mañana siguiente, y cuando Nula llega a la entrada principal, el estruendo aumenta, reforzado por la explosión de los truenos, y teatralizado por los fogonazos gris-verdosos de los relámpagos. El verano inmóvil, ardiente, seco, que empezó en noviembre y que se ha prolongado hasta esta noche de fines de marzo después de varias tormentas abortadas, está llegando a su fin. Nula alcanza la puerta principal de la estación y, manteniéndose a distancia del umbral para estar al abrigo del remolino de gotas que mojan las baldosas de la entrada, se para a mirar la calle, sabiendo ya que, durante un buen rato, le será imposible salir para llegar hasta el coche, estacionado a un par de cuadras, del otro lado de la plaza España.

En el medio de la calle, gracias al asfalto abovedado, el agua densa y grisácea no se acumula, pero en los costados, junto a los cordones, corre en torrentes hacia los desagües, y en muchas partes ya ha desbordado sobre las veredas. Uno o dos autos pasan lentos, precavidos, relucientes y silenciosos, como si se deslizaran por un mundo submarino. El bar de la esquina parece remoto del otro lado de la calle, y junto a las mesas y a las sillas de metal, amontonadas contra la pared con precipitación y sin orden para mantenerlas a resguardo del viento, bajo el toldo plegadizo, también metálico, que chorrea agua por los bor-

des, un grupito de personas apretujadas en el espacio más o menos seco para evitar las salpicaduras, contempla la calle y la lluvia, y como se encuentra en un punto de observación opuesto al suyo, también el portal de la estación en el que Nula está parado. De pronto, después de un leve tumulto, como si el tiempo de tomar la decisión hubiese variado para cada una de ellas, tres siluetas masculinas, borrosas, se largan a correr en su dirección, tomando impulso para saltar por sobre el torrente del cordón, rebotando contra el asfalto abovedado, alcanzando la vereda de enfrente, bordeando los palos borrachos y pisoteando sus flores tardías, blancas, rosas o marfil, derribadas por el viento, hasta subir por fin, con euforia precipitada, los dos o tres escalones que conducen al portal. A medida que van entrando, Nula puede comprobar que llegan chorreando agua. Soldi, como es el más joven, es el primero en llegar para ponerse a resguardo, dándole una palmada en el hombro al pisar el portal, siguiendo de largo durante dos o tres metros a causa del impulso que trae, y volviendo atrás mientras lanza una risotada jadeante. El segundo, un tipo rubio, bastante calvo, vestido con un pantalón blanco y una camisa amarilla que Nula ve por primera vez en su vida y por último, resoplando y con bastante retraso, Carlos Tomatis, tan resignado ya a la mojadura, que los últimos metros los recorre caminando.

— ¡Me cago en la mierda! — dice, apenas atraviesa el portal —. Miren cómo me quedó el cigarro.

Pero, a causa quizás de la carrera, que es una pequeña aventura en su vida sedentaria, o tal vez de la mojadura que lo ha despabilado un poco de los tragos que probablemente ha estado tomando en algún restaurant de los alrededores, parece más contento que contrariado. En la mano izquierda, entre el índice y el medio, mantiene la mitad de un grueso cigarro apagado, ennegrecido y fofo y ya tan deshecho por el agua que donde antes había estado la punta encendida cuelgan unos retazos aguachentos de hoja. Y mostrándole a Nula los restos deshilachados de tabaco, le explica:

— Un *Romeo y Julieta* que me regaló Pichón. ¿Se conocen? El turco Nula, Pichón Garay: uno me vende vino, y el otro se lo toma.

Los presentados se dan un apretón, y mientras siente la mano húmeda del otro adherida a la suya, Nula comenta.

— Los *Amigos del Vino* vendemos también cigarros. No toleramos que falte nada en la mesa del nuevo rico. ¿De veras que era un *Romeo y Julieta*?

— De veras — dice Tomatis. Y sacudiendo los restos del cigarro con lentitud, adopta una expresión pensativa y reflexiona en voz alta —: Así se le debe haber quedado a Romeo después de la noche de bodas.

— Fue la única noche que tuvieron, pero le sacaron el jugo — dice Soldi. Y Pichón:

— ¡Pobres chicos! Podríamos calificar el acontecimiento de homérico y shakespiriano a la vez, que es la definición que dan de Laertes las palabras cruzadas.

Sacudiendo la cabeza al mismo tiempo que se ríe, para significar que los dislates que está escuchando lo superan pero que se ha resignado a tolerarlos, Nula interviene:

— Si el señor aquí — por Pichón — no se ofende, debo informarles, por si no

se han dado cuenta, que parecen salir de un baile de carnaval.

— Anda de corbata y nos dice eso — dice Soldi.

— Obligaciones laborales — dice Nula, sabiendo que no necesita justificarse, ya que Soldi, al que conoce desde la escuela secundaria, y con el que suele tomar un café de vez en cuando, está perfectamente al tanto de la situación.

— Corbata y manguitas cortas — dice Soldi, tironeando con suavidad, y con admiración simulada, el borde blanco de la manga que llega hasta un poco más arriba del codo.

Quedan en silencio, oyendo el estruendo de la lluvia, cuando un nuevo trueno interminable hace temblar otra vez la ciudad entera. A lo lejos, aunque tal vez, en el espesor de la lluvia, sólo da esa impresión de lejanía, pero viene de la vereda de enfrente, o de algún punto distante en el interior mismo de la terminal, alguien saluda la explosión con un grito jocoso, un *sapucay*, que expresa euforia, admiración, entusiasmo. Al cabo de un minuto de contemplar el diluvio ensordecedor, Soldi propone que se trasladen al bar de la estación a esperar que el agua pare. Las instalaciones de la terminal conservan todavía el calor acumulado durante el día transcurrido y aun, podría decirse, el verano entero, lo que hace que el aire del bar, en el que deben mantener las ventanas cerradas a causa del viento y de la lluvia, le resulta a Nula sofocante, pero los otros tres, que llegan empapados de la calle — la barba negra de Soldi está blanda y húmeda como si su titular acabara de salir de la ducha, y la camisa azul de Tomatis se pega a su torso macizo — parecen satisfechos de la temperatura. A decir verdad, también Nula está satisfecho, pero por otras razones: habiéndose resignado desde hace tiempo a dedicarle dos días enteros a los *Amigos del Vino*, gracias a la tormenta y al encuentro casual con Soldi y los otros dos en el umbral de la estación, vislumbra la perspectiva de terminar la noche de manera más agradable que la que venía temiendo, a saber que al final del banquete se vería obligado a ir a tomar unas copas con un grupo de vendedores y clientes, en algún bar de putas del centro o de las afueras. Así que apenas están sentados, anuncia con decisión:

— Esta vuelta es mía — y le hace una seña al mozo que, sentado en una mesa cercana a la puerta para aprovechar una ilusoria corriente de aire, está leyendo un ejemplar manoseado de *La región*.

Mientras esperan el pedido — tres cervezas y un *café* para Soldi — Soldi le explica que, con los otros dos, han pasado el día en el río, ya que han ido en lancha hasta Rincón Norte a visitar a la hija de Washington Noriega, que hicieron un picnic en la isla a la hora del almuerzo, y que volvieron al anochecer; y que estaban terminando de comer una picada en el patio cervecero de la otra cuadra, cuando se vino la tormenta; que se habían largado a correr en dirección al auto, pero que el aguacero era demasiado fuerte como para permitirles llegar, así que no habían tenido más remedio que protegerse del agua, con otra gente que se había juntado por razones similares a las de ellos, bajo el toldo metálico del bar; y como él, Soldi, y según sus palabras textuales, gracias a la intervención de la divina providencia, lo había visto esperando en el portal de la estación, le había propuesto a los otros cruzar de vereda afrontando los elementos desencadenados para venir a su encuentro. Nula sacude la cabeza con una ex-

presión deliberadamente exagerada de reconocimiento, pero a decir verdad se ha distraído un poco del relato de Soldi, tratando de escuchar el diálogo que mantienen Tomatis y el de camisa amarilla.

—¿Y por qué no? —dice Tomatis, refutando al parecer una objeción del otro que Nula no ha alcanzado a escuchar—. Para un tipo que es capaz de volver a poner el corcho en una botella de champán sin que se note que ya ha sido abierta, es de lo más fácil entrar en un departamento del que no tiene la llave. Y no hay que olvidar que ya había entrado no se sabe cómo en otros veintisiete.

Pichón aprueba riéndose, y como Nula no logra entender de qué están hablando, Soldi le informa:

—Un caso auténtico de asesino en serie, que ocurrió hace unos años en París.

—Yo estoy planeando un texto sobre uno que tuvo lugar hace unos cincuenta años en Inglaterra —dice Tomatis—: el envenenamiento de una enfermera y de dieciséis recién nacidos. Y si lo escribo, el detective sería ni más ni menos que Sherlock Holmes —no puedo rebajarme a no poder usar, para un relato mío, los mejores productos que ha dado el género disponibles en plaza— y de quien se trataría, a causa de su edad avanzada, del último caso. Si me decidiese a hacerlo, no lo escribiría en prosa: sería un largo poema narrativo en verso libre, con algunos pasajes rítmicos y ciertos finales de estrofa en versos regulares, alejandrinos probablemente, y rimas consonantes. De esa manera ocuparía en la historia de la literatura un lugar junto a *Edipo rey*, ya que Sófocles y yo seríamos los únicos dos autores que hubiésemos tratado en verso un enigma policial. En cambio, en cuanto a mi asesino en serie, reivindico la exclusividad: sería, si me decidiese uno de estos días a escribirlo, el único relato en el que un asesino suprime simultáneamente diecisiete víctimas.

—Está el caso de Harry Truman, que el 6 de agosto de 1945, alrededor de las ocho de la mañana, exterminó en unos pocos segundos ciento cuarenta mil personas en Hiroshima —dice Pichón.

—Que no se me interrumpa por favor —dice Tomatis. Y después de una pausa y de una mirada falsamente severa que no se dirige a nadie en particular, continúa—: La historia transcurriría en Londres, un poco antes de la segunda guerra mundial. Holmes y Watson, retirados desde haría mucho tiempo, serían muy viejos, pasados los ochenta ya, probablemente. Estarían cenando en el departamento de Holmes, en el 221 bis de Baker Street, en compañía del inspector Lestrade, jubilado de Scotland Yard desde por lo menos quince años atrás, y un inspector joven todavía en actividad, sobrino de Lestrade, que desde haría varios años habría estado rogando a su tío que lo llevase a conocer al detective legendario. Ya habrían pasado muchos años, más de cincuenta, desde el día en que el médico recién llegado de Afganistán, habiendo ido a tomar una copa al Criterion Bar se encontró con el ex enfermero Stamford el cual, al enterarse de que Watson necesitaba subalquilar una habitación, le propuso presentarle a un tal Sherlock Holmes que justamente buscaba un inquilino para compartir su departamento situado en 221 bis de Baker Street; y si bien un tiempo más tarde, en razón de su casamiento, Watson se mudó a su propia casa, y si durante largos períodos dejaban de verse, Holmes y Watson mantuvieron, como es sabido,

como se dice, una sólida amistad. Con la vejez sus encuentros volverían a hacerse más espaciados, pero el teléfono ayudaría a mantenerlos en contacto. Cincuenta años antes más o menos de la noche sobre la que yo escribiría si escribiese un día mi relato, el atardecer del 20 de marzo de 1888 para ser más exactos, tiempo después de haberlo perdido de vista a causa de su matrimonio, Watson, pasando por casualidad por Baker Street, tal vez sin sospechar que ese reencuentro los uniría para siempre, no en la realidad cotidiana sino en las regiones estilizadas del mito, decidió hacerle una visita a su amigo bohemio que, según sus propias palabras, *se adaptaba mal a cualquier forma de sociedad y, sepultado entre sus viejos libros, alternaba la cocaína y la ambición*. En mi relato en verso, deberían flotar esas constantes implícitas y explícitas del ciclo narrativo — estrellas fugaces del acontecer en el firmamento fijo de la leyenda.

La idea es que, después de haber tratado de presentarle varias veces a su sobrino, quien justamente habría sugerido desde la semana anterior una visita para esa noche, Lestrade recibiría una llamada de Holmes esa misma mañana, con la que Holmes confirmaba la visita, pero imponiéndole misteriosamente al sobrino la condición de venir provisto de un par de esposas y de su pistola reglamentaria. Lestrade y su sobrino podrían pensar en un primer momento que se tratase de un capricho senil de Holmes, pero Lestrade, reflexionando un poco más, podría llegar a la conclusión de que Holmes debería tener algún motivo para actuar de esa manera. Watson por su lado y los otros dos tendrían que llegar a las siete en punto a Baker Street, encontrarse en la puerta y subir las escaleras conducidos por la señora Hudson, portera-gobernanta-cocinera de Holmes desde hacía varias décadas que, por tener por ejemplo un nieto empleado en la sucursal romana de un banco inglés, se habría puesto a experimentar después de cierto tiempo la cocina italiana, mereciendo la más firme reprobación de Holmes y Watson, que sin embargo no se atreverían de ninguna manera a hacérselo notar. Me gustaría también agregarle, a esas posibles incursiones de la anciana por la cocina internacional, los errores y confusiones en los que podría caer a causa de su edad avanzada, equivocándose en los distintos ingredientes, leyendo mal las proporciones y los tiempos de cocción, etcétera, etcétera. Únicamente las bebidas — *single malt*, oporto, armagnac, chablis para los blancos y chambolle musigny en lo relativo a los tintos— serían perfectas, debido tal vez al hecho de que Holmes las encargaría al mismo proveedor de vinos y alcoholes al que vendría comprándoselos desde por lo menos treinta y cinco años atrás. Estoy pensando en trabajar con la situación siguiente: me gustaría contrastar las reacciones de los personajes a propósito de la comida, ya que Lestrade y su sobrino se declararían encantados ante el *vitello tonnato*, los *penne a l'arrabiata* y los *involtini*, el *gorgonzola*, la *provola affumicata* y el *tira-misú*, expresando su admiración a Holmes prácticamente a cada bocado y felicitándolo por gozar de los servicios de tan maravillosa cocinera, en tanto que Holmes y Watson disimularían todo el tiempo la desolación que les producen las fantasías culinarias y los errores técnicos de la anciana, que tiene a su cargo el departamento de Holmes desde hace cincuenta y un años, y no admitiría la menor sugerencia y mucho menos la menor crítica u observación en cuanto al modo de poner en práctica sus atribuciones. Pero todavía vacilo en incluir esa situación porque tal vez no

encontraré los versos apropiados para relatarla, y además porque ya vi una situación semejante en algunas películas, y porque en el fondo pienso que esa digresión cómica me haría correr el riesgo de retardar demasiado la historia principal.

A los postres, justamente, o cuando pasarían al salón a fumar una pipa — el joven inspector en ejercicio podría fumar cigarrillos rubios, lo que resultaría quizás más verosímil— y a saborear un *single malt* o un armagnac del siglo anterior, los hábitos profesionales prevalecerían, y los cuatro investigadores, o los tres investigadores y el memorialista si prefieren, podrían evocar algunos hechos criminales recientes para terminar comentando el crimen horrible que desde hacía unos pocos días vendría conmoviendo no solamente a Inglaterra sino a como se dice por un abuso de lenguaje todo el mundo civilizado: la enfermera que en la maternidad de una pequeña ciudad situada al oeste, o al sur, o al norte de Londres —a algunas horas de tren de la capital en resumen— hubiese envenenado durante un ataque de demencia a dieciséis recién nacidos y se hubiese suicidado. La radio y los diarios no hablarían de otra cosa; en los anales mundiales del delito privado, nunca se hubiese visto un crimen más espantoso. Hasta el gobierno, e incluso la corona podrían tomar como dicen cartas en el asunto.

Aquí aparecería el personaje clave de toda la historia, un miembro de la más alta nobleza de Inglaterra, perteneciente a uno de los pocos linajes que, aparte de los Windsor, podrían aspirar al trono. En este punto, debido a las exigencias de la intriga y a la tiranía de la verosimilitud, me vería obligado a introducir cierta cantidad de información sobre el tema más ininteresante y fútil que un escritor se encuentre en la penosa obligación de tratar: la aristocracia inglesa. La perspectiva es tan desalentadora que sería capaz de obligarme a abandonar el proyecto, pero creo que podría arreglármelas para mantenerme en lo más general respecto de esos detalles, aunque dejaría en claro el más importante, ya que constituiría un elemento fundamental de la intriga: el hecho de que los dos hijos varones, adolescentes todavía, de este hombre al que podríamos llamar Lord W. por ejemplo, podrían aspirar con toda legitimidad al trono de Inglaterra. Todos estos detalles, en el caso de que mi relato en verso se escribiese, irían saliendo durante la conversación de sobremesa en el salón de Baker Street.

Imagino que durante un buen rato, Holmes permanecería callado, un poco ausente, con los ojos entornados, como si no escuchase la conversación o como si —y esto habría que decirlo lindamente, acentuando el ritmo de los versos hacia el final de la estrofa y buscando las palabras adecuadas para subrayar la idea poética sin que un impulso lírico exagerado perturbe la fluidez de la narración— desde la somnolencia habitual que es el vivir del hombre, Holmes, internándose en la vejez, hubiese caído en un letargo más profundo. Si algún día me decidiese a escribirlo a este dichoso relato que se me ha ocurrido desde hace bastante tiempo a decir verdad, haría desfilar durante un buen rato muchos de los hechos principales de la trama ante la cara impasible de Sherlock Holmes, su boca fina y apretada, su nariz de águila cuya curva filosa habría sido subrayada por la vejez, su cabello revuelto más gris que blanco y bastante abundante a pesar de los años transcurridos, y su piel lisa atravesada por unas arruguitas im-

perceptibles pero numerosas que la ajarían sin resquebrajarla. La pipa apagada reposaría en la palma de la mano izquierda, mientras que la derecha acogería la copa de armagnac para entibiarla entre los dedos que se adherirían al vidrio. Después de cierto tiempo, sus párpados entornados se replegarían, pero su mirada, ausente de lo exterior por un intenso retraimiento que para el doctor Watson sería bastante familiar, al posarse otra vez sobre las cosas de este mundo, buscaría la del joven inspector en ejercicio, y después de recordar un detalle de último momento, sacaría el reloj del bolsillo superior de *fumoir* de terciopelo verde oscuro, y miraría con preocupación y cierta dificultad la hora antes de empezar a hablar.

—Inspector —le diría gravemente al inspector en ejercicio—, usted que considera tal vez con razón que su talento no ha sido lo bastante valorado en Scotland Yard, y su ascenso injustamente postergado en relación con el de muchos de sus colegas, tal vez tenga esta noche la oportunidad de demostrar una vez más lo que realmente vale y vea sus méritos por fin recompensados.

Al oír estas palabras, los ojos del inspector en ejercicio se abrirían desmesurados de asombro, pero de inmediato, asumiendo una actitud reprobatoria, en la que se adivinaría una súbita indignación, el policía lanzaría una mirada de reproche a Lestrade quien, medio incorporándose en su asiento, con la escasa agilidad con que sus viejas articulaciones se lo permitirían, se pondría a balbucear unas protestas deshilvanadas y confusas.

—Por favor, inspector, no se confunda —diría Holmes con una sonrisa conciliadora—. Nuestro viejo amigo Lestrade no ha cometido ninguna indiscreción y, créame, aunque mis facultades se debilitan día tras día, todavía dispongo de algunos recursos en el plano deductivo, y aunque mi vista disminuye inexorablemente, no he perdido del todo mi capacidad de observación. El primer detalle que orientó mi razonamiento es el hecho de que, por su edad, usted tendría que haber llegado mucho más alto en la jerarquía de la institución a la que pertenece, lo cual desde luego podría deberse a su falta de talento o de rigor profesional. Sin embargo, los casos que hemos comentado durante la cena, en los que usted ha trabajado, resolviéndolos en forma brillante, y de alguno de los cuales he podido seguir en su momento las peripecias en los diarios sin que una sola vez su nombre figurara en ellos, demuestran que no se debe a su incapacidad sino a las injusticias habituales de las decisiones burocráticas que su ascenso ha sido varias veces postergado. Y es la amable visita de esta noche la que me sugiere doblemente su legítimo descontento ante esa inadmisible postergación. En primer lugar, su interés por conocernos, al doctor Watson y a mí, y el hecho de que un hombre en pleno vigor físico y mental haya querido pasar una velada apacible entre ancianos, mostraría desde un punto de vista psicológico un desapego ante las cosas del presente y una idealización del pasado, que suele ser frecuente en las personas que no se sienten del todo satisfechas con su suerte o con su situación. No niego que esa tendencia podría originarse en factores que no tienen nada que ver con la vida profesional, pero un segundo detalle, mucho más decisivo, me ha convencido de lo contrario. En todos los diarios de la semana ha habido el anuncio de que esta noche —en este mismo momento a decir verdad— tiene lugar en un hotel céntrico el baile anual de Scotland Yard, del

que desde luego usted no podía ignorar ni la existencia ni la fecha. Le hago notar que cuando usted propuso que la cena que veníamos proyectando tuviese lugar esta noche, la fecha del baile ya había sido fijada y anunciada con profusión, lo que me induce a pensar que usted optó deliberadamente por venir a encerrarse con tres ancianos moribundos entre estas viejas paredes en lugar de compartir una fiesta brillante con lo más granado de la policía londinense. Esa preferencia de su parte me confirmó que existe en usted cierta amargura a causa de su situación profesional, que le impide sentirse a gusto entre sus colegas.

—De la asistencia, las más variadas expresiones admirativas deberían saludar la hazaña —dice Tomatis, con una sonrisa al mismo tiempo satisfecha y ligeramente escéptica en cuanto al valor genuino de la supuesta proeza deductiva. Y después, dirigiéndose a sus oyentes con calculado aire doctoral—: Al personaje mítico hay que presentarlo no a través de los detalles psicológicos de su personalidad verdadera, en el plano aleatorio de la duración, sino en un orden protocolar de rasgos cristalizados que nos permiten reconocerlo de inmediato y aceptar en él cualquier manera de pensar y de actuar, por inverosímil que parezca, siempre y cuando se adapte al esquema de ese reconocimiento. Pero ya van a ver que, si logro traspasarlo a lo escrito, mi Sherlock Holmes no habrá sido totalmente refractario a la contingencia.

Sus interlocutores sonrían, pero de manera diferente. El tal Pichón Garay exhibe una sonrisa ausente, como si las palabras de Tomatis hubiesen despertado en él no una emoción inmediata, sino una reminiscencia. Soldi, en cambio, mientras revuelve su café, esperando cal vez que se enfríe un poco, alza la cabeza y de un modo fugaz cruza su mirada alerta y sonriente con los ojos sardónicos de Tomatis; y él, Nula, sin haber perdido una sola palabra del relato, inicia una sonrisa distraída que no llega a manifestarse claramente en sus facciones ya que, desde hace un momento, y sin saber bien por qué, observa al mozo que, después de haberles traído el pedido, se ha vuelto a sentar cerca de la puerta de entrada para continuar la lectura del diario de la tarde. Por una especie de curiosidad sin objeto, como sabe serlo por otra parte casi siempre la curiosidad, Nula trata de adivinar en cuál de las secciones del diario el mozo ha recomendado la lectura y juzga que por la cantidad de páginas que sostiene en la mano izquierda, más numerosas que las que aferra en la derecha, hacia las cuales dirige la vista con la cabeza inclinada, debe tratarse de las noticias deportivas. El mozo pertenece en forma demasiado evidente al tipo "criollo viejo" como para que las páginas de sociales o de espectáculos, dirigidas más bien a la clase media y a la burguesía, inmediatamente anteriores a las de deportes en la diagramación del diario, invariable desde tiempos inmemoriales, puedan atraer su atención, aunque Nula no descarta que de las primeras le interesen las necrológicas y de las segundas, más adecuadas a sus posibilidades de ocio, los programas de televisión del día siguiente. En cuanto al estado del tiempo, no es difícil, gracias a la lluvia densa y ruidosa que sigue cayendo, acompañada de relámpagos prolongados y de truenos interminables, verificar si el pronóstico de *La región*, viejo ya de varias horas, y por lo tanto caduco para toda la eternidad, era acertado o erróneo. Nula descarta en el mozo, por lo reconcentrado de su expresión o su indiferencia notoria ante la tormenta presente, esa curiosidad ar-

queológica, y opta por la página de deportes. Y, justo en ese momento una impresión, curiosa aunque ya familiar de tanto repetirse, lo absorbe por entero, como tantas otras veces en los últimos tiempos, en los momentos más variados y en los lugares más imprevistos — puede estar en su casa o en la calle, en la ciudad o de viaje, solo o acompañado, puede ser de día o de noche, a la mañana o a la tarde, en invierno o en verano, en circunstancias agradables o desagradables, serias o divertidas— una presencia vivida de lo que lo rodea, como si de pronto se acrecentara la rugosidad y el espesor de la materia, o como si cada cosa inserta en el presente hubiese ganado súbitamente una dosis suplementaria de realidad, se impone nítida a sus sentidos y, por una especie de automatismo asociativo, suscita en él un pensamiento análogo, una convicción no verbal que, si se intentase traducirla en palabras, podría ser formulada de esta manera: *Esto y ninguna otra cosa es el mundo y no parece ni hostil ni acogedor, sino más bien neutro. Y esta impresión de ahora, sin ningún añadido o prolongación extramaterial, es realmente lo que soy yo. Mientras dure este mundo de materia pura que ha expelido de sí toda leyenda, ni amigo ni enemigo, y más bien claro y brillante para los sentidos, estoy al abrigo del tiempo, del dolor, de la muerte, aunque haya tenido que dar a cambio lo familiar, la alegría, el éxtasis. Pero ya está empezando a pasar, ya pasa. Ya pasa.* En los pocos segundos que ha durado su retraimiento y que, en el orden de los fenómenos ha abarcado las últimas palabras de la digresión de Tomatis, algunos movimientos de la cucharita de Soldi en el pocillo de café y unos leves sacudimientos de cabeza reflexivos del mozo, motivados por alguna evidencia de la lectura, la expresión se ha presentado y se ha vuelto a ir, y la sonrisa de Nula, que apenas si se había insinuado en sus labios, se vuelve más franca y amplia —casi que demasiado— cuando su mirada se dirige hacia Tomatis quien, después de una pausa sopesada, y puramente retórica, decide proseguir.

—Sí — dice —. Sí. Es así como lo escribiría. Sherlock Holmes podría, después de esa demostración un poco pedante, de la cual Watson, por haber asistido a numerosas demostraciones similares a lo largo de los años consideraría, con un amago de impaciencia, más bien superflua, expresarse de la manera siguiente, en verso desde luego, aunque yo por ahora lo resuma oralmente en prosa, lo que daría algo así como: los acontecimientos terribles que se han difundido en estos días despertaron en mí una comprensible curiosidad, de modo que a través de la prensa, con la ayuda de mis archivos y también gracias al auxilio de ese benefactor moderno de la vejez, el teléfono, pude reunir una cantidad considerable de elementos que me permitieron hacerme una idea lo más completa posible de la situación. La enfermera en cuestión, a la que se le atribuye el horrendo crimen, envenenó la leche y otras sustancias en la maternidad, e ingirió el mismo veneno que les suministró a las dieciséis criaturas, es decir todos los niños que habían nacido en la región la última semana y que, lo mismo que muchas de las madres, todavía no habían sido dados de alta en la maternidad. Envenenó las sustancias a la madrugada, en la cocina, y después se suicidó, antes de que el veneno mortal fuese distribuido por medios diversos a los recién nacidos, circunstancias que hacen del caso presente un hecho curioso en los anales del crimen, no únicamente por los detalles particularmente horrendos que lo caracterizan, sino también porque, si bien el arma del crimen parece haber sido preparada con anticipación, *las víctimas habrían sido asesinadas*

varias horas después de la muerte del criminal. En cuanto a los motivos de ese crimen espantoso, los observadores y especialistas en general, como he podido deducirlo de sus declaraciones más o menos explícitas pero difícilmente comprensibles para los legos, han formulado tres hipótesis. La primera atribuye la muerte de los recién nacidos a una negligencia de la enfermera que, al darse cuenta de su error, profundamente perturbada por las consecuencias que acarrearía, decidió suicidarse. Pero esta hipótesis se desmorona de inmediato por lo que he señalado más arriba, a saber que el veneno fue suministrado a los recién nacidos por lo menos dos horas después del suicidio de la enfermera, y ese lapso de tiempo le hubiese permitido corregir su error evitando de esa manera la tragedia. La segunda hipótesis favorece el acto deliberado y el suicidio, y la tercera, el crimen de la enfermera y su asesinato, por parte de alguien que decidió vengar a las criaturas, cometido de tal manera que, aun para la policía, debería presentar la apariencia de un suicidio. Éstas son las hipótesis que circulan más o menos confusamente en el dominio público, pero hay una cuarta que, para que podamos aceptarla como verdadera, depende de la realización efectiva de ciertos acontecimientos *que no se han producido todavía*. Si, tal como vengo calculándolo desde esta mañana, esos acontecimientos se producen en el orden en que los tengo previstos, se convertirían en la demostración, sin necesidad de pruebas suplementarias, de la última hipótesis que, como ya habrán adivinado, he elaborado yo mismo. Ya les diré cuáles serán esos acontecimientos, pero puesto que tenemos bastante tiempo por delante, utilicémoslo para hacer un resumen general de la situación. Podemos dividir el caso en cuatro aspectos diferentes: 1º) la maternidad; 2º) su principal benefactor; 3º) la enfermera; 4º) los dieciséis recién nacidos.

La maternidad en la que sucedieron los hechos es una institución reciente: tiene poco más de un año de existencia, y fue inaugurada por el ministro de Salud Pública en persona, por tratarse de un hospital dotado de los mayores adelantos científicos y técnicos en su especialidad, y también un acto político considerable en período electoral, en un distrito en el que el ministro era candidato a su propia reelección a los comunes. El día de la inauguración, en el palco oficial se encontraba también Lord W., miembro hereditario, naturalmente, de la cámara de los Lores, que había sido uno de los principales benefactores de la nueva maternidad, ya que la misma fue construida en unos terrenos que pertenecían a su familia y que donó a las autoridades sanitarias, además de presidir una campaña para recolectar fondos privados que, en su momento, obtuvo una enorme publicidad ya que como he podido comprobarlo en mi archivo personal, varios diarios nacionales y regionales publicaron en la primera página una fotografía de Lord W. firmando, en la municipalidad donde se implantaría el edificio, el acta de donación de los terrenos.

Confieso que esa mezcla de propaganda política, de cuestiones de salud pública y de beneficencia no es enteramente de mi agrado — ¿no es verdad que usted y yo coincidimos en eso, mi querido Watson? — pero reconozco que la donación era importante y que la construcción de la maternidad representó un verdadero progreso en esa pequeña ciudad durante demasiado tiempo olvidada por los poderes públicos y que, por una triste paradoja, desde hace dos o tres

días se ha vuelto mundialmente célebre. Por otra parte, la intervención de Lord W. fue decisiva para la realización de la empresa, y sería mezquino de mi parte negarle ese mérito, pero aunque el doctor Watson me haya atribuido alguna vez un desinterés total por la filosofía, el ocio y la reclusión de los últimos años me permitieron frecuentar las obras de un pensador alemán no desprovisto de talento, el profesor Emmanuel Kant —no sé si habrán oído hablar de él porque se trata de un personaje bastante oscuro, yo mismo el año pasado escuché su nombre por primera vez— de quien, ante tanta ostentación de generosidad y de nobleza, me viene a la memoria la siguiente reflexión, a saber *si no sería deseable de un carácter noble que evitase los títulos y que los desdeñara en lugar de aceptarlos y de andar exhibiéndolos*. Ya veremos si nuestro lord es también noble por su carácter, pero en todo caso es el representante principal de una de las familias más antiguas de Inglaterra, y como les decía, la única que podría constituir una alternativa a la dinastía reinante —si este detalle puede darles a ustedes la medida de su importancia política. Su familia tiene influencia y ramificaciones en toda Europa, y su patrimonio representa una de las fortunas más importantes del mundo, no solamente en campos, propiedades, obras de arte, sino también en industrias, inversiones comerciales, bancarias y bursátiles. En el país, su influencia es tan grande como la de la corona, y aún mayor, ya que está menos expuesta a la indiscreción de la actualidad. Es sabido también que, si bien se mantiene siempre en una posición discreta, es uno de los principales líderes de la Cámara de los Lores y la referencia ideológica del partido Conservador. A los cincuenta años se encuentra en el apogeo de su poder social, político y financiero, y puedo afirmar sin exagerar en lo más mínimo que, por todos los atributos que acabo de enumerar, más una salud excelente, un físico de atleta y una familia ideal, su posición es, hoy por hoy, una de las más envidiables del mundo.

Ocupémonos ahora de la enfermera. Esta joven, según los diarios, trabajaba en la maternidad desde hacía siete meses solamente, y había sido recomendada para su cargo por algún miembro oscuro de la familia de Lord W., probablemente una de sus sobrinas, hija de su hermana mayor, que murió después de una larga enfermedad el año pasado. Para estar seguro, llamé esta mañana a la sección necrológica del *Times*, donde me confirmaron que Lady M. murió de un tumor evolutivo en diciembre del año pasado. Ese tipo de enfermedad requiere una atención permanente, de modo que los servicios de una enfermera son imprescindibles, y fue la persona que hoy ocupa la primera plana de la actualidad la que tuvo a su cargo a la enferma durante los largos meses que precedieron su deceso. Y debe haberse desempeñado de manera óptima para que la familia que la había empleado la recomendara a la maternidad, donde no podían negarle nada a quienes habían permitido su construcción, arreglando por ese medio la situación de la enfermera que, a causa de la muerte de su paciente, se quedaba sin empleo.

Ya habrán visto ustedes su fotografía en los diarios: una joven muy atractiva, un poco ingenua quizás, pero con aire decidido, que andaría por los veintitrés o veinticuatro años, de orígenes modestos sin duda, pero con la suficiente personalidad como para no sentirse incómoda si le tocaba frecuentar, por razones profesionales o de cualquier otro tipo, a miembros de clases sociales supe-

riores a la suya. Según los diarios, desde que empezó a trabajar en la maternidad, todo el mundo pudo apreciar sus méritos profesionales, si bien algunos de sus colegas le reprochaban una reserva excesiva en su vida privada, que dos o tres llegaron incluso a calificar de "misteriosa", y aunque nunca esquivaba las tareas difíciles y aceptaba siempre las más penosas, tenía una predilección por el servicio nocturno, durante el cual, a causa del personal reducido que quedaba de guardia, le resultaba más fácil preservar su intimidad, lo que dio como consecuencia que ninguno de sus colegas llevase a tener relaciones estrechas con ella. Después de su muerte, los que la frecuentaban cayeron en la cuenta de que sabían poco y nada de la enfermera. Una colega pretendía que debía tomar alcohol en secreto, porque al mes de empezar a trabajar en la maternidad tuvo un par de descomposturas, y había engordado bastante últimamente. En realidad, lo único que podía decirse de ella en concreto era que la semana anterior a los hechos había dado parte de enferma y había faltado a su trabajo hasta la noche antes del crimen. Con esos pocos elementos uno de los médicos del establecimiento diagnosticó, a posteriori desde luego, y en ausencia definitiva de la paciente, una depresión nerviosa de origen étlico, hipótesis que, estoy seguro, la autopsia inminente echará por tierra sin dificultad.

Ahora debo referirme brevemente a los recién nacidos. En ese medio rural, la maternidad cubre una zona de influencia bastante grande, y de muchos pueblos de los alrededores vienen a dar a luz en ella. Eso explica el número relativamente elevado de recién nacidos que se encontraba esa noche en el establecimiento: dieciséis. Ahora bien, un hecho muy sugestivo me llama poderosamente la atención (no sé si ustedes lo habrán observado también): en la lista de familias de los bebés asesinados, figuran solamente quince nombres. Me he tomado el trabajo de cotejar todos los diarios, y el resultado ha sido concluyente. En todas las listas publicadas aparecen siempre quince nombres, jamás dieciséis. En un primer momento se me ocurrió que alguna de las madres podría haber tenido mellizos, pero en seguida descarté la hipótesis, porque la prensa amarilla, que extrae sus dividendos de lo luctuoso, no hubiese dejado de explotar ese detalle doblemente doloroso. No, la explicación había que buscarla en otra parte, y después de un buen rato de reflexión, la solución me pareció evidente: el decimosexto recién nacido había sido introducido clandestinamente en la maternidad, y las autoridades, por razones obvias, con el fin de proteger la reputación del establecimiento, habían decidido ocultarlo.

Los tres miembros del auditorio, inmóviles y silenciosos, están como en un segundo plano respecto de su propia atención, que ocupa el centro de la mente, absorbiendo uno a uno los pormenores del relato, la intención explícita o tácita de las palabras, y movilizándolo al mismo tiempo las otras funciones que se ponen a su servicio, la inteligencia, la memoria, la intuición, la percepción auditiva que registra el sonido de las palabras y la observación visual que va sacando, de la mímica, las miradas y los ademanes del narrador, un suplemento de sentido que solamente otorga la relación oral de la historia. Cuando un trueno fuertísimo hace vibrar la ciudad entera e, individualmente, cada uno de los objetos vibrátiles depositados en cada una de las habitaciones de cada una de las casas que forman la ciudad, Tomatis efectúa una pausa fugaz destinada a considerar

el estruendo, y haciendo una mueca admirativa que podría ser considerada como una especie de digresión gestual, se queda unos segundos pensativo, y después continúa.

—En la presentación que podríamos llamar analítica de los hechos, a la que optaría para hacer más clara su exposición, Holmes ya iría evocando suficientes elementos que otorgarían verosimilitud a su propia hipótesis sobre lo ocurrido. El poema narrativo —si llego a escribirlo alguna vez— subrayaría con vigor lo siguiente: esa hipótesis, Holmes la habría elaborado sin salir de su habitación, y casi podría decirse sin sacarse más que para ir a dormir su *fumoir* de terciopelo verde oscuro, y casi sin levantarse de su sillón favorito como no fuese para dar algunos pasos por la habitación con el fin de consultar sus archivos personales, desplegar sobre su escritorio recortes de diarios de distintas épocas —algunos incluso de muchos años atrás— y proceder a su estudio comparativo, o consultar alguna obra sobre la aristocracia inglesa, un tratado acerca de diferentes variedades de sustancias venenosas, su procedencia y sobre todo sus efectos, o si no una guía completa de los ferrocarriles, sus tarifas, sus horarios, sus principales combinaciones, etcétera. Después de esa introducción minuciosa, Holmes expondría rápidamente lo que él llamaría a partir de ese momento "la cuarta hipótesis" fórmula que, por otra parte, si lo escribiese, le pondría como título a mi poema narrativo. Y esa cuarta hipótesis de Holmes sería más o menos la siguiente: durante los meses en que había atendido a Lady M., la enfermera debería haber tenido varias veces la ocasión de cruzarse con el hermano de la enferma, el deportivo y sobresaliente Lord W., de quien Holmes habría podido leer en las notas sociales de algunos viejos diarios que, antes de fundar una familia, habría tenido una vida sentimental agitada. Para Holmes, un temperamento semejante no se perdería con el matrimonio; simplemente se volvería más discreto. Holmes, entonces, según la cuarta hipótesis, les atribuiría una relación íntima a Lord W. y a la enfermera. Después de la muerte de su hermana, Lord W., a través de su sobrina para no exponerse personalmente, recomendaría a la enfermera para el puesto en la maternidad, y durante las primeras semanas continuaría viéndola en secreto, aunque en determinado momento se produciría una ruptura impuesta no por Lord W., que hubiese preferido seguir gozando discretamente de los atractivos de una hermosa muchacha de veintitrés años, sino por la enfermera, que se habría separado de él con un pretexto cualquiera, sin decirle que estaría embarazada y que deseaba tener la criatura, lo que, debido a su posición social y política eminente, su amante no estaría dispuesto a permitir. Las indisposiciones de las primeras semanas de su llegada al hospital y el hecho de que hubiese engordado bastante en los últimos meses habrían orientado las sospechas de Holmes en ese sentido y quizás también las de Lord W. Ciertos embarazos no son difíciles de ocultar, y la enfermera podría tener probablemente, según Holmes, dos proyectos diferentes; uno, desaparecer con el niño pocos días después de su nacimiento, otro, exigirle a Lord W. una reparación amenazándolo con un escándalo, lo que se llama vulgarmente un chantaje. Holmes podría comentar con una sonrisa amarga, en tres o cuatro versos sentidos, que eso ya el mundo no lo sabría nunca, pero que de todos modos para Lord W. las dos opciones eran igualmente peligrosas, ya que

el padre de dos hijos legítimos que podían aspirar al trono de Inglaterra, no admitiría jamás la posibilidad de que un bastardo anduviese suelto por el mundo. De modo que comenzaría un asedio para obligar a la enfermera a deshacerse de la criatura. Como para un aborto ya sería demasiado tarde, la enfermera empezaría a temer por su propia vida, así que probablemente, según Holmes, debería haber previsto algún seguro, una carta, un documento en el que, si le ocurría algo grave, se daría a conocer públicamente la situación. Ésa, según Holmes, debería ser la razón por la cual la enfermera había llegado viva hasta el momento del parto, pero las disposiciones que había tomado para sí misma no protegían al bebé, por la simple razón de que el mundo entero, aparte de ella y del eminente miembro de la Cámara de los Lores, ignoraría su existencia. Porque justamente la semana anterior, cuando faltaría varios días del hospital, se habría encerrado en algún lugar secreto a dar a luz a la criatura. Como buena profesional, habría tenido ya todo preparado, y desde los primeros síntomas, se apartaría del mundo en el sitio adecuado, provisto de todo lo necesario, al abrigo de miradas indiscretas y, sin la ayuda de nadie, traería al mundo a la criatura. Holmes — dice Tomatis — haría silencio en ese momento y se quedaría pensativo, absorto en lo que estaría a punto de decir, y su cara adquiriría una expresión de profunda gravedad, más afín con la tristeza que con la indignación. Y sería en este punto del relato si, desde luego, lo escribiese, donde introduciría los cambios que, en los últimos años se habrían producido en la personalidad de Holmes, ilustrando una vez más cómo la supuesta inmutabilidad del mito se resquebraja y se transforma cuando lo mella, día a día, minuto a minuto, el asedio tenaz de la contingencia. Las ideas políticas y morales de Holmes, que hasta la primera guerra mundial fueron decididamente conservadoras, se habrían ido modificando en la versión que daría de ellas mi poema narrativo, bajo la influencia de ciertos hechos históricos, cómo la Revolución Rusa, el asesinato de Rosa Luxemburgo, la crisis económica de 1929, el ascenso del fascismo y del nazismo, la guerra de España y las innegables conquistas sociales del Frente Popular. Habiéndose retirado de la escena pública a la existencia monótona de un rentista desocupado, no sin haber dejado como muchos otros pequeños ahorristas ingenuos, algunas plumas en la Bolsa, con el ocio suficiente para leer cosas un poco más independientes que las que aparecen en los diarios (Spinoza vivía de la óptica, Schopenhauer era rentista, y Nietzsche recibió una pensión vitalicia de la Universidad de Basilea por sus notables servicios prestados como filólogo durante diez años, cuando por problemas de salud tuvo que renunciar a la cátedra, de modo que ninguno de los tres estaba obligado a moderar sus ideas y su expresión para no malquistarse con los que pagan los avisos publicitarios, como lo hacen las empresas periodísticas), Holmes habría ido adoptando poco a poco ideas socialistas, incluso añares sindicalistas, para las que, según el juicio clarividente del doctor Watson, por su modo de vida singular y por su personalidad por cierto inclasificable, parecía tener una predisposición innata. Y el doctor podría contar, sacudiendo suavemente la cabeza al tiempo que sonreiría, que Holmes una vez le habría dicho: *¿Qué se gana con defender el orden establecido, aparte de la aprobación mezquina de aprovechadores y de usureros, y de la admiración equívoca de las almas convencionales?*

– Inspector – dice Tomatis que, si él escribiese su poema, diría Holmes di-

rigiéndose al inspector en ejercicio —, los que pretenden que no hay nada nuevo bajo el sol, ignoran que la conciencia de los hombres, emancipándose de las condiciones históricas que la determinan, es el factor novedoso que analiza y juzga el acontecer de manera diferente cada vez, y por lo tanto es nuestra conciencia siempre renovada lo que hace que nada se repita. El plan de la enfermera consistía en ocultar el niño entre otros niños, traspapelándolo por decir así entre los quince recién nacidos de la maternidad. Nada resultaba más fácil; los niños estaban todos en la sala común, de la que los sacaban a horas fijas para alimentarlos, y dejarlos durante un rato solamente, varias veces por día, con las madres que compartían de a tres o cuatro distintas habitaciones de maternidad. Nunca estaban todos los niños en la sala común; siempre faltaban algunos y, desde luego, porque no existía ninguna razón para que eso sucediera, a nadie se le hubiese ocurrido contarlos. Después del crimen, se silenció la presencia del bebé desconocido para no perjudicar como ya lo he dicho la reputación del establecimiento, pero también hasta no haber averiguado a ciencia cierta de dónde provenía. De todos modos, cuando se efectúe la autopsia de la madre, que creo está prevista para mañana por la tarde, ya no quedarán dudas sobre el origen de la criatura.

Por horrendo que parezca, el crimen de Lord W. no es sin embargo original; es el mismo crimen de Herodes, y en los dos casos, la masacre de los inocentes tuvo lugar por las mismas razones, porque con su sola aparición el recién nacido ponía en evidencia, en aquellos que estaban depuestos a aniquilarlo, que el rango superior que se atribuían y que harían cualquier cosa por preservar, lo habían obtenido por medio del crimen, del disimulo y de la usurpación, y que ningún fundamento, como no fuesen la propaganda y la dominación en todas sus formas, les permitía mantenerse en él. Cuando el crimen, como en el caso de Herodes, encuentra un pretexto político, debe volverse ostentatorio para poder predicar su legitimidad. La abominación presente es un acto privado; al realizarlo, el autor ha puesto en juego su nombre, su estirpe, y su propia cabeza, sobre la que ya se proyecta la sombra del patíbulo. Sin embargo, aparte del documento oculto de la enfermera y de algún otro detalle, nada podría probar lo que sostiene la cuarta hipótesis, a saber que Lord W., cuando comprendió dónde estaba escondido el bastardo, como no pudo obtener de la enfermera que lo identificara, la envenenó disfrazando el crimen de suicidio, y después echó veneno en la leche y en otras substancias que estarían en contacto con los recién nacidos, ya que el veneno es tan poderoso y sus efectos tan fulminantes y singulares, que aun a través del contacto externo es mortal, en todo caso para un recién nacido. Tal es, estimados amigos, mi propia hipótesis — dice Tomatis que Holmes diría si él escribiese su poema narrativo, y que al terminar su largo relato, sacaría otra vez su reloj del bolsillo superior de su *fumoir* verde oscuro, y alejándolo un poco para corregir un fuerte astigmatismo, intentaría descifrar la hora con no poca dificultad.

Durante el verano demasiado largo, la atención se empaña y la inteligencia cabecea; únicamente el cuerpo, a pesar del sopor general, parece gozar por su cuenta de placeres que son más bien compensatorios, como la frescura, táctil o gustativa, que reequilibra la temperatura, el esfuerzo físico que, aumentando el

sudor y el cansancio, permite adquirir por contraste después del reposo una impresión de levedad, o el sexo que, llevando el esfuerzo y la esperanza hasta el paroxismo es capaz de obtener, durante unos segundos, la anulación del Todo, cuya carga, sin saberlo, llevamos siempre a cuestas, o, más modestamente quizás, un relajamiento muscular y mental de lo más agradable. Pero con la primera gran tormenta de otoño, cuando la temperatura, en unas pocas horas, o incluso en unos pocos minutos, baja de varios grados, la alerta es general, y si los sentidos perciben de inmediato, eufóricos, la novedad, el cristal empañado de la mente, desembarazado del vaho del verano, se vuelve otra vez límpido, transparente, ubicuo, rápido y vivaz. En ese estado están ahora, en el bar de la terminal de ómnibus, en el que empieza a sentirse el primer frescor de la lluvia que retumba en la ciudad entera, Soldi, Pichón y Nula, que escuchan casi sin parpadear las frases bastante bien redondeadas que Tomatis va dejando salir de entre los labios irónicos y oscuros.

En su poema, si él lo escribiese, Holmes diría que, cuando la prueba de un crimen horrendo no existe, habría que incitar al propio criminal a suministrarla. Y guardando otra vez su reloj en el bolsillo superior del *fumoir* de terciopelo verde oscuro, Holmes advertiría a su auditorio: dentro de siete minutos más o menos, mi hipótesis será confirmada o negada según el giro que tomen (o no tomen) los acontecimientos. Y Tomatis dice: Holmes, en verso desde luego, si él escribiese el poema narrativo, les explicaría a sus oyentes, que paladearían escuchándolo su *single malt* o su armagnac del siglo anterior, cuál habría sido su manera de proceder. Un tal Danny el Rata, el ladrón más hábil de todo el bajo fondo inglés, le estaría debiendo un favor a Holmes, que habría ayudado a mandarlo un año entero a la cárcel — *El año más feliz de mi vida*, diría Danny aliviado y agradecido — salvándolo de esa manera de la horca, porque Danny sería un ladrón tan perfeccionista que, cuando Scotland Yard lo acusaría de un triple asesinato, a él le sería imposible demostrar que a la hora en que ese triple asesinato había sido cometido en Leeds, él estaba en Cornuailles desvalijando una mansión burguesa, a tal punto era el maestro indiscutido en el arte de borrar todo indicio de su paso por los lugares que visitaba. Holmes, que lo habría empleado dos o tres veces antes de esos acontecimientos, sabría que el robo era la pasión exclusiva del Rata y habría demostrado — el inspector Lestrade se acordaría todavía del caso — su culpabilidad en el robo, salvándolo de la horca. De modo que Danny, dice Tomatis que diría Holmes, no podría negarle ningún favor, y como se habría retirado al campo y viviría a dos pasos de donde habrían tenido lugar los acontecimientos, podría cumplir con el encargo de Holmes de la manera más rápida y eficaz. Y la tarea, diría Holmes en el relato del que Tomatis pretende que, si lo escribiese, compartiría con *Edipo Rey* la particularidad de ser en toda la historia de la literatura los únicos dos relatos policiales escritos en verso, consistió en deslizarse, en el departamento de la enfermera, un falso telegrama, fechado hace un mes y medio, redactado en términos misteriosos que únicamente el autor de la cuarta hipótesis y la persona al que esa hipótesis designa como al presunto culpable podrían entender un telegrama que sugiere veladamente que el "documento" revelador está en buenas manos, en el departamento del firmante, un tal S. H., en 221 bis Baker Street. Holmes diría

que el Rata debía dejar el telegrama, como si hubiese estado oculto ahí desde semanas atrás, entre las hojas del Nuevo Testamento, en el capítulo 2 del Evangelio según San Mateo, y que, antes de irse, tenía que marcar con una cruz bien visible, el versículo 16 de ese capítulo ya que, con todos esos detalles, el asesino comprendería que sus intenciones ya habrían sido previstas por la enfermera y que otra persona estaría al tanto de la verdad, por lo cual no le quedaría más alternativa que venir a buscar la carta en la que la enfermera explicaría en detalle la situación. Lo que el asesino ignoraría según Holmes, dice Tomatis, es que al venir a buscar una prueba inexistente, traería consigo dos pruebas verdaderas, irrefutables, aplastantes, que bastarían para mandarlo a la horca. La primera, de orden material, lo condenaría de inmediato; y aunque la segunda sería de orden puramente intelectual y tal vez ningún jurado la aceptaría, para Holmes tendría un valor más decisivo que todos los indicios materiales reunidos, porque el telegrama habría sido redactado de tal manera, en acuerdo tan estrecho con la cuarta hipótesis, que únicamente el asesino podría comprender su verdadero significado, arriesgándose por esa razón a venir a Londres a buscar el "documento", aunque sin duda pretextaría haber hecho el viaje para consultar al gran detective con el fin de solucionar el caso, secretamente convencido de que las facultades de Holmes habrían disminuido con la vejez, y que no corría ningún riesgo consultándolo sino que, muy por el contrario, con su elaborado sentido de la publicidad, mostrándose en público con el gran detective, del que muchos ignorarían que siguiera todavía vivo, acentuaría ante la opinión su supuesto deseo de querer resolver realmente el enigma.

Holmes diría que Danny el Rata habría puesto el Nuevo Testamento en ligera evidencia esa mañana, y, según Tomatis, Lord W. habría registrado por segunda o tercera vez el departamento de la enfermera (en tanto que principal benefactor de la maternidad y en tanto que personaje eminente podría permitírsele todo y cualquier pretexto le serviría para entrar y salir a sus anchas por todas partes) y habría terminado por encontrar el telegrama, ya que si Danny el Rata lo decidía así, las cosas no podrían desarrollarse de otra manera. Tal vez podría declarar una intención de contratar a un gran detective londinense, sin dar nombres, pero Tomatis confiesa que ese punto todavía no lo tiene resuelto. Y Holmes diría que el único tren de la tarde que para en esa pequeña ciudad sale de ella a las 18.30 y le pone tres horas diez hasta Londres, de modo que habría llegado a las 21.40. El tiempo de recorrer el andén y el hall de la estación, llegar á la parada de taxis y esperar el turno de tomar uno, oscilaría para Holmes entre ocho y once minutos, y de Charing Cross a Baker Street, a esas horas de la noche un día de semana, calcularía entre veinte y veintidós minutos, lo que en total agregaría a las tres horas diez entre treinta y treinta y tres minutos. O sea que si ha tomado el tren como lo tengo previsto, dice Tomatis que si él escribiese su poema diría Holmes, tendría que estar aquí entre las diez y diez y las diez y trece minutos. Yo miré mi reloj a las diez y seis minutos. ¿Qué hora marca su reloj pulsera, inspector? Y dice Tomatis que el inspector en ejercicio, con la voz un poco ronca, respondería: "Las diez y doce minutos, señor Holmes"; Y dice Tomatis: un silencio total reinaría como se dice después de esas palabras en la habitación, un silencio semejante al que podría reinar en un uni-

verso extinguido. Durante treinta o cuarenta segundos no se oiría en todo Londres el más imperceptible ruido. Y de pronto podría empezar a oírse el motor inconfundible de un taxi, una frenada, el ronroneo del motor en marcha que deja oír en general un auto provisoriamente detenido, y unos instantes más tarde un portazo, el taxi que arrancaría nuevamente y se alejaría por Baker Street al oeste, y un ruido de pasos y por fin, después de un silencio vacilante de cinco a seis segundos, el timbre de la puerta de calle.

Mientras oirían a la señora Hudson abrir la puerta, intercambiar dos o tres frases con el visitante e invitarlo a subir las escaleras, Holmes, en un murmullo casi inaudible según Tomatis, explicaría a sus visitantes que el veneno empleado para cometer la abominable masacre sería una substancia rarísima, inconfundible por sus efectos, extraída de una planta que únicamente crece en la selva brasileña y que una sola tribu, ignorada por el mundo entero, salvo por los especialistas en substancias tóxicas, lo fabricaría. Ahora bien, sería notorio, según Tomatis, que Lord W., poniendo en práctica el conocido espíritu deportivo de los ingleses, habría remontado el Amazonas en canoa, y que se habría hecho fotografiar con los miembros de esa tribu —sin mencionar para nada el veneno desde luego— y que esa fotografía habría aparecido en todos los diarios a su regreso de la expedición. Holmes agregaría que, habiendo observado atentamente la otra fotografía de Lord W., la fotografía de la cesión de los terrenos para la construcción de la maternidad, habría podido comprobar que Lord W. aparecería en ella firmando el documento con la mano izquierda. Así que, si Como Holmes lo pensaría, Lord W. vendría con la intención de recuperar el "documento" y suprimirlo después, debería ser en el bolsillo izquierdo del saco donde traería el frasco de veneno. Y que en ese momento golpearían a la puerta Holmes le habría recomendado a la señora Hudson que si un hombre preguntaba por él alrededor de las diez de la noche le indicara la puerta del salón y lo dejara subir sin acompañarlo— y Holmes le haría una seña al inspector en ejercicio para que fuese a abrir. En el umbral, Lord W., desconcertado, echaría una mirada al interior, sin ver, más que a los tres ancianos que lo contemplaban, porque el inspector en ejercicio habría quedado oculto, con un movimiento deliberado, detrás de la puerta abierta. Con una expresión que después de unos segundos de vacilación aparecería en su rostro y que traducida a palabras significaría más o menos: *Después de una enfermera y de dieciséis criaturas, tres viejos decrepitos no le cambian nada al asunto*, Lord W. se decidiría a dar algunos pasos hacia el centro de la habitación, pero al oír la puerta que se cerraría a sus espaldas y al descubrir la presencia del inspector en ejercicio, y sobre todo la expresión con la que el inspector en ejercicio lo observaría, comprendería confusamente lo que estaba sucediendo. La apariencia civilizada de su cara se borraría y, en su lugar, los belfos intolerables de la bestia que, a causa de su deseo demente de supremacía y de persistencia, humilla, desgarrar y mata, se harían manifiestos en sus rasgos atormentados, Dando un salto hacia atrás, metería la mano en el bolsillo izquierdo del saco y la volvería a sacar aferrando un frasquito de vidrio marrón, al mismo tiempo que el inspector en ejercicio se arrojaría sobre él. Y mientras tanto, parándose con agilidad y recobrando la voz imperativa y firme de sus años de madurez, Tomatis dice con voz calma en el bar de la

estación que si él escribiese algún día su poema, Holmes gritaría:

— ¡Impídale tomarlo, inspector! ¡La horca estaría menos ocupada en sofocar a los hijos del pueblo si recibiese con más asiduidad las testas coronadas!

En un cuarto de hotel

El cliente, durante un largo rato, se contempla, abstraído, en el espejo. Su vida pasada y sus proyectos inmediatos no bastan para distraerlo completamente de su cara, de su cuerpo desnudo. Ha engordado un poco tal vez. Ya no anda lejos de los cuarenta. ¿No está empezando a volverse transparente para las mujeres? Unos años más y será como esos hombres maduros, o esos viejos que se parecen todos entre sí, y que deambulan en las ciudades, ignorados por la muchedumbre, grises y anónimos. Recién ahora está empezando a comprobar que la vejez, qué en su primera juventud había pensado que era la edad de la sabiduría, no es otra cosa que una inmersión irreversible y lenta en la bestialidad. De los años vividos ya no le va quedando más que la carne corruptible.

Pero esos pensamientos pasan rápido. Su compañera de viaje, que se ha demorado en la playa, entra brusca en el cuarto de baño y, rozándolo al pasar, comienza a desnudarse junto a la bañera. El cliente la contempla a través del espejo: la carne firme, tostada, de la muchacha, se vuelve como más irrefutable y salvaje cuando ella se desata los cabellos y los desparrama con dos o tres sacudidas hábiles sobre los hombros. Después la ve refregarse la carne dura bajo la ducha, con los ojos cerrados y la cabeza alzada que esquiva sin embargo a medias y como por instinto la lluvia espesa. El recuerdo de su propia corruptibilidad se esfuma de la mente del cliente, arrasado por esa presencia densa, persistente, por esa masa de vida nítida que llena el cuarto de baño iluminado, dándole realidad y sentido,

Mientras lo ve pagar la cuenta en el restaurant, la muchacha piensa que ese hombre con el que vive desde hace quince meses no le ha entregado, al fin de cuentas, todos sus secretos. ¿Cuál es la causa de esos silencios, de esas miradas sombrías, de esas respuestas bruscas a las que suceden, debe reconocerlo, disculpas inmediatas y sinceras? Y sin embargo, desde fuera presenta un aspecto tan saludable, tan compacto y enérgico. La enfermedad, se dice la muchacha, en esta pareja, vendría a estar más bien a mi cargo: soy bastante inestable, y mis exigencias de continuidad, de apoyo incondicional, tal vez representan para él una carga insoportable. Debería, piensa generosa, ser más abierta en el futuro, vivir el tiempo sucesivo sin obstinarme en organizarlo de antemano. Y cuando están saliendo del restaurant la muchacha, después de haber rechazado, con optimismo o tal vez con resignación, sus pensamientos problemáticos, se abandona al ademán amplio del hombre que le rodea los hombros con el brazo y la atrae hacia su pecho. Así atraviesan, lentos y felices, la ciudad desierta en direc-

ción al hotel, en el que una hora más tarde, echados desnudos en la cama, después de copular, se abandonan, separadamente, a sus propios pensamientos y a esa disgregación lenta que precede al sueño, de la que es difícil determinar si es producto del cansancio o bien si la negrura en la que culmina no es más que el estado verdadero y continuo de la mente. Ronquidos, espasmos, suspiros y quejidos llenan, intermitentes, el silencio oscuro del hotel.

El gerente, que está en la portería desde las ocho, los ve salir del ascensor con las valijas un poco antes de mediodía y les da la cuenta ya lista, recibiendo el dinero y guardando el vuelto que el cliente, con un movimiento de cabeza que indica los pisos superiores, ha dejado de propina para las mucamas. Después los ve desaparecer por la puerta de calle, amplia y entreabierta, y los olvida casi de inmediato, mientras hace desaparecer el original de la factura —el duplicado se lo ha llevado el cliente— entre las hojas de un libro de caja clandestino en el que va llevando, para reducir sus impuestos, una doble contabilidad. En el hall del hotel, un poco pretencioso y ya pasado de moda, no hay nadie a esa hora. El sol de septiembre entra por el ventanal que da a la vereda. Los sillones están vacíos y el televisor apagado. Durante dos o tres minutos no pasa nada (el gerente se ha quedado inmóvil junto al mostrador, pensando no sabe bien qué), hasta que de golpe, el ruido familiar del ascensor, que alguien ha debido llamar desde los pisos superiores, empieza a oírse en el hall iluminado.

Madame Madeleine

Esta señora, que vive en París desde el final de la Segunda Guerra, es en realidad normanda. Se casó con un ingeniero, especialista en telecomunicaciones, en 1950, y tres años más tarde nació su única hija, Muriel.

En 1961, una avioneta del ministerio de Comunicaciones se estrelló en los Pirineos y el piloto y los cuatro pasajeros, todos técnicos de la compañía pública de teléfonos, murieron en el accidente. El marido de madame Madeleine era uno de ellos, pero al morir dejó un seguro importante, una pensión confortable y un interesante patrimonio inmobiliario, lo que le permitió a madame Madeleine encarar con cierta tranquilidad la larga viudez que comenzaba. Había sido feliz con su marido, de modo que la posibilidad de un nuevo casamiento ni siquiera la rozaba. Ningún hombre hubiese podido substituir a su marido según ella pero, por sobre todo, no lo consideraba necesario. La evocación agradecida y melancólica del ingeniero y la educación de su hija ocupaban enteramente las horas de su viudez.

Muriel creció, atractiva y vivaz; era una adolescente un poco turbulenta en la que los tiempos que cambiaban parecían tener una influencia mayor que el departamento burgués en el que vivía con la viuda atildada y respetable que la había traído al mundo, pero a pesar de sus diferencias las relaciones entre la

madre y la hija eran, no únicamente buenas, sino también afectuosas y sinceras. Se comprendían a medias, pero tenían confianza una en la otra. La soledad y el buen pasar, la inactividad sin apremios, volvían conformista a la madre, en tanto que la muchacha parecía haber heredado algo del alma aventurera del ingeniero, que creía en la mecánica ondulatoria como otros en las letras de un libro mágico, y estaba convencido de que con su aplicación práctica el mal —la in-comunicación— sería aniquilado. En 1968 Muriel, que tenía quince años, se mezcló con la muchedumbre de jóvenes que, en las calles del Barrio Latino, salían en las mañanas de mayo a *cambiar la vida*. Y aunque en los años que siguieron esa esperanza juvenil se disipó, Muriel se inscribió en la Facultad de Medicina movida por una especie de obsesión humanitaria.

Madame Madeleine, que no ignoraba esa obsesión, no se sintió del todo descontenta con la elección, pensando que la carrera era respetable, y que con la madurez un uso más convencional del diploma terminaría por imponerse a su hija, pero en realidad, con el tiempo, las cosas empeoraron. El pionero que la había engendrado una mañana de la que todavía, casi un cuarto de siglo más tarde, madame Madeleine guardaba fresco el recuerdo, hervía decidido y enérgico en las venas de la muchacha, y apenas tuvo su diploma Muriel se inscribió en una de esas organizaciones de médicos que, desde las naciones ricas que contribuyeron a despojarlos, mandan misiones sanitarias a los países pobres.

Las relaciones entre las dos mujeres se degradaron. Los mismos rasgos de carácter que la habían seducido en el padre, le resultaban a madame Madeleine insoportables en la hija. Y, como sucede en ese tipo de rencillas familiares, de lo más banales por otra parte, por orgullo u obstinación, las posiciones, discretamente opuestas al principio, a medida que iba pasando el tiempo se radicalizaban. Casi de un modo sistemático, y aunque no había ninguna deliberación en ellas, sus opiniones eran siempre contradictorias. Mientras Muriel se abría al mundo, su madre se cerraba. A la hija, el confort europeo le resultaba moralmente abominable, un simulacro de civilización, y era en las aldeas perdidas de África, del Lejano Oriente o de América latina donde según ella se manifestaba la realidad de la vida. Para la madre, por el contrario, en lo exterior del círculo claro de valores burgueses en cuya zona, cada día más, se atrincheraba, reptaban sombras confusas, tan poco humanas en apariencia que era difícil identificarse con ellas, y que le parecían incomprensibles y amenazadoras. Un desdén por lo extranjero, lo lejano, la inducía a arrojarse en una especie de culto por lo local, por las formas de vida que practicaban los que se le asemejaban en su aspecto físico, en sus costumbres, en su vestimenta, en las cosas que comían, en la decoración de sus casas, etcétera. Y para la hija, en una obcecación antitética, la pobreza, la piel oscura, la intemperie, eran prueba suficiente de integridad y de inocencia.

Durante los dos o tres primeros años de las actividades de Muriel, las dos mujeres sufrían y rabiaban, hasta que un día en el que la hija vino a anunciarle su casamiento, la ruptura se produjo. No había habido ninguna provocación, consciente por lo menos, en la elección del marido, pero lo cierto es que era árabe, argelino para ser más exactos, o sea, para la madre, que revive viejas conversaciones políticas con el ingeniero, originario de las filas del enemigo. A de-

cir verdad, aunque su tipo árabe era pronunciado hasta la caricatura, lo realmente molesto era su adaptación casi demasiado perfecta al modo de vida francés, del que imitaba hasta los tics más superfluos y llamativos. Era médico como Muriel, pero sus ideas sobre la profesión eran más afines con las de la madre que con las de la hija, y había instalado su consultorio en un barrio bastante burgués de la Rive Gauche.

Todo eso madame Madeleine lo supo un año después del casamiento, cuando, al cabo de cierto tiempo de vivir distanciados, él viejo afecto terminó prevaleciendo y tuvo lugar la reconciliación. Un domingo, la hija y el yerno vinieron a almorzar a la casa materna. Muriel se mostró afectuosa y contenta con el reencuentro, y su marido le pareció a madame Madeleine educado, discreto y lleno de consideración hacia su persona. Pero su aspecto tan típicamente árabe la incomodaba. Hubiese querido presentárselo a sus amigas, pero más de una vez había coincidido con ellas en lo desagradable que eran los rasgos exteriores de esa raza y de ese pueblo que tantos conflictos había motivado a su propio país. A causa quizás de su mimetismo con todo lo que fuese francés, Ahmed la fascinaba y la repelía a la vez. Aunque cualquiera que fuese el tema de discusión él estaba siempre más cerca de sus posiciones que de las de Muriel, madame Madeleine hubiese preferido tenerlo como antagonista y no como aliado. Y si bien no tenía nada concreto que reprocharle, no podía reprimir en su interior, aunque hacía muchos esfuerzos para disimularlo, el inextinguible reproche de haberse casado con su hija, de haber traído lo extranjero al interior mismo de la fortaleza en la que, al igual que tantos otros semejantes a ella, se había retirado. Y al cabo de algunos meses de almuerzos dominicales íntimos y un poco aburridos, Muriel le anunció que estaba embarazada.

Cuando el niño nació, el parecido con su padre le resultó a madame Madeleine casi humillante: ni un solo rasgo normando se había intercalado en la criatura para atenuar la ortodoxia semítica de su aspecto físico. Muriel quería darle un nombre africano, pero Ahmed insistió y obtuvo Claude, por Claude Bernard, como homenaje al creador de la medicina experimental, lo que no dejó de sugerir a la abuela que ese nombre era un anacronismo si se tenía en cuenta al ser que designaba, y que tal vez hubiese sido preferible que un nombre más adecuado a su aspecto exterior lo nombrara. Esas reflexiones eran fugaces, atenuadas, más parecidas a sensaciones vagas que a pensamientos, y una especie de estoicismo la inducía a ocultarlas, de modo que su reticencia se parecía menos al reproche que a la tristeza, y la hija y el yerno la ignoraban, aunque las relaciones, sobre todo con Muriel, eran a la vez cordiales y distantes. Madame Madeleine se sentía tironeada entre su familia y sus amistades, sin decidirse a romper con ninguna de las dos. A veces, cuando estaban demasiado ocupados, la hija y el yerno le dejaban al nieto un día entero, y ella lo cuidaba, le compraba juguetes, le daba de comer, y aunque no lo desquería, tampoco sentía un afecto particular por ese extranjero diminuto, de piel oscura, labios protuberantes y pelo enrulado que, a parte de sus padres y de ella, no tenía a nadie más en el mundo.

Una vez, como tenían que asistir a un congreso, Muriel y su marido se lo dejaron por un fin de semana, y aunque únicamente habían ido en auto hasta

Avignon, nunca más volvieron a buscarlo: un accidente en la autopista los mató a los dos, y la muerte de Muriel, si se piensa en la del ingeniero, podría darle la razón a los que piensan que también las muertes por accidente pueden ser hereditarias (después de todo, también existen los que afirman haber descubierto los genes del suicidio). Lo cierto es que cuando terminó de llorar a los padres, y madame Madeleine quedó sola con su nieto, el dolor empezó a disiparse al paso del presente que afloraba con su curiosa realidad. El chico, que tenía dos años y medio, parecía ignorar la muerte de los padres, y se aferraba al cuerpo caliente y blando de la abuela. Madame Madelaine sabía que nunca lo abandonaría, y que a pesar de haber rechazado siempre, sin saber por qué, lo extranjero, por una ironía del destino debería resignarse a admitir que, a causa del cuerpecito oscuro que se pegaba obstinadamente al suyo, de ahora en adelante lo extranjero, lo exterior, era ella la que lo encarnaba.

Lo visible

A treinta kilómetros de la planta, una semana, quince días después del incendio y de la explosión del reactor, estaba prohibido quedarse y hasta pasar por ahí aunque más no fuese rápidamente, pero poco a poco la vigilancia se fue relajando y al mes nosotros, los viejos, nos dimos cuenta —y lo comentábamos riéndonos— de que a los jóvenes lo que los había hecho emprender la fuga no era tanto el miedo como la esperanza, eso de lo que nosotros, desde hace cierto tiempo, ya estamos al abrigo. Así que, sin ponernos de acuerdo, siguiendo cada uno por nuestra cuenta el mismo razonamiento, uno por uno, fuimos volviendo a instalarnos en esos pueblos donde habíamos nacido, esos pueblos por los que habíamos visto pasar los zares, la guerra civil, la revolución, las purgas, las invasiones, la tiranía, la muerte, pero también los casamientos, los partos, la infancia, las fiestas, los trenes, las cosechas.

Más tarde, los jóvenes también empezaron a volver, pero los viejos fuimos los primeros y aunque como antes (aunque por ahí, entre treinta y cero kilómetros del sarcófago que cubre el reactor ya por muchísimo tiempo o tal vez nunca más nada volverá a ser como antes) respirábamos el mismo aire y caminábamos sobre la misma tierra, entre ellos y nosotros existía una diferencia de peso: si a ellos les costaba creer en la realidad mortífera de lo invisible que la explosión había desencadenado, a nosotros esa realidad nos era indiferente. Ya nos sabíamos condenados mucho antes de la explosión, a corto y a largo plazo. Así que, como habíamos evacuado el pueblo contra nuestra voluntad, a los quince días nomás volvimos. Después de tantos años de venir sobreviviendo, ya estábamos habituados a sentir cómo desde lo oscuro la punta de lo invisible tala-draba el tiempo y las cosas.

Dicen que a los bomberos que fueron en las primeras horas a combatir el incendio, los pocos minutos en que cruzaron por el aire lleno hasta rebalsar de

lo invisible bastaron para desintegrarlos, y a los que estuvieron a cincuenta metros, a las pocas horas no les quedaba, ni por dentro ni por fuera, ningún rasgo humano. Pero a treinta kilómetros, la acción de lo invisible se parece al designio habitual de lo exterior, que da y retira, edifica y derrumba, y con la misma obstinación imperturbable cuaja las formas repitiéndolas hasta la náusea con el solo fin de, un poco más tarde, desfigurarlas y disgregarlas, moliéndolas tan fino que terminan por ser otra vez irreconocibles, mezcladas al polvo gris y anónimo del tiempo abolido.

Cuando únicamente los viejos habíamos vuelto, fueron días verdaderamente felices. Nos conocíamos codos desde la infancia; habíamos trabajado en las mismas fábricas, en los mismos campos, combatido en las mismas trincheras, bailado y bebido en las mismas fiestas, y muchos miembros de nuestra generación, en tiempos de guerra por ejemplo, habían compartido hasta la misma muerte y aun la misma tumba apresurada e ignota. Y por primera vez desde nuestra infancia, ya no había zares, no había partido, no había destacamento militar, ni superiores, ni espías, ni jefes, ni prédicas sinceras, ni consignas paternas, ni comisarios políticos, ni instructores militares o civiles, ni monjes ni popes: habíamos franqueado la línea más allá de la cual reinaba, omnipresente y mortal, lo invisible, internándonos en una zona en la que al parecer ninguna jerarquía ni ningún discurso eran todavía válidos, y esa situación inédita nos confería una libertad incomparable.

Todo nos pertenecía, casas, huertas, jardines, despensas y bodegas. Como habíamos conocido no pocas veces la escasez y también el hambre, no ignorábamos el valor de la abundancia, y por primera vez supimos lo que era gozar de ella. Bastaba agacharnos para recoger la ensalada, los tomates, las frutillas que ni siquiera habíamos plantado — los que lo habían hecho estaban lejos, en la ciudad, en lo de algún pariente, en el hospital, en el cementerio tal vez ahora. Todo eso era secundario porque, a decir verdad, y aunque durante incontables generaciones sus antepasados habían vivido en la región, ellos nunca más volverían. En las bodegas, las botellas de vodka, de vino, y hasta de champagne en la casa de algún personaje importante, se alineaban, ofrecidas, esperándonos. Las vacas daban más leche de la que podíamos tomar, las gallinas más huevos de los que requería cualquier tortilla, y los pollos, los patos, los cerdos y los corderos que sacrificábamos, anticipándonos a los soldados que tenían orden de matarlos y desenterrarlos o quemarlos, y que poníamos a asar en los jardines (no hay que olvidar que estábamos en primavera), más abundantes que en cualquier fiesta a la que, en nuestra vida ya demasiado larga, hubiésemos asistido. De manera que los perros y los gatos que se habían dispersado por el campo, porque también a ellos los soldados debían matarlos donde los encontraran, volvieron con la confianza restaurada, y si en los primeros días estaban todavía un poco ariscos, casi en seguida se apaciguaron. Así nos encontraba, en ese período feliz, el fin del día; reunidos alrededor de una mesa bien puesta, brindando y conversando, cantando las mismas canciones que contaban viejas historias acaecidas hacía años en la región, hablando de vivos y de muertos, y todos esos animales que se habían aliado con nosotros, pareciéndonos un poco en el hecho de que, por ignorarla, eran tan indiferentes a la muerte como habíamos llegado a

serlo nosotros, resignados de saberla tan inevitable y cercana.

No habíamos sido en nuestra juventud únicamente obreros, campesinos, soldados. Algunos, en nuestros ratos libres, tocábamos el violín, escribíamos versos o memorias, montábamos alguna que otra obrita de teatro. Yo, por ejemplo, en los años veinte, había ido un tiempo a la escuela de bellas artes de Vitebsk, y aunque mi talento es muy inferior a mi pasión por la pintura, desde entonces, cuando me venían ganas, dibujaba alguna cosa o distribuía un poco de pintura sobre una tela. Mi maestro había nacido no demasiado lejos de la zona, y había jugado de chico en lugares parecidos a los míos. Era capaz de observar las líneas ideales y las correspondencias secretas de lo visible, hasta vaciarlo de la materia precedera, la que hoy es atacada y corrompida por lo invisible, y a pintar su forma inalterable y eterna. Cuando buscaba los contrastes, eran siempre los más despojados y sutiles, negro sobre negro, gris sobre gris, blanco sobre blanco. Al volver a las formas y a las figuras, después de su paso por el despojamiento extremo, sus personajes habían perdido todo rasgo individual y no pocos de sus atributos humanos. Los que le reprochaban que pintara esas formas incompletas –campesinos sin cara, sin brazos, criaturas vagamente familiares y a la vez tan extrañas– ignoraban el elemento profético que las justificaba, porque unas pocas décadas más tarde en los mismos jardines de su infancia, a causa de la propagación de lo invisible, empezarían a proliferar seres sin cara, sin brazos, formas caprichosas y vivas en las que una especie nueva y diferente de la nuestra parecía estar encarnándose. Tal vez a través de esas formas genéricas, humanas e inhumanas a la vez, trataba de figurar también lo que nuestro siglo estaba haciendo de las criaturas que se agitaban en él y del lugar en el que habían surgido y las había cobijado. Cuando los que mandaban querían propagar el trabajo, mi maestro reivindicaba la pereza, y donde otros pretendían imponer a toda costa el contenido edificante, él explicaba el esquema ideal del universo, saludando la enseñanza inagotable de la forma y de su centelleo colorido. De su proximidad rigurosa y mágica me quedó el gusto exaltante de lo visible.

En mis ratos de ocio, entonces, los que me dejaron las interrupciones causadas por el trabajo, la guerra, el exilio, mi vida familiar también, mi mujer, mis hijos, mis amigos y mis enemigos, el estudio de lo visible, las fases diferentes de un mismo objeto o de un mismo lugar en diferentes horas del día o en diferentes estaciones del año, fueron mi manera de buscarle un sentido al mundo. Ese sentido es simplemente la yuxtaposición, en la memoria, de los estados sucesivos de una presencia cualquiera, interna o exterior, al paso de los minutos, de las horas, de los meses o de los años. Tomar conciencia de esa sucesión es lo que le da sentido al mundo, no el sentido que preferiría nuestro deseo, sino el de las cosas como son. Ningún objeto es constantemente idéntico a sí mismo. Un tomate, por ejemplo, nunca es única y verdaderamente rojo. Si creemos que es rojo y única y verdaderamente rojo, ese prejuicio nos impide percibir sus estados sucesivos y por lo tanto, al cegarnos para lo que las cosas son íntimamente, nos ciega también para entender el sentido de nuestra existencia. El mismo tomate cambia muchísimo al paso de los días desde que aparece en la planta hasta que es arrancado y depositado en un plato, pero no más de lo que cambia en

ese plato durante las horas del día o en unos pocos segundos, cada vez que mi mirada se fija en él y me permite tomar conciencia de su presencia. En mi memoria sigue cambiando a través de infinitas e imprevistas transformaciones. Tanto como en lo exterior, cambia de forma, de color, de estado, y por último de sentido. En mis ratos libres, con mis modestos medios de expresión, me dedicaba a pintar la misma cosa muchas veces — un tomate, una silla, un jardín o un árbol, una cara, una colina, siempre los mismos de ser posible, la misma silla, la misma colina, la misma cara (la mía) durante cincuenta años. Saber que las cosas son y no son al mismo tiempo: eso es lo que pone de manifiesto el sentido del mundo. Una cosa cualquiera, pero también su imagen pintada, aunque perezcan fijas y fin reposo, son a pesar de esa firmeza aparente, el teatro discreto donde se representa a cada instante una escena vertiginosa.

La explosión, activando lo invisible, acabó con esa discreción benévola que, si al fin de cuentas terminaba también por dissociarnos, gracias a la lentitud con que nos derruía, nos permitía cierta ilusión de permanencia. La explosión vino a expulsarnos de nuestra patria común, que es lo visible. Únicamente los viejos, a causa del poco tiempo que nos quedaba, podíamos desafiar lo invisible, ya que sus estragos se confundían con los términos habituales que nos fueron acordados. Cuando se ignora la esperanza la adversidad, por obra de ese desdén obligado, queda de inmediato abolida. Así que al empezar, uno a uno, a desplomarnos, la evidencia de ese final, inscripto ya desde hacía mucho tiempo en nuestros planes, no nos permitía derrochar las pocas fuerzas que nos quedaban con el gasto superfluo de la prudencia. Lo cierto es que durante cierto tiempo, en ese territorio que todos habían abandonado, por primera vez en nuestra larga vida el mundo estuvo hecho a la medida exacta de nuestros deseos. Fue un período breve de placer y de calma, durante el cual sin deberes, sermones o amenazas, gozábamos del mundo adverso y precario. Es verdad que las cosas, durante esa primavera — la explosión había sido en abril — eran, por su tamaño, su color o su forma, un poco diferentes de lo que siempre habían sido, como si a causa de la explosión un nuevo mundo, colateral del primero, pero que terminaría suplantándolo por completo, hubiese empezado a proliferar. Al poco tiempo, también nosotros formábamos parte de él, porque lo invisible nos había alcanzado, infiltrándose en nuestro cuerpo, y cuando el ejército vino a evacuarlos, los soldados, que sin embargo actuaban con firmeza no exenta de compasión, evitaban en lo posible nuestro contacto, y aun nuestra proximidad, porque éramos ciudadanos de ese mundo nuevo que ellos creían circunscripto a un radio determinado pero que en realidad, gracias a esa explosión providencial, había comenzado una expansión tal vez ya infinita. Por otra parte, si fuimos los pioneros de ese mundo desconocido, las multitudes nos siguieron, porque al poco tiempo las leyes que anatematizaban el espacio prohibido se relajaron, y la circulación permanente entre ese espacio y el de afuera, fue haciéndose cada día más banal. Ya no se sabe quién está adentro o afuera de esa germinación hormigueante.

Los militares y los hombres de ciencia nos trataban como a objetos o criaturas de esencia y de uso desconocido, aislándonos en habitaciones vacías y blancas después de haber quemado nuestra ropa y el resto de nuestras perte-

nencias, y de habernos hecho tomar varias duchas de las que salía una lluvia enérgica en cuya composición era evidente que entraban, además del agua, algunos aditivos que me hubiese resultado imposible identificar. ¿Pero acaso el agua que conocemos es únicamente agua, siempre idéntica a sí misma, siempre del mismo color, a la misma temperatura, compuesta por los mismos elementos? Todo lo que llamamos mundo, su totalidad o cada uno de los objetos que lo componen son, ya lo sabemos, uno y múltiples a la vez, como la luz, por ejemplo que, presente hasta en los más remotos confines del universo, es brillante o transparente, invisible o dorada, blanca o multicolor.

Ya me cuesta cada vez más levantarme de la cama, pero creo que ese desganado se debe menos a una supuesta enfermedad, que a la obligación que se me ha impuesto de no salir jamás de mi pieza blanca, en la que únicamente hay una cama metálica, una silla metálica y una mesita metálica. Así que me quedo en la cama echado de espaldas, mirando el cielo raso blanco. Una vez por semana cambian las sábanas, la ropa blanca, y las llevan a quemar. Creo que harán lo mismo conmigo: para muy pronto, me esperan íntimas, radicales, inconcebibles transformaciones. Por ahora, lo visible, concentrándose en el cielo raso blanco, me permite entrever, en los diferentes estados del torbellino vivaz que hierve bajo la superficie impasible, la inestabilidad esencial del universo, y los terribles dolores que me predicen ciertos destellos de compasión en la mirada de alguna enfermera, no son más que un instante pasajero en los cambios que se avecinan. Dejo mi patria viviente y colorida por una oscuridad tal vez menos engañosa. Es más que probable que, privado de exaltación pero también de pena, visto desde algún imposible exterior, el mundo sea neutro y blanco.

Cosas soñadas

Para Carlos Giordano

Como dice Tomatis, a pesar de su diploma de letras, obtenido en uno de los establecimientos de la *Ivy League*, Gabriela, la hija mayor de Barco (la menor se ha aficionado a las disecciones en la facultad de medicina), "padece una fuerte vocación literaria". Y lo que es peor, agrega siempre con un aire resignado que no consigue disimular su intensa, por no decir infantil satisfacción, es que ha decretado declararme, para platicar sobre la materia, su — como se dice ahora — "interlocutor privilegiado".

La chica, si bien no somete a su consideración cada texto que escribe, tiene una inclinación marcada a discutir con Tomatis problemas de método, de teoría, de especulación literaria, sobre los cuales ha leído desde luego mucho más que Tomatis pero a quien, con la ingenuidad de los jóvenes que suelen atribuirles a las personas mayores que quieren desde la infancia una especie de infalibilidad, considera como una autoridad en casi todas las ramas del arte, de las letras, de la ciencia y de la filosofía, reputación que con cierta inescrupulosidad y blan-

diendo vagos pretextos pedagógicos Tomatis se abstiene, desde que Gabriela era adolescente, de rechazar como inmerecida. "Ya se irá dando cuenta sola", murmura a veces, un poco molesto por la mirada irónica con la que Barco lo observa interpretar su papel de, como dicen, maestro de la juventud.

Como viene a enseñar a la facultad de Rosario, de tanto en tanto Gabriela se da un salto hasta la ciudad, para visitar a sus primos y primas y a algunos amigos de infancia, porque cuando Barco y Miri se mudaron a Buenos Aires, obligados por las circunstancias políticas, ella tenía ya trece años. Antes de irse a los Estados Unidos a terminar su carrera, en la época en que la situación se calmó un poco, Gabriela había tomado la costumbre de pasar las vacaciones en la ciudad entre la playa de Guadalupe, antes de que la cubriera definitivamente la inundación grande, la casa de fin de semana que tenían en Sauce Viejo los padres de su primer novio, y la playita de Rincón. Tanto había oído hablar de los años dorados de la generación anterior —la de sus padres, Tomatis, Rita Fonseca, los mellizos Garay, etcétera— que se había dejado obnubilar tenuemente por una especie de bovarismo intelectual que transfiguraba el mundo a su alrededor convirtiendo los arduos lugares donde había transcurrido la juventud ardua de sus padres y de los amigos de sus padres en una sucursal del paraíso. Puedo entrar no dos, sino muchas veces en el mismo río, desde noviembre a marzo, y sobre todo si se trata del Coronda o del Ubajay, le gustaba decir a Gabriela, suspirando de nostalgia, en los inviernos de Rosario o de Caballito. Era evidente que, a diferencia de sus mayores para quienes lo exterior había consumido ya su cuota exigua de magia, para Gabriela la magia empapaba el mundo, y la surgente de su chorro luminoso no debía estar lejos de Paraná, de la laguna Setúbal o de San José del Rincón.

En sus escapadas a la ciudad, con o sin novio, sola o acompañada, Gabriela nunca dejaba de visitar a Tomatis, al que llamaba Carlitos, como si ella fuese mayor que él o como si se trataran de viejos camaradas, lo cual irritaba ligeramente a Alicia que, por ser mucho más joven que Gabriela y sobre todo por ser la hija de ese personaje desconocido que irrumpía cada vez que Gabriela profesaba el diminutivo, no se sentía con derecho a llamarlo de esa manera y al mismo tiempo experimentaba de un modo confuso la impresión de estar excluida de aquella parte de la personalidad de su padre que el diminutivo, que creía destinado al uso exclusivo de las personas mayores, designaba. Tomatis sabía que en algún momento de la visita los temas literarios se introducirían en la conversación, y siempre lo divertía, aunque no lo dejara traslucir, ir previendo su aparición, que Graciela trataba de presentar como espontánea, como si un elemento inesperado, aleatorio, surgiendo en medio de la charla informal, suscitara la asociación necesaria que permitiría evocarlos. El modo de traerlos a colación era en general interrogativo, aunque Tomatis sabía que, detrás de la aparente humildad de la pregunta, se ocultaba un problema, un enigma e incluso una charada, para la cual ella tenía ya preparada su respuesta pero que por, como suele decirse, un sentimiento de inseguridad, no estaba demasiado dispuesta a revelar antes de haber averiguado si Tomatis pensaba lo mismo que ella, *Carlitos* —le decía—, *Fulano de Tal* (algún académico que, por haber publicado artículos en la *New York Review* y haber pasado tres o cuatro veces por televisión era

estudiado en todas las universidades norteamericanas) *dice tal o cual cosa, a propósito de la obra de Zutano o de Mengano. ¿Vos qué pensás del asunto?* Tomatis no había leído una sola línea del autor en cuestión ni pensaba leerla pero, concentrándose al máximo, intentaba aislar el problema del contexto en que era presentado y respondía en términos generales a la pregunta, coincidiendo a menudo, por no decir siempre, con el punto de vista de Gabriela. Y cada vez que tenían una de esas charlas, en el momento de despedirse, Tomatis, con una sonrisa afectuosa, pero vagamente burlona y conminatoria, le decía más o menos lo siguiente: *Todos estos problemas al cuete que discuten los gringos en su salsa a base de ketchup están muy bien pero ¿cuándo me vas a mostrar algunos de tus textos para ver cómo están escritos?*

En uno de los viajes que Gabriela hizo especialmente para presentarle a su nuevo novio, un economista rosarino, Tomatis invitó a la pareja y a Alicia a cenar a una parrilla de lujo que acababan de inaugurar en los locales de la Sociedad Rural, y a los postres, a pesar del discreto aburrimiento del economista y del fastidio ostentoso de Alicia, Gabriela le anunció a Tomatis que le iba a hacer llegar por carta o por fax un texto brevísimo, de una página más o menos, que tal vez no tenía mucho valor en sí, pero en el que aplicaba un procedimiento de su invención, para terminar de una vez por todas con las teorías expresivas y biográficas de la creación literaria. Según Gabriela, su método había consistido en introducir en el texto toda clase de elementos opuestos a su persona: como ella era mujer, el personaje del fragmento, como Gabriela llamaba a su escrito, era un hombre; como ella era joven, su personaje era un jubilado, y le había elegido su lugar de residencia al azar, haciendo girar un globo terráqueo y, después de cerrar los ojos bien fuerte para no hacer trampas, aplicando el dedo índice en un punto cualquiera del planeta, que resultó ser la ciudad de Paula, en el sur de Italia. Para atribuirle un nombre al personaje había utilizado un procedimiento semejante, hojeando a ciegas una agenda en la que en cada día del año figuraba el santo correspondiente, y como había caído el 30 de noviembre, el día de San Jerónimo, había traducido el nombre al italiano. En cuanto al contenido del fragmento propiamente dicho, según Gabriela, había decidido poner una serie de elementos opuestos a los de su biografía y, al mismo tiempo, optó por escribir, no sobre alguna escena de la vigilia, de la vida cotidiana, sino sobre un sueño, tomando como precaución que cada uno de los detalles —objetos o situaciones— del sueño, fuese rigurosamente inventado por ella y no correspondiese a ningún sueño suyo verdadero. Gabriela pensaba que escribiendo un buen texto con ese método, se terminaría de una vez por todas con los prejuicios biográficos, y además, terminaba Gabriela exaltándose noblemente un poquito, gracias a la identificación de uno mismo, a través de la literatura, con lo heterogéneo del mundo, se probaba la unidad fundamental de la especie humana. Y a los pocos días, Tomatis recibió por correo el texto siguiente:

EL SUEÑO DE DON GIROLAMO

Una noche tormentosa (muy cálida) de primavera, don Girolamo, que ha estado leyendo hasta tarde en la cama un tratado de ingeniería civil, se despierta, aterrado y sudoroso, después de una pesadilla: su hermano, mayor ha asesinado a su padre, a su

madre y a su hermanita, y él está tan aterrorizado que duerme aferrando un cuchillo bajo las sábanas. También descubre en un plato unas plumas y unos trocitos de piel que traen todavía pegados filamentos de carne sanguinolenta. Cuando se despierta, al terror sucede el alivio, y después una tristeza agrídulce, porque don Girolamo ha cumplido ya los sesenta, y cinco años, y si bien su hermanita, que tiene sesenta y dos, vive todavía, su padre y su madre han muerto ya hace muchos años. En cuanto a su hermano, es tres años mayor que él, y sufre de una enfermedad incurable. Ciertas asociaciones han motivado el sueño: las sensaciones propias a la noche calurosa, que lo han retrotraído a la infancia, y el hecho de que antes de dormir haya tomado una bebida efervescente, que no probaba desde la infancia y que, mientras la aproximaba a los labios, haya pronunciado el nombre piemontés de esa bebida: BAGNA-NAS (moja nariz). Esas asociaciones explican el carácter infantil del sueño, pero no su contenido. Al cabo de un rato, don Girolamo se duerme nuevamente, pero con una intensa sensación de paz, de reconciliación y de eternidad.

En el encuentro siguiente, al final del año universitario, a mediados de diciembre, Gabriela y el novio vinieron a tomar el vermouth al anochecer y a saludar a Tomatis para las fiestas que se avecinaban, y al cabo de un rato, ya estaban conversando sobre el fragmento que le había mandado Gabriela. Tomatis celebraba la buena invención del sueño, donde ciertos detalles imaginados parecían realmente oníricos, como las sensaciones infantiles de un adulto que se encuentra soñando, la condensación temporal, o las plumas y la piel sanguinolentas. También aprobaba la sobriedad de la prosa pero, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón, sacó un pedacito de papel y le leyó la lista de elementos autobiográficos que le había parecido vislumbrar en el texto: es sabido que en los sueños cada cosa puede aparecer distorsionada, disfrazada de otra, y él, Tomatis, pensaba que el dichoso don Girolamo era un personaje que, aunque mucho más viejo desde luego, le recordaba en varios de sus rasgos a Barco, el padre de Gabriela, cuyo hermano mayor había muerto no hacía mucho tiempo, y esa magnesia efervescente de marca BAGNA-NAS era un producto local, que Gabriela conocía de cuando era chica, de modo que ese detalle material del fragmento era verdaderamente autobiográfico. También, según Tomatis, un elemento puramente intelectual, no empírico, podía ser autobiográfico, y la asociación desencadenada por haber pronunciado las palabras en piemontés, requería un contexto preciso para ser imaginada: esa explicación asociativa no hubiese podido hacerse fuera de los marcos de la cultura occidental del siglo veinte, etcétera. Pero lo que más lo seducía del fragmento no estribaba en su supuesta demostración de que la literatura no era ni objetiva ni autobiográfica, — dos categorías que exigían un control consciente del texto en todos sus niveles desde el principio hasta el fin para ser operativas— sino porque ponía en evidencia que su modo de funcionar era en más de un aspecto análogo al de los sueños. Y Tomatis explicaba el fragmento de la manera siguiente: Gabriela debía pensar, sin darse cuenta tal vez, que el hermano de Barco, que había muerto no hacía mucho después de una larga enfermedad, había hecho sufrir demasiado a su padre a causa de su enfermedad, y con el egoísmo cruel de la juventud y mediante la astucia inmoral de que se valen los sueños, había transformado a su tío, de víctima que era, en un espantoso asesino. El final del fragmento, se-

gún Tomatis, confirmaba su teoría, porque esa reconciliación pretendía, por un lado, restablecer el bienestar de su padre y al mismo tiempo la satisfacción de la autora del fragmento por haber cumplido su venganza simbólica.

A medida que Tomatis iba explicando su punto de vista, el ambiente, tal vez porque ya iban por el segundo vermouth, se animaba en el atardecer caluroso. Habían podido instalarse en la terraza porque Tomatis tuvo la precaución de regar las baldosas rojizas para refrescarlas, cuando había todavía mucha luz aunque, a causa de que el sol ya estaba demasiado cerca del horizonte — siempre en la llanura se lo ve ir hundándose gradualmente en él, hasta desaparecer — ya no castigaba tanto las cosas. Mientras conversaban, el aire había ido poniéndose cada vez más azul; dentro de poco nomás se volvería negro. Las explicaciones que Tomatis daba sobre el texto provocaban hilaridad porque estaban dichas de tal manera que podía percibirse la propia incredulidad del autor respecto de ellas y que, en circunstancias diferentes, opuestas a la actual por ejemplo, hubiese podido afirmar exactamente lo contrario. Pero los detalles del sueño de don Girolamo seguían flotando, desde el momento en que los había leído, no únicamente en su memoria, sino en ciertos pliegues recónditos de la emoción que, de tanto en tanto, la hacían vibrar todavía. También Gabriela, cuando había escrito su "fragmento", sabía lo más bien que ciertos detalles autobiográficos lo habían motivado, el dolor austero de Barco por la muerte de su hermano y la propia pena de ella, a quien le era difícil, a pesar de que ya tenía veintiocho años, admitir que su padre, el héroe mítico de su infancia, al que ninguna adversidad podía ni siquiera rozar, era, como todo el resto, vulnerable y fugitivo. Pero un pudor más fuerte que su intensa lealtad la incitaba a presentar su texto como el mero ejemplo de una teoría totalmente ajena a su propia vida. Ella y "Carlitos" pensaban lo mismo, a saber que si la ficción y los sueños estaban hechos de la misma materia, por certeras que fuesen las teorías que se les aplicaran, seguirían siempre su propio camino, inesperado, caprichoso y extraño, y que por arbitrarios y alejados de la realidad que pareciesen, los hombres se dejarían impresionar por ellos y les darían más crédito y más sentido que al mundo palpable y rugoso.

Sorbiendo un traguito de su vermouth, Gabriela lanzó por encima del vaso una sonrisa con la que trató de abarcar la mirada de los dos hombres que la escuchaban, y dejando otra vez el vaso sobre la mesa de hierro blanco, declaró que, como las obras literaria, los sueños también se expresaban a través de diferentes géneros, pero que los mejores eran aquellos que, justamente, se alejaban de los géneros y eran capaces de forjarse una forma y una simbología propias. Su novio contó que un par de años atrás, en un viaje por Europa durante el que había estado en un restaurant catalán, sobre el Mediterráneo, había comido un plato que figuraba en el menú con el nombre de "plato soñado", porque el cocinero, a base de gelatina, colorantes y diferentes ingredientes que utilizaba en secreto, había reconstituido la forma y el gusto de un marisco del Atlántico, que justamente no existe en el Mediterráneo. Y el cocinero, que había venido a la mesa al final del almuerzo, porque tenía un amigo entre los comensales, les había explicado que el plato llevaba ese nombre porque las sensaciones gustativas y táctiles que producía eran semejantes a las de los sueños, en los que, a pe-

sar de la ausencia, material del estímulo, o a causa de un estímulo inapropiado (por ejemplo, el soñar con un incendio cuando nos sofocan las frazadas) las sensaciones ilusorias que tenemos mientras estamos soñando nos parecen reales.

Aunque el aire ya iba poniéndose casi negro, como estaban bastante cerca unos de otros, todavía podían verse en la penumbra tibia del anochecer. Sus voces resonaban demorándose un poco, y el cielo en el que no había una sola nube estaba de un azul oscuro pero todavía luminoso; ya brillaban en él, con esa intermitencia vacilante con que van instalándose en los anocheceres de verano, las primeras estrellas. La dosis moderada de alcohol que acababan de tomar comenzaba a producirles efecto, manifestándose en una levísima efervescencia y una euforia que, aunque artificial como la sensualidad de los sueños, no era menos exaltante. Y la sonrisa de Tomatis se hizo más amplia, y secretamente orgullosa, cuando le oyó decir a Gabriela que, si se reflexiona un poco, todos los platos que nos ofrece el mundo son soñados, no únicamente el redondel de caldo, amarillo y humeante, que yace sobre la mesa, sino también cada una de las cucharadas que, con aceptación resignada, nos llevamos a la boca.